

La tragedia de Ricardo III

(The life and death of king Richard III)

William Shakespeare

<http://www.poesiayprosa.com.ar>



La tragedia de Ricardo III

Personajes dramáticos

El rey Eduardo IV.	Sir Guillermo Catesby.
Eduardo, príncipe de Gales, después Eduardo V, hijo del rey.	Sir Jaime Tyrrel.
Ricardo, duque de York, hijo del rey Jorge, duque de Clarence, hermano del rey.	Sir Jaime Blount.
Ricardo, duque de Gloster, después Ricardo III, hermano del rey.	Sir Gualterio Herbert.
Un joven, hijo de Clarence.	Sir Roberto Brakenbury, alcalde de la torre.
Enrique, conde de Richmond, más tarde Enrique VII.	Sir Guillermo Brandon.
Cardenal Bouchier, arzobispo de Canterbury.	Cristóbal Urswick, sacerdote.
Tomás Rotheram, arzobispo de York.	Otro sacerdote.
Juan Morton, obispo de Ely.	Tresset y Berkeley, caballeros al servicio de lady Ana.
Duque de Buckingham.	Lord Corregidor de Londres.
Duque de Norfolk.	Sherif de Wiltshire.
Conde de Surrey, su hijo.	Isabel, esposa del rey Eduardo IV.
Conde de Rivers, hermano de la esposa del rey Eduardo.	Margarita, viuda de Enrique VI.
Marqués de Durset.	Duquesa de York, madre de Eduardo IV, de Clarence y de Gloster.
Lord Grey, su hijo.	Lady Ana, viuda de Eduardo, príncipe de Gales, hijo de Enrique VI, casada luego con Ricardo III.
Conde de Oxford.	Una joven, hija de Clarence (lady Margarita Plantagenet).
Lord Hastings.	Un perseverante.
Lord Stanley, llamado también conde de Derby.	Un escribano.
Lord Lovel.	Lores y otras personas del séquito, las sombras de los asesinados por Ricardo III, ciudadanos, asesinos, mensajeros, soldados, etc.
Sir Tomás Vaughan.	
Sir Ricardo Ratcliff.	

Escena - Inglaterra

Acto Primero ⁽¹⁾

Escena primera

Londres – Una calle

Entra Gloster (2)

GLOSTER.- Ya el invierno de nuestra desventura se ha transformado en un glorioso estío por este sol de York (3), y todas las nubes que pesaban sobre nuestra casa yacen sepultas en las hondas entrañas del Océano. Ahora están ceñidas nuestras frentes con las guirnaldas de la victoria; nuestras abolladas armas penden de los monumentos; nuestros rudos alertas se han trocado en alegres reuniones; nuestras temibles marchas en regocijados bailes. El duro rostro del guerrero lleva pulidas las arrugas de su frente; y ahora, en vez de montar los caparazonados corceles, para espantar el ánimo de los feroces enemigos, hace ágiles cabriolas en las habitaciones de las damas entregándose al deleite de un lascivo laúd. Pero

(1) La acción se extiende desde 1471, fecha de la muerte de Enrique VI, hasta 1485, año de la batalla de Bosworth.

(2) Adoptamos la ortografía moderna de *Gloster*, que se escribía primitivamente *Glocester* o *Gloucester*, pero que ya se pronuncia *Gloster*.

Desde el primer año de su reinado (1461), Eduardo IV concedió a sus hermanos Jorge y Ricardo los ducados de Clarence y de Gloster, respectivamente. Ricardo nació el 2 de octubre de 1452, y no contaba sino diecinueve años cuando fue asesinado Enrique VI. No era, pues, posible que tomara parte en los combates de Saint-Albans (1455), de Wakefield (1460) o de Mortimer's Cross (1461), como supone Shakespeare en su tragedia *Enrique VI*; pero ya hemos visto en el prólogo de la presente versión que el poeta no se considera como absolutamente ligado por el orden cronológico de los hechos.

(3) *This sun of York*, Ricardo se refiere al triunfo definitivo de los yorquistas, que habían derrotado en Barnet y en Tewksbury a los dos últimos ejércitos de los partidarios de Lancaster. *This sun* hace alusión al jefe de su casa, el rey Eduardo IV, que lleva pintado un sol en su escudo, en recuerdo de los tres soles que, según se decía, se les habían aparecido a los yorquistas en la batalla de

yo, que no he sido formado para estos traviesos deportes (1) ni para cortejar a un amoroso espejo...; yo, groseramente construido y sin la majestuosa gentileza para pavonearme ante una ninfa de libertina desenvoltura; yo, privado de esta bella proporción, desprovisto de todo encanto por la pérdida Naturaleza; deforme, sin acabar, enviado antes de tiempo a este latente mundo; terminado a medias, y eso tan imperfectamente y fuera de la moda, que los perros me ladran cuando ante ellos me paro... ¡Vaya, yo, en estos tiempos afeminados de paz muelle, no hallo delicia en que pasar el tiempo, a no ser espiar mi sombra al sol, y hago glosas sobre mi propia deformidad! Y así ya que no pueda mostrarme como un amante, para entretener estos bellos días de galantería, he determinado portarme como un villano y odiar los frívolos placeres de estos tiempos. He urdido complots, inducciones peligrosas, válido de absurdas profecías, libelos y sueños, para crear un odio mortal entre mi hermano Clarence y el monarca. Y si el rey Eduardo es tan leal y justo como yo sutil, falso y traicionero, Clarence deberá ser hoy estrechamente aprisionado, a

Mortimer's Cross.

(1) Según la *Hall's Chronicle*, Ricardo era bajo de estatura, con los miembros deformes, la espalda gibosa, el hombro izquierdo mucho más alto que el derecho, la expresión de la mirada dura, que se llama belicosa entre las personas de alta categoría, pero entre el resto de los hombres recibe otro apelativo. Ricardo era perverso, colérico, envidioso... De tal manera, que todos estos defectos, reunidos con la falta de gracia y proporciones, confirmaban la regla fisonómica:

Distortum vultum sequitur distortio morum.

causa de una profecía que dice que **J.** será el asesino de los hijos de Eduardo. ¡Descended, pensamientos, al fondo de mi alma! ¡Aquí viene Clarence!

Entran CLARENCE, custodiado, y BRAKENBURY

¡Buenos días, hermano! ¿Qué significa esta tropa armada que sigue a Vuestra Gracia?

CLARENCE.- Su Majestad, interesándose por la seguridad de mi persona, me ha designado esta escolta para conducirme a la Torre.

GLOSTER.- ¿Por qué causa?

CLARENCE.- Por llamarme Jorge (1).

GLOSTER.- ¡Ay milord! Esa no es culpa vuestra. De eso debía hacer responsable a vuestros padrinos... ¡A no ser que Su Majestad tenga intención de bautizaros de nuevo en la Torre! Pero ¿cuál es el motivo, Clarence? ¿Puedo saberlo?

CLARENCE.- Sí, Ricardo, cuando yo lo sepa, porque protesto que aún lo ignoro; pero, a lo que presumo, el rey presta demasiada atención a profecías y sueños, pues suprime la **J** del abecedario y dice que un mago le ha predicho que su descendencia será desheredada por **J.** Y, pues mi nombre de Jorge comienza por **J**, se le ha puesto en la cabeza que yo soy él. Estas y otras puerilidades semejantes son, a lo que opino, las que te han movido a Su Alteza a encarcelarme.

(1) Clarence se llamaba Jorge (George en inglés), y Ricardo llevaba el título de duque de Gloster. Por tanto, ambos nombres comenzaban por **G**, letra que aborrecía el rey, a causa, como ha dicho antes el propio Ricardo, de la absurda profecía según la cual empezaría por **G** el nombre de los asesinos de los herederos del monarca. Ahora, el duque de Gloster, mediante libelos, había procurado convencer a Eduardo IV de que el asesino de su stirpe sería su hermano, y no él. He aquí, cómo, cediendo a tan criminales instancias, el rey ordena encerrar a Clarence en la Torre de Londres.

GLOSTER.- ¡Claro, esto es lo que ocurre cuando los hombres son gobernados por las mujeres! ¡No es el rey quien os envía a la Torre! Es miladi Grey (1), su esposa, Clarence; ¡es ella la que le induce a estos extremos! ¿No fueron ella y su hermano, ese honrado y digno Antonio Woodeville (2), quienes enviaron a lord Hastings a la Torre, donde hasta el día de hoy ha permanecido encerrado? ¡No estamos seguros Clarence; no estamos seguros!

CLARENCE.- ¡Por el Cielo, pienso que nadie hay aquí libre, sino los parientes de la reina y los mensajeros nocturnos que se arrastran entre el rey y mistress Shore! (3). ¿No habéis oído las humildes súplicas que ha tenido que dirigirle lord Hastings para obtener su liberación?

(1) *My lady Grey*, Jacobina de Luxemburgo, duquesa de Bedford, tras la muerte de su primer esposo, se había casado con Ricardo Woodeville, conde de Rivers, del cual tuvo varios hijos. Entre ellos se hallaba Isabel, notable por su belleza y talento. Isabel contrajo nupcias primeramente con sir Juan Grey, que murió en la segunda batalla de Saint-Albans (1461) combatiendo a favor de la casa de Lancaster. Joven, aunque viuda, reintegróse al hogar paterno. Allí la vio el rey, prendóse de ella y la tomó en matrimonio, a pesar de llevarle al monarca cinco años de edad. Esta boda irritó a Warwick, y con él a muchos antiguos partidarios de Eduardo. El *hacedor de reyes* separó asimismo de la causa del rey a su propio hermano Jorge, duque de Clarence, ofreciéndole su hija en matrimonio.

Por eso Ricardo llama despectivamente a la reina *my lady Grey*.

(2) Antonio Woodeville fue conde de Rivers (título que heredó a la muerte de su padre en 1469) y el hidalgo más cumplido de Inglaterra. El fue quien presentó y recomendó a Eduardo IV a Caxton, el introductor en Inglaterra del arte de la imprenta, que la tuvo en la abadía de Westminster, donde publicó el primer libro impreso en inglés, titulado *The Dictes and Sayinges of the philosophes*, y después las *Historias de Troya e Historias de Jasón y Medea*. Caxton nació en 1422, en el condado de Kent, y vivió en Brujas, en la corte del duque de Borgoña.

(3) *Mistress Shore*, Juana Shore, amante del rey Eduardo. Al desaparecer este príncipe, murió en la miseria, tras de haber sido condenada por un tribunal espiritual, que instituyó Ricardo, a hacer penitencia pública, cubierta con un vestido blanco, en plena plaza de San Pedro. Holinshed cuenta que Juana Shore se valía de su influjo sobre el monarca para interceder a favor de los cortesanos desgraciados.

GLOSTER.- Implorando humildemente a su diosa, ha conseguido milord chambelán (1) su libertad. Os diré lo que..., según creo, es nuestro camino si queremos conservar el favor del rey: servirla y llevar su librea. ¡Ella y la recalcitrante y celosa viuda (2), desde que nuestro hermano las ha hecho damas son las poderosas comadres de esta monarquía!

BRAKENBURY.- Suplico a Vuestras Gracias que uno y otro me perdonen. Su Majestad me ha encargado expresamente que nadie, sea cual fuere su linaje, tenga con vuestro hermano una conversación privada.

GLOSTER.- ¿De veras? Pues si place a vuestra señoría, Brakenbury, podéis escuchar cuanto decimos. ¡No concertamos traición alguna, hombre!... Decimos que el rey es prudente y virtuoso, y su noble reina, algo entrada en años bella y nada celosa... ¡Decimos que la mujer de Shore posee un pie bonito, labios de cereza, ojos encantadores y una voz sumamente agradable, y que los parientes de la reina son unos perfectos hidalgos! ¿Qué decís, señor mío? ¿Podéis negar todo esto?

BRAKENBURY.- Nada tengo que ver con eso, milord.

GLOSTER.- ¿Nada que ver con mistress Shore? Te aseguro, camarada, que el que tenga algo que ver con ella, exceptuando uno, hará mejor en realizarlo secretamente, a solas.

BRAKENBURY.- ¿Quién es ese uno, milord?

GLOSTER.- ¡Su marido, imbécil!... ¿Me descubrirás?

(1) Sir W. Hastings fue nombrado lord chambelán por Eduardo IV poco tiempo después de su coronación.

(2) *O'er worn window*. La reina Isabel, que, como ya hemos dicho, era viuda de sir Juan Grey cuando se desposó con Eduardo.

BRAKENBURY.- Suplico a Vuestra Gracia me perdone y acabe a la par su coloquio con el noble duque.

CLARENCE.- Sabemos cuál es tu deber Brakenbury, y te obedecemos.

GLOSTER.- ¡Somos los siervos de la reina y debemos obedecer! ¡Adiós hermano! Veré al rey, y cualquiera comisión en que queráis emplearme..., así sea la de llamar hermana a la viuda del rey Eduardo, la haré gustoso para mejorar vuestra situación. Entre tanto, esta profunda desgracia en la fraternidad me afecta más profundamente de lo que podéis imaginaros.

CLARENCE.- Sé que no agrada a ninguno de vosotros.

GLOSTER.- ¡Bueno, vuestra prisión no será larga! ¡Yo os libertaré, o, de lo contrario, quedaré con vos! Entre tanto, tened paciencia.

CLARENCE.- Forzoso me es. ¡Adiós! (*Salen CLARENCE, BRAKENBURY y la guardia.*)

GLOSTER.- ¡Ve, sigue el camino que no volverás a recorrer, simple crédulo Clarence! ¡Te amo tanto, que inmediatamente quisiera enviar tu alma al cielo, si el cielo consintiese en recibir el presente de nuestras manos! ¿Pero quién se acerca? ¿El recién libertado Hastings?

Entra Hastings

HASTINGS.- ¡Buenos días, mi gracioso lord!

GLOSTER.- ¡Otro tanto os deseo, mi digno lord chambelán! ¡Bien venido seáis a este aire libre! ¿Cómo ha soportado su prisión vuestra señoría?

HASTINGS.- Con paciencia, noble lord, cual cumple a un preso; pero espero vivir, milord, para dar las gracias a los causantes de mi prisión.

GLOSTER.- Sin duda, sin duda; y también espera igual Clarence, pues vuestros enemigos son los suyos, y han triunfado contra él como triunfaron contra vos.

HASTINGS.- ¡Es muy lamentable que se enjaule a las águilas mientras buitres y milanos rapiñan en libertad!

GLOSTER.- ¿Qué noticias de afuera?

HASTINGS.- No tan malas como las de casa. El rey está enfermo, débil y melancólico, y sus médicos temen mucho por él.

GLOSTER.- ¡Pues, por San Pablo, que es mala, en verdad, esa noticia! ¡Oh! ¡El rey ha seguido durante un largo tiempo un mal régimen y ha abusado demasiado de su real persona! ¡Triste es pensar en ello! ¿Dónde está? ¿En cama?

HASTINGS.- Sí.

GLOSTER.- ¡Id vos delante, y yo os seguiré. (Sale HASTINGS.) ¡Espero que no pueda vivir, y no debe vivir hasta que Jorge sea despachado al cielo por la posta! Lo veré, para excitarle más todavía su rencor contra Clarence, con sutiles mentiras apoyadas en argumentos de peso; y si no fracaso en mi intento sagaz a Clarence no le resta ni un día más de vida. ¡Hecho lo cual, Dios acoja en su gracia al rey Eduardo y me deje a mí en el mundo para moverme! ¡Porque entonces me casaré con la más joven de las hijas de Warwick (1). Que aunque asesiné a su esposo y a su padre (2), el camino más corto para satisfacer a la muchacha es servirle de padre y marido. Lo que haré, no tanto por amor, como por otro secreto fin que guardo, el cual debo alcanzar desposándome con ella. ¡Pero aún corro al mercado antes que mi caballo! (3). Clarence respira todavía. Eduardo todavía vive y reina. ¡Cuando haya desaparecido, entonces

(1) *I'll marry Warwick's youngest daughter*. Ricardo se casó en efecto, con Ana Neville, hija segunda del duque de Warwick, viuda de Eduardo, príncipe de Gales, hijo de Enrique VI, muertos uno y otro por Ricardo. (Véase la siguiente escena). Tuvo de ella un hijo que no vivió sino muy poco tiempo. Se cree que Ana murió envenenada por su esposo.

(2) *Her father*. La muerte de Warwick, acaecida en Barnet, se atribuye comúnmente a uno de los soldados de Eduardo.

(3) *I run before my horse to market*, proverbio inglés.

debo contar mis ganancias (1). (Sale)

Escena II

Otra calle

Entran el cadáver del REY ENRIQUE VI, conducido en un ataúd descubierto. Caballeros con alabardas le custodian, y LADY ANA figura como doliente

ANA.- ¡A tierra, a tierra vuestra honorable carga (si el honor puede ser amortajado en un féretro), mientras prodigo un instante mis fúnebres lamentos por la caída prematura del virtuoso Lancaster! ¡Pobre imagen helada de un santo rey! ¡Pálidas cenizas de la casa de Lancaster! ¡Restos sin sangre de esta sangre real! ¡Séame permitido evocar tu espectro, para que escuche los gemidos de la pobre Ana, esposa de Eduardo, de tu hijo asesinado, muerto a puñaladas por la misma mano que te ha inferido estas heridas! ¡Mira! ¡En esas ventanas, por donde se escapó tu existencia, vierte el bálsamo sin esperanzas de mis tristes ojos! ¡Oh! ¡Maldita sea la mano que te hizo estas aberturas! ¡Maldito el corazón que tuvo corazón para realizarlo!

(1) Para inteligencia de la escena que sigue es preciso tener presente lo que va a continuación:

El rey Enrique VI fue destronado por Eduardo IV poco antes de la batalla de Barnet. Murió días después del encuentro de Tewksbury, y la creencia general atribuyó su muerte a Ricardo de Gloster. Eduardo, su hijo, príncipe de Gales, había sido hecho prisionero en el expresado Tewksbury por Eduardo de York, quien le hizo traer a su presencia, y le preguntó en tono insultante con qué derecho se había permitido invadir sus estados. *Con el derecho de un heredero –contestó enérgicamente el joven príncipe– que viene a reclamar su patrimonio*. Eduardo, furioso, le arrojó su guantelete a la cara. Los duques de Clarence y Gloster, lord Hastings y sir Tomás Grey tomaron esta violencia por señal de muerte, llevaron al joven príncipe de Gales a la habitación inmediata y allí le dieron de puñaladas. En cuanto a la reina Margarita, fue encerrada en la Torre de Londres, de donde salió cuatro años más tarde, en virtud de una cláusula del tratado de Picquigny. Lady Ana Neville, que le acompañó en la batalla de Tewksbury, fue ocultada por Clarence hasta el día en que Ricardo la descubrió en Londres disfrazada de cocinera. Para mayor seguridad, Ricardo la condujo al monasterio de San Martín.

Es, pues, históricamente imposible que ella dirigiese los funerales de Enrique VI. Pero ya hemos dicho que Shakespeare altera de cuando en cuando la Historia.

¡Maldita la sangre que aquí dejó esta sangre!
¡Caigan sobre el odioso miserable que con tu muerte causa nuestra miseria más horribles desgracias que pueda yo desear a las serpientes, arañas, sapos y todos los reptiles venenosos que se arrastran por el mundo! ¡Que si tuviese un hijo, sea abortivo, monstruoso y dado a luz antes de tiempo, cuyo aspecto contranatural y horrible espante las esperanzas de su madre, y sea ésa la herencia de su poder malhechor! ¡Que si tuviera esposa, sea más desgraciada por su muerte que lo soy yo por la de mi joven señor y la tuya!... Venid ahora a Chertsey (1) con vuestra sagrada carga, tomada en San Pablo, para ser inhumada allí, y a medida que os fatiguéis del peso, descansad, en tanto sigo llorando sobre el cuerpo del rey Enrique. *(Los conductores levantan el cadáver y prosiguen su marcha)*

Entra GLOSTER

GLOSTER.- ¡Deteneos los que lleváis el cadáver y dejadlo en tierra!...

ANA.- ¿Qué negro nigromante ha evocado a este demonio para impedir las obras piadosas de caridad?

GLOSTER.- ¡Villanos, a tierra el cadáver, o, por San Pablo, que haré otro tal del que desobedezca!

CABALLERO 1^o - ¡Milord, apartaos y dejad pasar el féretro!

GLOSTER.- ¡Perro descortés, detente cuando yo lo mande! ¡Quita tu alabarda de encima de mi pecho, o, por San Pablo, caerás a mis pies y te pisotearé por tu atrevimiento, mendigo! *(Los conductores colocan el féretro en la tierra.)*

(1) Chertsey, monasterio situado a algunas millas de Londres.

ANA.- ¡Cómo! ¡Tembláis! ¿Tenéis todos miedo? ¡Ay! ¡No os culpo, pues sois mortales y los ojos mortales no pueden resistir la mirada del demonio! ¡Atrás, repugnante ministro del infierno! ¡Tú no tenías poder sino sobre su cuerpo mortal, no sobre su alma! ¡Aléjate, por tanto!

GLOSTER.- ¡Dulce santa, por caridad, no estéis tan malhumorada!

ANA.- ¡Horrible demonio, en nombre de Dios, vete y no nos conturbes jamás! ¡Porque has hecho tu infierno de esta dichosa tierra, llenándola de imprecaciones y gritos de maldición! ¡Si gozas al contemplar tus viles acciones, ve aquí el modelo de tus carnicerías! ¡Las heridas de Enrique muerto abren sus bocas congeladas y sangran otra vez! ¡Avergüénzate, avergüénzate, montón de deformidades! ¡Porque es tu presencia la que hace exhalar la sangre de esas venas vacías y heladas, donde ni sangre queda ya! ¡Tu acción inhumana y contra Natura provoca este diluvio contranatural! ¡Oh Dios, que has formado esta sangre, venga su muerte! ¡Oh tierra, que has bebido esta sangre, venga su muerte! ¡Cielos, destruid con centellas al criminal; o bien, tierra, abre tu boca profunda y trágale vivo, como devoras la sangre de este buen rey, a quien asesinó su brazo, guiado por el infierno!

GLOSTER.- Señora, ignoráis las reglas de caridad, que exigen devolver bien por mal y bendecir a los que nos maldicen.

ANA.- ¡Villano, tú no conoces leyes divinas ni humanas, porque no existe bestia tan feroz que no sienta alguna piedad!

GLOSTER.- Yo no siento ninguna; luego no soy tal bestia.

ANA.- ¡Oh asombro! ¡El diablo diciendo la verdad!

GLOSTER.- ¡Todavía es más asombroso ver ángeles tan coléricos! Permitid, divina perfección de mujer, que me justifique en esta ocasión de tantos supuestos crímenes.

ANA.- ¡Permite, monstruo infecto de hombre, que te maldiga en esta ocasión por tantos crímenes comprobados!

GLOSTER.- ¡Mujer bellísima, cuya hermosura no es posible expresar, concédeme pacientemente algunos instantes para expresarme!

ANA.- ¡Infame asesino, cuyo odio no puede concebirse, para ti no hay otra excusa sino que te ahorques!

GLOSTER.- ¡Por semejante desesperación me acusaría!

ANA.- ¡Y por la desesperación podrías excusarte haciendo contigo mismo una justa venganza de la injusta carnicería que has hecho en los demás!

GLOSTER.- ¿Y si yo no los hubiera matado?

ANA.- ¡Entonces no habrían muerto; pero lo están por ti, diabólico miserable!

GLOSTER.- Yo no he asesinado a vuestro marido.

ANA.- Pues qué, ¿vive entonces?

GLOSTER.- ¡No, ha muerto, y lo ha sido a manos de Eduardo!

ANA.- ¡Mientes por tu infame boca! ¡La reina Margarita ha visto tu corva espada asesina, humeante de sangre, que ya dirigías contra ella misma, de no haber desviado tus hermanos la punta!

GLOSTER.- ¡Fui provocado por su lengua calumniadora, que cargaba los crímenes de ellos sobre mis hombros inocentes!

ANA.- ¡Lo fuiste por tu alma sanguinaria, que nunca ha soñado más que en sangre y carnicería! Conque ¿no mataste al rey?

GLOSTER.- Os lo concedo.

ANA.- ¿Me lo concedes, puercoespín? ¡Entonces, que Dios te conceda también que seas condenado por esta acción maldita! ¡Oh! Era gentil, dulce y virtuoso.

GLOSTER.- ¡El elegido para el Rey del cielo que lo conserve!

ANA.- ¡Está en el cielo adonde tú no iras nunca!

GLOSTER.- ¡Que me agradezca, pues, el haberle enviado! ¡Había nacido para esa mansión más que para la tierra!

ANA.- ¡Y tú no has nacido para otra sino para el infierno!

GLOSTER.- O para un lugar bien distinto, si queréis que os lo diga.

ANA.- ¡Algún calabozo!

GLOSTER.- Para el lecho de vuestra alcoba.

ANA.- ¡Que el insomnio habite la alcoba donde reposes!

GLOSTER.- Así será, señora, hasta que repose con vos.

ANA.- Lo creo.

GLOSTER.- Y yo lo tengo por seguro... Pero, gentil lady Ana, acabemos este agudo asalto de nuestras inteligencias y discutamos de una manera más reposada. El causante de la prematura muerte de esos Plantagentes, Enrique y Eduardo, ¿no es tan censurable como su ejecutor?

ANA.- Tú has sido la causa y el efecto maldito.

GLOSTER.- ¡Vuestra belleza fue la causa y el efecto! ¡Vuestra belleza que me incitó en el sueño a emprender la destrucción del género humano con tal de poder vivir una hora en vuestro seno encantador!

ANA.- ¡Si creyera eso, homicida, te juro que estas uñas desgarrarían la belleza de mi mejillas!

GLOSTER.- ¡Jamás soportarían mis ojos ese atentado a la hermosura! ¡No la ultrajéis mientras yo esté presente! ¡Me ilumina, como el sol ilumina el mundo entero! ¡Es mi vida, mi vida!

ANA.- ¡Que una negra noche entenebrezca tu día, y la muerte tu vida!

GLOSTER.- ¡No blasfemes contra ti misma, bella criatura! ¡Tú eres mi día y mi vida!

ANA.- ¡Quisiera serlo para vengarme de ti!

GLOSTER.- ¡Es una injusta contienda el querer vengarte de quien te adora!

ANA.- ¡Es contienda justa y razonable quererme vengar de quien mató a mi esposo!

GLOSTER.- ¡El que te privó de tu esposo quiere procurarte otro mejor, señora!

ANA.- ¡Otro mejor no respira sobre la tierra!

GLOSTER.- ¡Vive y te ama con exceso!

ANA.- ¡Su nombre!

GLOSTER.- ¡Plantagenet! (1).

ANA.- ¡Claro, ése era él!

GLOSTER.- ¡Uno del mismo nombre pero preferible por naturaleza!

ANA.- ¿Dónde está?

GLOSTER.- ¡Aquí! (*Lady Ana le escupe el rostro.*)
¿Por qué me escupes?

ANA.- ¡Ojalá fuera para ti mortal veneno!

GLOSTER.- ¡Jamás saldría veneno de sitio tal encantador!

ANA.- ¡Jamás caería sobre más inmundo sapo! ¡Fuera de mi vista! ¡Inficionas mis ojos!

GLOSTER.- ¡Tus ojos, dulce señora, han inficionado los míos!

ANA.- ¡Así fueran basiliscos, para darte la muerte!

GLOSTER.- ¡Yo también lo quisiera, para morir de una vez, pues ahora me matan con una muerte vivificante! ¡Tus ojos han hecho brotar de los míos amargas lágrimas, humillando sus miradas con abundantes gotas infantiles! ¡Estos ojos que nunca vertieron una lágrima de piedad, ni cuando York, mi padre, y Eduardo lloraron al oír los gritos desgarradores de Rutland (2), atravesado por la espada del horrible Clifford (3). ¡Ni cuando tu valeroso padre narra como un niño la triste historia de

(1) *Plantagenet*. Las dos casas rivales, York y Lancaster, descendían, en efecto, por Eduardo III, su abuelo común, de Enrique Plantagenet.

(2) *Rutland*. El conde de Rutland, hermano de Ricardo, solo contaba diecisiete años cuando la batalla de Wakefield, en donde pereció el duque de York, su padre.

(3) Después del combate de Wakefield, el conde de Rutland, fue amenazado por Clifford, quien, para vengar la muerte de su padre, muerto en Saint-Albans, asesinó al joven príncipe. Los historiadores representan al adolescente como dotado de todas las cualidades morales y físicas. En este relato, Shakespeare altera ligeramente el orden de los hechos, pues York, muerto en Wakefield, no era posible que viera asesinar a su hijo.

la muerte del mío, y se detenía veinte veces para gemir y sollozar, hasta el punto de que los que le escuchaban tenían mojadas sus mejillas como árboles empapados por la lluvia! ¡En estos tristes momentos, mis ojos varoniles desdeñaban una humilde lágrima! ¡Pues lo que esos pesares no pudieron hacer brotar entonces, lo ha realizado tu belleza, y mis ojos se ciegan de llanto... ¡No he suplicado jamás ni a amigo ni a enemigo! ¡Jamás mi lengua logró aprender una dulce palabra de afecto! ¡Pero hoy tu hermosura es el precio de todo, mi orgulloso corazón suplica y mi lengua me obliga a hablar! (*Lady Ana le contempla con desprecio.*) ¡No muestres en tus labios ese desprecio, señora, pues se han hecho para el beso y no para el desdén! ¡Si tu vengativo corazón no puede perdonar, mira, aquí te entrego esta espada de acerada punta! ¡Si te place hundirla en mi sincero corazón y hacer salir al alma que te adora, ofrezco mi seno desnudo al golpe mortal, y humildemente te pido de rodillas que me des la muerte! (*GLOSTER descubre su pecho. ANA le amenaza con la espada.*) ¡No, no te detengas! ¡Yo he matado al rey Enrique!... ¡Pero fue tu belleza la que me impulsó! ¡Anda, decídetelo ahora! ¡Yo apuñalé al joven Eduardo...! (*ANA dirige de nuevo la espada contra el pecho de GLOSTER.*) ¡Pero fue tu cara celestial la que me guió! (*ANA deja caer la espada.*) ¡Alza otra vez la espada, o álzame del suelo!

ANA.- ¡En pie, hipócrita! ¡Aunque deseo tu muerte, no quisiera ser tu verdugo!

GLOSTER.- ¡Pues mándame matarme, y te obedeceré!

ANA.- ¡Ya te lo he dicho!

GLOSTER.- ¡Eso fue en tu cólera! ¡Dímelo de nuevo, y, acto seguido, esta mano, que por tu amor mató a tu amor, matará por amor tuyo a un amante más sincero! ¡Tú serás cómplice de la muerte de ambos!

ANA.- ¡Quién conociera tu corazón!
GLOSTER.- ¡En mi lengua está representado!
ANA.- ¡Me temo que uno y otro sean falsos!
GLOSTER.- ¡Entonces, no hubo nunca un hombre sincero!
ANA.- Bien, bien; ceñíos vuestra espada.
GLOSTER.- ¿Hacemos, pues, las paces?
ANA.- Eso lo sabrás más tarde.
GLOSTER.- Pero ¿puedo vivir en la esperanza?
ANA.- Los humanos viven de esperanzas.
GLOSTER.- Dignaos aceptar este anillo.
ANA.- Recibir no es conceder. *(Se pone el anillo.)*
GLOSTER.- ¡Mira cómo se ciñe mi anillo a tu dedo! ¡Así está circundado en tu seno mi pobre corazón! ¡Usa de ambos pues los dos son para ti! Y si tu pobre y devoto servidor puede solicitar aún un favor de tu graciosa mano, habrás confirmado su dicha para siempre.
ANA.- ¡Qué es ello?
GLOSTER.- Que tengáis a bien dejar estos tristes cuidados a quien esté más indicado para doliente, y os encaminéis a descansar a Crosby-Place (1), donde después que yo haya sepultado solemnemente a este rey en el monasterio de Chertsey y regado su tumba con mis lágrimas de arrepentimiento, iré con toda diligencia a ofrecer mis respetos. Por varias razones que ignoráis, os suplico me concedáis esta gracia.
ANA.- De todo corazón y me alegro mucho también de veros tan arrepentido. ¡Tressel, y

(1) *Crosby-Place* o *Crosby-House*, palacio edificado en Londres por sir Juan Crosby, que fue residencia del duque de Gloster. Todavía pueden verse las ruinas en *Bhisopsgate street*.

vos, Berkley (1), acompañadme!
GLOSTER.- Dadme vuestro adiós.
ANA.- Es más de lo que merecéis. Pero apuesto que me enseñáis de tal modo a adular, imaginaos que os lo he dado ya *(Salen Lady ANA, TRESSEL y BERKLEY.)*
GLOSTER.- ¡Levantad el cuerpo, señores.
CABALLERO.- ¿Hacia Chertsey, noble lord?
GLOSTER.- ¡No, a Withe-Friars! (2).
 ¡Esperadme allí! *(Sale el resto del cortejo con el cadáver.)* ¿Se ha hecho nunca de este modo el amor a una mujer? ¿Se ha ganado nunca de este modo el amor de una mujer? ¡Lo obtendré, pero no he de guardarla mucho tiempo! ¡Cómo! ¡Yo, que he matado a su esposo y a su padre, logro cogerla en momento del odio más implacable de su corazón, con maldiciones en su boca, lágrimas en sus ojos y en presencia del objeto sangriento de su venganza, teniendo a Dios y a su conciencia y a ese ataúd contra mí! ¡Y yo, sin amigos que amparen mi causa, a no ser el diablo en persona y algunas miradas de soslayo! ¡Y aún la conquisto! ¡El universo contra la nada! ¡Cómo! ¿Ha olvidado ya ese bravo príncipe Eduardo, su señor, a quien yo, no hará tres meses (3), apuñalé furiosamente en Tewksbury? ¡El más afable y apuesto caballero que pueda ofrecer jamás el espacioso mundo, moldeado por una Naturaleza dispuesta a la prodigalidad, joven, valeroso, prudente y digno, a no dudar, de la realeza!

(1) *Tressel, Berkley*, nombres sin duda, imaginados por el poeta.

(2) *White-Friars*. Había antiguamente en Londres el convento de *White-Friars* (frailes blancos) y el de *Black-Friars* (frailes negros). El emplazamiento de este último radicaba cerca del sitio que hoy mismo lleva este nombre; y allí, por cierto, se hallaba también el teatro de *Black-Friars*, donde se representó gran número de obras de Shakespeare.

(3) *Some three months*, hace unos tres meses. En realidad, según la Historia, apenas hacía tres semanas.

¿Y todavía consiente ella en fijar en mí sus ojos, que he segado la dorada primavera de este dulce príncipe y reducido a su viuda a un lecho de soledad? ¿En mí, cuyo todo no iguala la mitad de Eduardo? ¿En mí, cojo y tan deforme? ¡Mi ducado contra el céntimo de un mendigo que hasta ahora me he equivocado al juzgar mi persona! ¡Por mi vida que, aunque yo no he podido lograrlo, ella me encuentra maravillosamente hermoso! ¡Voy a encargarme un espejo y a dar trabajo a una docena o dos de sastres, para estudiar las modas que han de adornar mi cuerpo! ¡Puesto que entrado en suerte conmigo mismo, mantengámosla con algún pequeño gasto! Pero primeramente acompañemos al camarada a su tumba, y después vayamos a llorarle ante mi amor.

¡Brilla, sol bello, hasta que compre espejo que pueda ver mi sombra a tu reflejo!

(Sale.)

Escena III

Londres – El palacio (1)

Entran la REINA ISABEL, LORD RIVERS y LORD GREY

RIVERS.- Calmaos, señora. No cabe duda de que Su Majestad recobrará su acostumbrada salud.

GREY.- Por eso, vuestras inquietudes no hacen más que agravar su mal. Así, por Dios, aparentad contento y fortaleced a Su Gracia con palabras consoladoras.

REINA ISABEL.- ¿Qué será de mí si él muriera?

GREY.- No tendríais mayor desgracia sino la pérdida de semejante señor.

(1) *The Palace*. Se trata del palacio de Westminster, que después de la conquista normanda fue residencia principal de reyes. La parte que sirvió de habitación al soberano, derribada bajo Enrique VIII, no ha vuelto a reedificarse.

REINA ISABEL.- La pérdida de semejante señor equivale a todas las desgracias.

GREY.- El cielo os ha bendecido concediéndooos un bondadoso hijo, que será vuestro consuelo cuando él falte.

REINA ISABEL.- ¡Ah! Es joven, y su minoridad ha sido confiada al cuidado de Ricardo Gloster, un hombre que ni me quiere ni nos quiere.

RIVERS.- ¿Está decidido su nombramiento de Protector? (1).

REINA ISABEL.- Decidido, aunque no ultimado; pero lo será si el rey sucumbe.

Entran BUCKINGHAM y STANLEY

GREY.- Aquí llegan los lores de Buckingham y Stanley (2).

BUCKINGHAM.- ¡Buenos días a Vuestra Real Gracia!

STANLEY.- ¡Dios devuelva a Vuestra Majestad sus alegrías!

REINA ISABEL.- ¡La condesa de Richmond (3), mi querido lord Stanley, apenas podría decir amén a vuestro buen deseo! Sin embargo, Stanley, aunque sea esposa vuestra y no me quiera, estad seguro, milord, de que no os tomo en cuenta su orgullosa arrogancia.

STANLEY.- Os suplico, o que no deis fe a las envidiosas calumnias de sus pérfidos acusadores, o que, si la acusación está fundada, tengáis indulgencia con sus debilidades, producto de la acritud de su enfermedad y no de una mala voluntad afectiva.

(1) *Protector*. El título de *protector*, que tan célebre hizo después Crownwell, apareció por primera vez en Inglaterra en 1422. Al morir Enrique V, nombró a su hermano menor, el duque de Bedford, regente de Francia, y a su otro hermano, el duque de Gloster, regente de Inglaterra. Pero ambas Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes, modificaron este testamento, nombrando a Bedford únicamente *protector* o *guardián* del reino, título que les pareció confería menos autoridad que el de regente. (DAVID HUME.)

(2) Es curioso hacer notar que en las ediciones *in-quarto* que se publicaron en vida Shakespeare, a este personaje se le llama por su otro nombre: conde de DERBY.

(3) *The countess Richmond*. Margarita, esposa de Eduardo Tudor, conde de Richmond y madre del joven de este mismo título, que luego fue Enrique VII. Enviudó de su primer marido, y más tarde, de sir Stafford. Estaba, por consiguiente, casada de terceras nupcias con lord Stanley.

REINA ISABEL.- ¿Habéis visto hoy al rey, milord Stanley?

STANLEY.- En este momento acabamos de visitar a Su Majestad al duque de Buckingham y yo.

REINA ISABEL.- ¿Qué síntomas de mejoría habéis notado, lores?

BUCKINGHAM.- Hay esperanzas, señora. Su Gracia está contento.

REINA ISABEL.- ¡Que Dios le devuelva la salud! ¿Habéis conferenciado con él?

BUCKINGHAM.- Sí, señora. Desea hacer la reconciliación (1) entre el duque de Gloster y sus hermanos, y entre ellos y milord chambelán, y acaba de convocarlos ante su real presencia.

REINA ISABEL.- ¡Ojalá se arregle todo!...; pero eso no será nunca, y temo que nuestra felicidad toca a su término.

Entran GLOSTER, HASTINGS y DORSET

GLOSTER.- ¡Me han calumniado, y yo no lo toleraré! ¿Quiénes son los que se quejan al rey de lo que yo le pongo mala cara, soy severo y no le amo? ¡Por San Pablo, que aman bien poco a Su Gracia los que le llenan los oídos con semejantes chismes estúpidos! ¡Porque no sé adular, emplear lindas frases, sonreír a las gentes, acariciar, engañar, mimar, hacer reverencias a la francesa (2) e imitar a los cortesanos, debe tenerse por un rencoroso enemigo! ¿No puede vivir un hombre franco, que no piensa mal de nadie, sin que se abuse de su leal sinceridad por sedosos, rastreros e insinuantes jaques? (3).

(1) *Atonement* en el original.

(2) *Duck with french nods*. Shakespeare alude voluntariamente, con un tanto de ironía bien inglesa, a la cortesía y bellas formas importadas de la Corte de Francia. En *Romeo y Julieta* se ha referido ya al mismo asunto (acto segundo, escena IV) en unas graciosísimas cuanto intencionadas frases del gentilísimo Mercucio.

(3) *By silken sly, insinuating jacks*, por genticillas astutas e insinuantes. Es interesante advertir que en la mayor parte de las lenguas europeas *Jaques, Jean* y *Juan* son sinónimos de *simple*.

GREY.- ¿A quién de todos los presentes se refiere Vuestra Gracia?

GLOSTER.- ¡A ti, que careces de gracia y honradez! ¿Cuánto te he injuriado? ¿Cuánto te he ofendido?... ¿O a ti..., o a ti..., o alguno de nuestro partido? ¡Mala peste a todos vosotros! Su Real Gracia (¡a quien Dios guarde más de lo que quisierais!) no puede respirar tranquilo un momento sin que sea turbado por vuestras infames delaciones.

REINA ISABEL.- ¿Hermano Gloster, no tenéis razón! El rey, de su propia y real voluntad, y sin querer ser excitado por nadie, adivinando quizás el odio que alimentáis en vuestro interior, retratado en vuestras acciones exteriores contra mis hijos, hermano (1) y mi propia persona, os manda llamar a fin de conocer los motivos de vuestra malquerencia y ponerles término.

GLOSTER.- ¡No puedo hablar!... ¡El mundo es ya tan perverso que los reyezuelos se atreven a picotear donde no alcanzarían las águilas! Desde que los jaques se han convertido en hidalgos, no es mucho que los hidalgos se hayan convertido en jaques.

REINA ISABEL.- ¡Ya, ya conocemos vuestra indirecta, hermano Gloster! ¡Envidiáis mi elevación y la de mis amigos! ¡Dios quiera que no os necesitemos nunca!

GLOSTER.- ¡En cambio, Dios quiere que yo os necesite! ¡Por vuestras intrigas está en prisión mi hermano, yo en desgracia y menospreciada la nobleza! ¡Entre tanto, diariamente se llevan a cabo numerosas promociones para hacer nobles a quienes dos días antes apenas valían un noble! (2).

(1) *My children, brother*. El marqués de Dorset y lord Grey eran hijos de la reina por su primer matrimonio. En cuando a hermanos, la reina tenía siete.

(2) *A noble*. Juega aquí Gloster con el doble sentido de la palabra *noble*, que, además de su significado puro, tenía el de moneda, por ser una así llamada, que valía unos ocho peniques en el siglo XVI.

REINA ISABEL.- ¡En nombre de Aquel que, del seno de una existencia, donde vivía satisfecha, me elevó a esta grandeza llena de cuidados, juro que nunca concité contra Su Majestad al duque de Clarence, sino que he sido el mejor abogado de su causa! ¡Milord, me injuriáis ignominiosamente tratando de echar sobre mí tan viles sospechas!

GLOSTER.- ¿Podrías negar que no habéis sido la causa de la prisión de milord Hastings?

RIVERS.- ¡Puede negarlo, milord! Porque...

GLOSTER.- ¿Puede negarlo, lord Rivers?... Pues qué, ¿lo ignora alguien? ¡Puede, en efecto, hacer más que negarlo, señor! ¡Puede ayudar a daros muchos altos puestos y negar después que los secundó su hermano, y atribuir estas dignidades a vuestros raros méritos!... ¡Qué no podrá! Ella puede... sí, ¡vaya!, puede...

RIVERS.- ¿Qué puede? ¡Vaya!

GLOSTER.- ¡Vaya! ¿Qué puede? ¡Dar vaya a un rey soltero, al casarse con un gallardo mozo! ¡Por cierto que no hizo vuestra madre tan buen partido!

REINA ISABEL.- ¡Milord de Gloster, he soportado demasiado vuestros groseros insultos y vuestras amargas ironías! ¡Por el cielo que informaré a Su Majestad de estos odiosos ultrajes a que a menudo estoy expuesta! ¡Más me valdría ser mísera campesina que una gran reina bajo condición de aguantar tales ataques, escarnios e insolencias! ¡Siento poca alegría en ser reina de Inglaterra!

Entra la REINA MARGARITA, que permanece en el foro (1)

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Y que esa poca sea disminuida! ¡Dios, te lo suplico! ¡Ese honor, trono y alcurnia me pertenecen!

(1) Shakespeare introduce aquí a la reina Margarita para dramatizar la situación, porque, en cuanto a la verdad histórica, en este tiempo se hallaba en la cárcel, de la que no salió hasta 1475.

GLOSTER.- ¡Cómo! ¿Me acusáis con contárselo al rey? ¡Decídselo y no os quedéis corta! ¡Mirad: cuanto he dicho lo sostendré en presencia del rey! ¡Arrostró la aventura de ser enviado a la Torre! ¡Ya es hora de hablar! ¡Se han olvidado por completo mis servicios!

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Fuera demonio! ¡Yo los recuerdo demasiado! ¡Tú asesinaste a mi esposo Enrique en la Torre, y a mi pobre hijo Eduardo en Tewksbury!

GLOSTER.- ¡Antes que fuéis reina (1), sí, y que vuestro esposo fuera rey (2), era yo la bestia de carga de todos sus asuntos, el exterminador de todos sus orgullosos adversarios, el remunerador liberal de sus amigos! ¡Para coronar su sangre he vertido la mía propia!

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Sí, y otra más preciosa que la de él y la tuya!

GLOSTER.- ¡En cuyo tiempo vos y vuestro esposo Grey erais partidarios (3) de la casa de Lancaster! ¡Y también vos, Rivers!... ¿No fue muerto vuestro marido en Saint-Albans, en el ejército de Margarita? (4). ¡Dejadme que os recuerde, por si lo olvidáis, quién fuisteis y quién sois, así como quién soy yo y lo que sido!

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Un infame asesino, y todavía lo eres!

(1) *Ere you were queen.* Ricardo continúa dirigiéndose a Isabel porque no ha visto o lo finge, a la reina Margarita, que se halla detrás de él.

(2) *Your husband king.* Según la verdad histórica, al advenimiento de Eduardo IV, Gloster sólo contaba ocho años. Shakespeare, como antes dijimos, altera con frecuencia el orden de los hechos para mejor desarrollar su idea.

(3) *Factius*, faccioso, ambas palabras, inglesa y castellana, no tenían entonces el sentido desfavorable que adquirieron después. Su primitivo significado era el de partidario.

(4) *In Marfaret's battle.* Lo que se narra está en contradicción con lo que dice Eduardo en *La tragedia de Enrique VI*, cuando lady Grey le muestra a sus dos hermanos (acto III, escena II). Además, Hume advierte que sir Juan Grey estuvo realmente en el ejército de Lancaster. Pero el poeta no se embaraza por tan poco.

GLOSTER.- ¡El pobre Clarence abandonó a su padre Warwick (1) y fue perjuro a sí mismo!... ¡Que Jesús le perdone!

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Que Dios le castigue!

GLOSTER.- ¡Para combatir en el partido de Eduardo por su corona! ¡Y en pago de ese papel, pobre lord, lo empapelan! ¡Pluguiera a Dios que mi corazón fuese de roca como el de Eduardo, o que el de Eduardo fuese tierno y compasivo como el mío! ¡Soy demasiado bobo e infantil para este mundo!

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Abandónalo y huye de vergüenza al infierno, genio del mal! ¡Allí está tu reino!

RIVERS.- Milord de Gloster, en aquellos días difíciles que evocáis para demostrar que éramos enemigos, no hacíamos sino seguir a nuestro señor el rey legítimo como os seguiríamos a vos si lo fueseis.

GLOSTER.- ¿Si lo fuese?... ¡Antes mozo de cuerda! ¡Lejos de mi corazón semejante pensamiento!

REINA ISABEL.- ¡Por la poca alegría que, según decís, milord, experimentaríais en reinar sobre este país, podéis imaginaros la escasa que yo siento en ser reina!

REINA MARGARITA.- (*Aparte.*) ¡Efectivamente, poca es la alegría que experimenta en serlo! ¡Yo, que lo soy, no experimento mucha más! (*Avanzando.*) ¡Escuchadme, agresivos piratas que os disputáis el reparto de lo que me habéis

(1) La víspera de la batalla de Barnet, en cuya acción Eduardo de York derrotó a Warwick, el duque de Clarence, olvidando los lazos que le unían a Warwick, se pasó a las filas de Eduardo durante la noche, comprometiendo en su defección a un cuerpo de 12.000 hombres. Desesperado Warwick por esta traición, se introdujo en lo más fuerte de la pelea, donde halló la muerte.

robado! ¿Quién de vosotros puede mirarme sin estremecerse? ¡Si no sometidos como súbditos ante su reina, al menos temblad como rebeldes ante la que han destronado! ¡Ah honorable malvado, no evites mi vista!...

GLOSTER.- Espantable bruja arrugada ¿qué vienes a hacer ante mi vista?

REINA MARGARITA.- ¡El relato de lo que tú has desecho! ¡Eso es lo que haré antes de dejarte partir!

GLOSTER.- ¿No estabas desterrada, bajo pena de muerte?

REINA MARGARITA.- Sí; pero he hallado más penoso el destierro que la muerte que pueda aguardarme aquí. ¡Me debes un esposo y un hijo!... (*A la REINA ISABEL.*) ¡Y tú mi reino! (*A los demás*) ¡Y todos vosotros, obediencia! ¡Mis pesares os pertenecen de derecho, y todos los bienes que habéis usurpado son míos!

GLOSTER.- ¡La maldición que lanzó sobre ti mi noble padre cuando ceñiste su frente guerrera con una corona de papel (1) y con tus ultrajes hiciste correr de sus ojos torrentes de lágrimas y cuando, para enjugarlas, presentaste al duque un paño tinto en la sangre inocente del tierno Rutland..., esas maldiciones, que, en la amargura de su alma, invocó contra ti, sobre ti han caído, y es Dios, no nosotros, quien ha castigado tu acción sangrienta!...

REINA ISABEL.- ¡Dios es justo al vengar al inocente!

HASTINGS.- ¡Oh! ¡Degollar a ese niño fue la acción más odiosa y cruel que se ha oído jamás!

(1) El duque de York, padre de Ricardo, perdió contra Margarita la batalla de Wakefield y fue muerto en la acción. Habiéndose encontrado su cadáver entre los que sucumbieron, Margarita le hizo cortar la cabeza y la mandó clavar a las puertas de York, adornada con una corona de papel, en escarnio del título que se atribuía de heredero de la corona. Shakespeare, que, como ya hemos dicho, supone que el hijo murió antes que el padre, añade en el acto primero, escena IV, de la Tercera parte de *Enrique VI* que Margarita le entregó para que secara sus lágrimas un pañuelo tinto en la sangre del joven conde de Rutland.

De aquí se deducirá que las casas de York y Lancaster podían echarse muy poco en cara en lo que toca a sentimientos sanguinarios.

RIVERS.- ¡Los mismos tiranos lloraron cuando les fue contada!

DORSET.- ¡No existe hombre que no haya presagiado la venganza!

BUCKINGHAM.- ¡Hasta Northumberland, que estaba presente, lo lloró!

REINA MARGARITA.- ¡Cómo! ¿Estabais disputando antes de mi llegada, prestos a despedazaros el uno al otro, y ahora volvéis todos vuestra cólera contra mí? Las terribles maldiciones de York han influido tanto en el Cielo, que la muerte de Enrique, la muerte de mi amado Eduardo, la pérdida de su reino, mi triste destierro, ¿no serán sino el justo castigo por la muerte de ese voluntarioso rapaz? ¿Pueden las maldiciones atravesar las nubes y penetrar en los cielos?... ¡Pues si es así, dad paso, densas nubes, a mis rápidas imprecaciones! ¡Que, a falta de guerra, sucumba vuestro rey víctima de su libertinaje, como pereció el nuestro para hacerle rey! ¡Que tu hijo Eduardo, hoy príncipe de Gales, para compensarme de Eduardo, mi hijo, que era príncipe de Gales, muera en plena juventud, víctima de igual violencia! ¡Que tú, que eres reina, para venganza mía, sobrevivas a tu gloria tan desgraciada como yo sobrevivo! ¡Que puedas vivir lo suficiente para llorar la pérdida de tus hijos y ver, como yo veo en ti ahora, otra mujer en posesión de tus derechos, como tú lo estás en los míos! ¡Que tus días de felicidad acaben mucho antes que tu muerte, y que, tras interminables horas de dolor, fallezcas, dejando de haber sido madre, esposa y reina de Inglaterra! ¡Rivers y Dorset, que estabais presentes..., y tú también, lord Hastings..., cuando mi hijo fue atravesado por sanguinarios puñales: a Dios le ruego que ninguno de vosotros viva su término natural, sino que tronche vuestros días un imprevisto accidente!

GLOSTER.- ¡Ya has hecho tus conjuros, odiosa y maldita bruja!

REINA MARGARITA.- ¿Y me iba a olvidar de ti? ¡Atrás, perro! ¡Forzoso te será oírme! ¡Si el Cielo te reserva calamidades tan horribles que sobrepujen a las que imploro para ti, ¡oh!, que las retenga hasta que maduren tus pecados y arroje entonces sobre ti su indignación, perturbador de la paz del mísero universo! ¡Que el gusano de la conciencia roa sin descanso en tu alma! ¡Que mientras vivas, tus amigos te sean sospechosos de traidores y tengas a los traidores más pérfidos por tus mejores amigos! ¡Que jamás cierre el sueño tus aviesos ojos, a no ser para que una horrorosa pesadilla te espante con un infierno de horrendos demonios! ¡Desfigurado por el espíritu del mal, aborto, cerdo (1), devastador, sellado al nacer para esclavo de la Naturaleza e hijo del Averno! ¡Oprobio del vientre pesado de tu madre! ¡Engendro aborrecido de los riñones de tu padre! ¡Andrajo del honor! ¡Te detesto!...

GLOSTER.- ¡Margarita!

REINA MARGARITA.- ¡Ricardo!

GLOSTER.- ¿Qué?

REINA MARGARITA.- ¡No te llamo!

GLOSTER.- ¡Perdón te pido, entonces pensé que me habías llamado con todos esos odiosos nombres!

REINA MARGARITA.- ¡Sí; a ti fue; pero no esperaba respuesta! ¡Oh! ¡Déjame acabar mis maldiciones!

GLOSTER.- Lo haré yo, y dan fin en... Margarita.

REINA ISABEL.- Así todas vuestras maldiciones acaban en vos misma.

REINA MARGARITA.- ¡Pobre esbozo de reina, vano alarde de mi esplendor! ¿A qué verter azúcar sobre esa ventruda araña (2), cuya tela mortal te envuelve por todas partes? ¡Loca! ¡Loca! ¡Estás afilando el cuchillo que ha de matarte! ¡Día llegará en que imploréis mi ayuda para maldecir contigo a este ponzoñoso reptil jorobado!

(1) *Rooting hog*. Ricardo ostentaba en sus armas un jabalí, que Margarita, para insultarle, transforma aquí en un puerco (*hog*).

(2) *Bottled spider, araña inflada, ventruda*, en forma de botella. Alude a la figura contrahecha de Gloster.

HASTINGS.- ¡Mujer de mal agüero, termina tus frenéticas imprecaciones, no se agote, para desgracia tuya, nuestra paciencia!

REINA MARGARITA.- ¡Menguado oprobio para vosotros! ¡todos habéis abusado de la mía!

RIVERS.- En justicia, debiéramos recordaros vuestros deberes.

REINA MARGARITA.- En justicia, debierais recordar los que es vuestro deber, enseñarme a ser vuestra reina y aprender vosotros a ser mis súbditos. ¡Oh, en justicia, aprended vosotros mismos estos deberes!

DORSET.- ¡No discutías con ella; es una lunática!

REINA MARGARITA.- ¡Silencio, incipiente marqués; sois un petulante! ¡Vuestra nobleza de nuevo cuño es una moneda que apenas corre! ¡Oh, que vuestro reciente blasón pueda conocer lo que es perderlo y acabar en la miseria! Los que habitan en las cumbres se ven agitados por muchas ráfagas de viento, y si caen, se rompen en mil pedazos.

GLOSTER.- ¡Buen consejo, a fe mía; aprendedlo, aprendedlo, marqués!

DORSET.- ¡A vos os concierne, milord, tanto como a mí!

GLOSTER.- ¡Sí, y mucho más; pero yo nací demasiado alto!... ¡Nuestro nido construido en la cima de un cerro, juega con los vientos y se burla del sol!

REINA MARGARITA.- ¡Y lo convierte en sombras!... ¡Ay! ¡Ay! ¡Testigo, mi hijo, ahora sumido en la sombra de la muerte, cuyos rayos resplandecientes se plegaron en las tinieblas eternas por tu nebulosa malignidad! ¡Vuestro nido aéreo se construyó en el sitio del aire que ocupaba el nuestro! ¡Oh Dios, que ves esto, no lo consentas! ¡Como se adquirió con sangre, se pierda con sangre!

BUCKINGHAM.- ¡Silencio, silencio, por vergüenza, ya que no por caridad!

REINA MARGARITA.- ¡No me habléis de caridad ni de vergüenza! ¡Sin caridad habréis obrado conmigo, y sin vergüenza asesinasteis mis esperanzas! ¡Mi caridad es ultraje; la vida, mi vergüenza!... ¡Y en esta vergüenza reside todavía la rabia de mi dolor!

BUCKINGHAM.- ¡Basta, basta!

REINA MARGARITA.- ¡Oh nobilísimo Buckingham! ¡Te beso las manos en señal de alianza y amistad! ¡Que desde ahora a ti y a tu noble casa os acaricie la fortuna! ¡Vuestras ropas no están manchadas con sangre vuestra! No te incluyo en mis maldiciones.

BUCKINGHAM.- ¡Ni a ninguno de los aquí presentes, pues las maldiciones no traspasan nunca los labios de los que las exalan en el aire!

REINA MARGARITA.- ¡Quiero creer que ascienden al Cielo y que interrumpen el dulce sueño de la paz de Dios! ¡Oh Buckingham! ¡Desconfía de ese perro malvado! ¡Mira: cuando acaricia, es para morder! ¡Y cuando muerde, su diente venenoso empozoña hasta matar! ¡No intimes con él! ¡Guárdate de él! ¡El pecado, la muerte y el infierno le han sellado con sus marcas, y todos sus ministros son sus familiares!

GLOSTER.- ¿Qué dice, milord de Buckingham?

BUCKINGHAM.- ¡Nada en que yo repare, querido milord!

REINA MARGARITA.- ¡Cómo! ¿Te burlas de mis buenos consejos y halagas al demonio, de quien te quiero preservar? ¡Oh! ¡Ya te acordarás de este día cuando destrozé tu gran corazón con algún pesar, y dirás: *La pobre Margarita fue una profetisa!*... ¡Vivid cada uno de vosotros esclavo de su odio, él del vuestro, y todos, como sois, del Dios!... (*Sale.*)

HASTINGS.- ¡Se me erizan los cabellos al escuchar sus maldiciones!

RIVERS.- ¡Y a mi también! ¡Me maravilla que se la deje en libertad!

GLOSTER.- ¡Por la Santa Madre de Dios, no puedo censurarla! ¡Ha sufrido demasiados ultrajes, y lamento la parte que he tenido en ello!

REINA ISABEL.- Que yo sepa, nunca le hice ningún daño.

GLOSTER.- ¡Sin embargo, disfrutáis todo el provecho de su infortunio! ¡Yo he mostrado demasiado ardor por el bien de alguien que ahora muestra demasiado frialdad en recordarlo! ¡Por mi fe! ¡Como Clarence! ¡Bien se le recompensa! ¡A cambio de sus servicios, engorda en una pocilga! ¡Dios perdona a los culpables!

RIVERS.- Conclusión virtuosa y cristiana es rogar por los que nos hacen mal.

GLOSTER.- ¡Así procedo yo siempre (*Aparte.*), con buen acuerdo...; pues de haber maldecido ahora, me hubiera maldecido a mi propio!

Entra Catesby (1)

CATESBY.- ¡Señora, Su Majestad os llama... (A RICARDO.), así como a Vuestra Gracia..., y a vosotros, nobles lores!

REINA ISABEL.- ¡Vamos Catesby!... Lores, ¿queréis acompañarme?

RIVERS.- Seguimos a Vuestra Gracia. (*Salen todos, menos GLOSTER*)

GLOSTER.- ¡Hago daño y grito el primero! ¡Las malas acciones que urdo secretamente las coloco sobre la gravosa carga de los demás! Clarence (a quien en verdad arrojé a las sombras) es llorado por mí ante estos infelices crédulos de Stanley, Hastings y Buckingham, y les digo que es la reina y sus allegados quienes excitan al rey contra el duque, mi hermano. ¡Y al punto lo creen! ¡Y, sin más, me incitan a vengarme de Rivers, de Vaughan y de Grey! Pero suspiro entonces, y citándoles un texto de la Escritura, les digo que Dios nos manda devolver bien por mal. Y así, cubro las desnudeces de mi villanía con algunos trozos viejos cogidos de los libros sagrados, y les parezco un santo, mientras represento el papel de demonio.

Entran dos Asesinos

Pero ¡basta! ¡Aquí están mis ejecutores! Vamos a ver, mis bravos, fuertes y resueltos camaradas: ¿estáis ya dispuestos a ultimar este asunto?

ASESINO 1°.- Estamos, milord, y venimos por la orden para poder entrar donde se encuentre.

GLOSTER.- ¡Bien pensado! Aquí la tengo. (*Les da la orden.*) ¡Cuando hayáis terminado, volvéis a Crosby-Place! Pero, señores, sed

(1) *Catesby*, célebre jurisconsulto, a la sazón muy amigo de Buckingham.

prontos en la ejecución; permaneced inmovibles, sin dar oídos a sus súplicas, pues Clarence es un buen orador, y tal vez pudiera volver vuestros corazones a la piedad, si le atendéis.

ASESINO 1°.- ¡Bah, bah, milord! ¡No nos pondremos a charlar! ¡Los habladores no son hombres de acción! ¡Estad seguro de que usaremos nuestras manos y no nuestras lenguas!

GLOSTER.- ¡Que vuestros ojos dejen caer piedras de molino cuando los suyos derramen lágrimas! ¡Me gustáis, muchachos!... ¡A vuestro negocio inmediatamente! ¡Id, id, despachad!

ASESINO 2°.- ¡Allá vamos, noble lord! (*Salen.*)

Escena IV

Londres – La Torre (1)

Entran CLARENCE Y BRAKENBURY

BRAKENBURY.- ¿Por qué se muestra hoy tan abatido Vuestra Gracia?

CLARENCE.- ¡Oh! ¡He pasado una noche tremenda, tan preñada de sueños espantosos y horribles visiones, que, a fuer de buen cristiano, no quisiera volver a pasar otra parecida, aunque tuviese que pagarla con un mundo de días venturosos! ¡Tan llenas de lúgubre terror transcurrieron las horas!

BRAKENBURY.- ¿Qué soñasteis, milord? Decídmelo, os lo ruego.

(1) *The Tower*, la Torre de Londres, famoso monumento, cuya fundación se cree que data de los tiempos de Julio César, aunque los muros actuales se atribuyen a Guillermo el *Conquistador*. En un principio, la Torre fue una fortaleza que sirvió de residencia real: después se transformó en Tribunal de Justicia, y más tarde en prisión de Estado. Hoy no es otra cosa que un museo-cuartel.

CLARENCE.- Pensé que me había evadido de la Torre y que me embarqué para Borgoña (1) en compañía de mi hermano Gloster, quien me invita a abandonar mi camarote y a pasear sobre cubierta. Entonces dirigimos la mirada hacia Inglaterra y evocamos los mil difíciles momentos por que hubimos de atravesar durante las guerras de York y de Lancaster. Mientras recorremos a grandes pasos el movable piso de la cubierta, creo ver a Gloster tropezar, y como quisiera recogerle, me ase y me arroja por la borda a las irritadas olas del océano. ¡Oh Señor! ¡Qué dolor me parecía el ahogarse! ¡Qué terrible estruendo el agua en mis oídos! ¡Me imaginaba ver un millar de espantables naufragos, diez mil hombres roídos por los peces, lingotes de oro, áncoras enormes, montones de piedras, perlas inestimables, inapreciables joyas, todo en el fondo del mar; parte de ello, en los cráneos de los muertos! ¡Y en esas cuencas, donde una vez habitaron los ojos, como por burla se habían engastado en su lugar refulgentes gemas, que cortejaban las profundidades cenagosas del abismo y se reían de las osamentas esparcidas por todos lados!

BRAKENBURY.- ¿Teníais semejante tranquilidad a la hora de la muerte para contemplar esos misterios del abismo?

CLARENCE.- Creía tenerla, y muchas veces ansié entregar mi alma; pero siempre las envidiosas olas devolvían mi espíritu, no permitiéndole hallar el vacío, espacioso y errante aire, sino ahogándolo en mi palpitante masa, pronto a estallar para exhalarlo en las ondas.

BRAKENBURY.- ¿Y no despertasteis en tan cruel agonía?

(1) *Burgundy*. Después de la batalla de Wakefield, la duquesa de York huyó con sus dos hijos. Clarence y Ricardo, a la corte de Borgoña.

CLARENCE.- ¡No, no; en mi sueño se prolongaba más allá de la vida! ¡Oh! ¡Entonces comenzó la tempestad de mi alma! Me parecía que, conducido por el tétrico barquero de que nos hablan los poetas, atravesaba la melancólica laguna para entrar en el reino de la noche eterna. El primero que allí encontró mi extraño espíritu fue a mi excelso suegro, el renombrado Warwick, que gritaba...: *¿Qué castigo, por perjuro, reservará esta tenebrosa monarquía para el pérfido Clarence?* Y dicho esto, se desvaneció. Entonces vi venir errante una sombra, parecida a un ángel (1), con su brillante cabellera salpicada de sangre, y exclamó en agudos gritos... : *¡Ha llegado Clarence..., el traidor, inconstante y perjuro Clarence; el que me apuñaló en los campos de Tewksbury!... ¡Apoderaos de él, Furias, y aplicadle vuestros tormentos!...* A todo esto, me parecía que una horrible legión de demonios me rodeaba, lanzando en mis oídos gritos tan espantosos, que a su estrépito me desperté temblando, y en un largo rato no pude persuadirme sino que estaba en el infierno. ¡Tan terrible impresión me había causado la pesadilla!

BRAKENBURY.- No me extraña, lord, que os espantase. ¡Dijera que me estremezco de oíroslo contar!

CLARENCE.- ¡Oh Brakenbury! ¡Todas estas cosas, que ahora deponen contra mi alma, las realicé por Eduardo! ¡Y ved cómo me recompensa! ¡Oh Dios! ¡Si mis hondas plegarias no consiguen aplacarte, sino que pretendes quedar vengado de mis culpas, ejecuta en mí solo tu furor!

(1) *A shadow like an angel*, el joven príncipe de Gales, hijo de Enrique VI y de Margarita.

¡Perdona a mi inocente mujer (1) y a mis pobres hijos!... ¡Te ruego, querido guardián, que no te separes de mí! ¡Mi alma está apesurada, y quisiera dormir tranquilo!

BRAKENBURY.- Lo haré, milord. ¡Dios conceda a Vuestra Gracia un apacible descanso!... (CLARENCE se queda dormido.) ¡Los pesares alteran el tiempo y las horas de reposo!... ¡De la mañana hacen noche, y de la noche mediodía! La gloria de los príncipes se reduce a sus títulos, honores internos para exteriores penas, y por una felicidad imaginaria crean a veces un mundo de inquietantes cuidados. ¡Y así, entre sus títulos y un nombre humilde no hay otra diferencia que la fama exterior!

Entran los dos Asesinos

ASESINO 1°.- ¡Hola! ¿Quién va?

BRAKENBURY.- ¿Qué quieres camarada? Y ¿cómo has venido aquí?

ASESINO 1°.- ¡Quiero hablar con Clarence, y he venido con mis patas!

BRAKENBURY.- ¡Cómo! ¿Tan breve?

ASESINO 2°.- ¡Mejor así, señor, que ser enojoso!... ¡Mostrémosle nuestra orden y ahorremos palabras! (*Entrega un papel a BRAKENBURY, que lo lee.*)

BRAKENBURY.- ¡En esta autorización se me ordena entregar al duque de Clarence en vuestras manos! ¡No quiero reflexionar qué intenciones le han dictado, porque deseo ignorarlas, para ser inocente! He aquí al duque durmiendo..., y he aquí las llaves. Iré a ver al rey y a significarle que he delegado en vosotros mis funciones.

ASESINO 1°.- Podéis hacerlo, señor; es un acto de prudencia. Pasadlo bien. (*Sale BRAKENBURY.*)

ASESINO 2°.- ¡Qué! ¿Le damos de puñaladas mientras duerme?

ASESINO 1°.- No; diría que fue una cobardía al despertar.

ASESINO 2°.- ¡Al despertar! ¡No despertará hasta el gran día del Juicio!

(1) *My guiltles wife.* Clarence estaba casado con Isabel, la primogénita de Warwick, que murió antes que él. Por tanto, es una ficción poética que Shakespeare la suponga viviendo todavía.

ASESINO 1° Bien; pero dirá entonces que le herimos durmiendo.

ASESINO 2°.- El sentido de esa palabra, *Juicio*, ha hecho nacer en mí una especie de remordimiento.

ASESINO 1°.- ¡Qué! ¿Tienes miedo?

ASESINO 2°.- No de matarlo, trayendo la orden, sino de condenarme por haberlo matado, contra lo cual ninguna orden me defendería.

ASESINO 1°.- ¡Te creí resuelto!

ASESINO 2°.- ¡Y lo estoy a dejarlo vivir!

ASESINO 1°.- ¡Volveré para ver al duque de Gloster y contárselo!

ASESINO 2°.- No, te lo ruego; espera un poco. Confío en que pasará éste mi acceso de sensibilidad. Suele durar lo que se tarda en contar veinte.

ASESINO 1°.- ¿Cómo te sientes ya?

ASESINO 2°.- ¡Todavía quedan en mí algunas partículas de conciencia!

ASESINO 1°.- ¡Acuérdate de nuestra recompensa una vez cometida la acción!

ASESINO 2°.- ¡Voto va! ¡Muera! ¡Había olvidado la recompensa!

ASESINO 1°.- ¿Dónde está tu conciencia ahora?

ASESINO 2°.- En la bolsa del duque de Gloster.

ASESINO 1°.- De modo que cuando él abre la bolsa y nos paga se escapa tu conciencia.

ASESINO 2°.- ¡No importa! ¡Que se vaya! ¡Nadie consentirá en recibirla!

ASESINO 1°.- ¿Y si viene a ti de nuevo?

ASESINO 2°.- ¡No quiero tener nada con ella; es una cosa peligrosa! Hace del hombre un cobarde, no puede robar sin que le acuse, no puede jurar sin que le tape la boca, no puede yacer con la mujer de su prójimo sin que le denuncie. ¡Es un espíritu ruboroso y vergonzante que se amotina en el pecho del hombre! ¡Todo lo llena de obstáculos! Una vez me hizo restituir una bolsa de oro que hallé por casualidad. Arruina al que la conserva; está desterrada de todas las villas y ciudades como cosa peligrosa, y el que tenga intención de vivir a sus anchas, debe confiar en sí propio y prescindir de ella.

ASESINO 1°.- ¡Voto va! Ahora mismo cosquillea en mi codo, persuadiéndome a no matar al duque.

ASESINO 2°.- ¡Mete al demonio en tu alma y no le hagas caso! Quisiera insinuarse contigo para que te arrepintieras.

ASESINO 1°.- ¡Soy de natural fuerte, y nada conseguirá conmigo!

ASESINO 2°.- Eso es hablar como un bravo que respeta su reputación. ¿Vamos a la obra?

ASESINO 1°.- ¡Dale en la cabeza con el puño de tu acero y arrojémosle después al tonel de malvasía que hay en la habitación vecina!

ASESINO 2°.- ¡Oh! ¡Excelente idea! ¡Hacer de él una sopa!

ASESINO 1°.- ¡Calla! Se despierta... ¿Le herirás?

ASESINO 2°.- No; discutiremos con él.

CLARENCE.- ¿Dónde estás, carcelero? ¡Dame una copa de vino!

ASESINO 1°.- Dentro de un instante tendrás suficiente vino, milord.

CLARENCE.- ¡En nombre de Dios! ¿Quién eres?

ASESINO 1°.- Un hombre como vos.

CLARENCE.- Pero no como yo, de sangre real.

ASESINO 1°.- Ni vos como yo, de sangre leal.

CLARENCE.- Tu voz es de trueno, pero humilde tu mirada.

ASESINO.- Mi voz es ahora la del rey; pero mis miradas, propias.

CLARENCE.- ¡Qué tenebroso y mortífero es tu lenguaje! ¡Vuestros ojos me amenazan! ¿Por qué palidecéis? ¿Quién os envía aquí? ¿A qué venís?

ASESINO 2°.- A..., a..., a...

CLARENCE.- ¡A asesinarme!

LOS DOS ASESINOS.- Sí, sí.

CLARENCE.- Apenas tenéis corazón para decírmelo; luego menos tendréis corazón para realizarlo. ¿En qué, amigos, os he ofendido?

ASESINO 1°.- A nosotros, en nada, sino al rey.

CLARENCE.- Pronto estaré con él reconciliado.

ASESINO 2°.- ¡Nunca milord! Preparaos, por tanto, a morir.

CLARENCE.- ¿Habéis sido escogidos entre tantos hombres para matar a un inocente? ¿Cuál es mi crimen? ¿Dónde está el testigo que me acusa? ¿Qué jurado legal ha dado su veredicto ante el severo juez? ¿O quién ha pronunciado la amarga sentencia de muerte contra el pobre Clarence? Entregarme a la muerte antes de estar convicto por el procedimiento de la ley, es una ilegalidad. ¡Os conjuro, si esperáis vuestra parte de redención, por la preciosa sangre de Cristo derramada por nuestros graves pecados, que os marchéis sin poner vuestras manos en mí! ¡La acción que vais a cometer es abominable!

ASESINO 1°.- Lo que hacemos nos ha sido mandado.

ASESINO 2°.- Y el que lo ha mandado es nuestro rey.

CLARENCE.- ¡Erróneo, vasallo! ¡El gran Rey de los reyes ha mandado en las tablas de su Ley que no debes matar! ¿Quieres tú, entonces, rechazar su mandato y obedecer el de un hombre? ¡Ten cuidado, porque El tiene en sus manos la venganza para lanzarla sobre la cabeza de los que violan su Ley!

ASESINO 2°.- ¡Y esa misma venganza es la que sobre ti arroja, por falso, por perjuro y por asesino también! ¡Tú hiciste el juramento de combate en la guerra por la casa de Lancaster!

(1).

(1) Clarence, en efecto, había prometido a su suegro Warwick abandonar la causa de los yorquistas y violó su juramento.

ASESINO 1°.- ¡Y, como traidor al nombre de Dios, faltaste a tu juramento! ¡Y con tu hoja traicionera atravesaste las entrañas del hijo de tu soberano! (1).

ASESINO 2°.- ¡A quien hubiste de jurar sostenimiento y defensa!

ASESINO 1°.- ¿Cómo te atreves ante nosotros a apelar a la ley divina, cuando la has violado en tan grande extremo?

CLARENCE.- ¡Ay! Y ¿por quién cometí tan mala acción? ¡Por Eduardo, por mi hermano; por él la realicé! ¡No os enviará para que me deis muerte por ello, pues en esto es tan culpable como yo! Si Dios quiere vengarse de esa falta. ¡Oh!, sabed que El se venga en público. ¡No hurtéis la contienda a su potente brazo! El no necesita medios indirectos ni ilegales para aniquilar a los que le han ofendido.

ASESINO 1°.- ¿Quién te encargó, entonces, de ser su sangriento ministro, cuando heriste de muerte al galante mancebo, la esperanza preciada, el bravo Plantagenet?

CLARENCE.- El amor por mi hermano, el demonio y mi furia.

ASESINO 1°.- El amor por tu hermano, nuestro deber y tus crímenes nos incitan aquí a degollarte.

CLARENCE.- Si amáis a mi hermano, no me odiéis a mí. ¡Soy su hermano y le quiero bien! Si estáis pagados para esta acción, volved en seguida y buscad a mi hermano Gloster, quien os recompensará mejor por haberme dejado vivir, que Eduardo remuneraros por mi muerte.

ASESINO 2°.- Estáis equivocado. ¡Vuestro hermano Gloster os odia!

CLARENCE.- ¡Oh, no! Me ama y le soy querido. ¡Id de mi parte a verle!

LOS DOS ASESINOS.- ¡Sí que iremos!

CLARENCE.- Decidle que cuando nuestro noble padre York bendijo a sus tres hijos con su brazo victorioso y nos encargó desde el fondo de su alma que nos amásemos mutuamente, no pudo imaginarse esta discordia en nuestra fraternidad. ¡Decid a Gloster que medite en esto, y llorará!

(1) Alusión a la muerte del príncipe de Gales, en la que había intervenido el duque de Clarence.

ASESINO 1°.- ¡Sí, piedras de molino, como nos enseñó que vertiésemos nosotros!

CLARENCE.- ¡Oh, no le calumniéis! Es benéfico.

ASESINO 1°.- ¡Sí, como la nieve sobre la cosecha! ¡Vamos, estáis engañado! ¡El es quien nos envía a mataros aquí!

CLARENCE.- No puede ser, pues ha gemido en mi desgracia, y, estrechándome en sus brazos, juró entre sollozos que trabajaría por mi libertad.

ASESINO 1°.- Pues es lo que hace al querer libraros de la esclavitud del mundo para reservaros las alegrías del Cielo.

ASESINO 2°.- ¡Reconciliaos con Dios, milord, pues debéis morir!

CLARENCE.- Teniendo en el alma este santo pensamiento de aconsejarme hacer mi reconciliación con Dios, ¿eres tan ciego para con tu propia alma que vas a entrar en guerra con Dios mismo para asesinarme? ¡Oh señores! ¡Considerad que el que os ha enviado para cometer esta acción os odiará por esta acción!

ASESINO 2°.- ¿Qué hacemos?

CLARENCE.- ¡Ceder y salvar vuestras almas!

ASESINO 1°.- ¡Ceder! ¡No! ¡Eso es cobardía y afeminamiento!

CLARENCE.- ¡No ceder es bestial, salvaje y diabólico!... ¡Amigo, sorprende cierta piedad en tus miradas! ¡Oh! ¡Si tus ojos no me engañan, ponte a mi lado e implora por mí! ¿De qué príncipe mendigo no se apiadarían los mendigos? ¿Quién de vosotros, si fuerais hijos de un príncipe, privado de su libertad, como yo estoy ahora, viendo venir a dos asesinos como vosotros, no suplicaría por su vida..., como rogaríais vosotros si os hallarais en mi trance?

ASESINO 2°.- ¡Volved la vista, milord!

ASESINO 1°.- ¡Toma ésta! (*Le hiere.*) ¡Y ésta! ¡Y si todo esto no es bastante, te ahogaré ahí dentro, en el tonel de malvasía! (*Sale con el cuervo.*)

ASESINO 2°.- ¡Acción sangrienta! ¡Y realizada desesperadamente! ¡De buena gana, como Pilato, lavaré mis manos de este muy odioso crimen!

Vuelve a entrar el ASESINO 1°

ASESINO 1°.- ¿Qué es esto? ¿En qué piensas, que no me ayudas? ¡Por el Cielo, que sabrá el duque lo pusilánime que estuviste!

ASESINO 2°.- ¡Quisiera que supiese que salvé

a su hermano! (1). ¡Toma tú la recompensa y repite lo que te digo: que me arrepiento de la muerte del duque! (*Sale.*)

ASESINO 1°.- ¡Pues yo no! ¡Márchate, cobarde! Ahora voy a esconder el cuerpo en algún rincón, hasta que el duque disponga su funeral.

¡Y cuando cobre, lejos de la gente; puesto esto ha de hacer ruido, es conveniente!

(*Sale.*)

Acto Segundo

Escena Primera

Londres – El Palacio (1)

Entran el REY EDUARDO (sostenido y enfermo), la REINA ISABEL, DORSET, RIVERS, HASTINGS, BUCKINGHAM, GREY y otros

REY EDUARDO.- Bien; así... Hoy no he perdido el día... ¡Pares, continuad esta estrecha unión! De un instante a otro espero una embajada de mi Redentor, para redimirme de este mundo; y en mayor paz partirá mi espíritu al Cielo después de haber restablecido la paz de mis amigos sobre la tierra. ¡Rivers y Hastings, daos la mano sin oculto encono, jurándoos amistad!

RIVERS.- El Cielo me es testigo de que mi alma queda purgada de odio y de envidia, y sello con mi mano la lealtad de mi corazón

HASTINGS.- ¡Así sea dichoso como juro sinceramente lo mismo!

REY EDUARDO.- Tened cuidado de no fingir ante vuestro rey, no sea que Aquel que es supremo Rey de reyes confunda vuestra oculta falsía y os condene a perecer el uno a manos del otro.

HASTINGS.- ¡Así sea afortunado como juro un leal afecto!

RIVERS.- ¡Y yo como amo a Hastings con todo mi corazón!

REY EDUARDO.- Señora, no seáis vos misma una excepción de esto..., ni vuestro hijo Dorset..., ni vos, Buckingham. Habéis sido adversarios entre sí. Esposa, estimad a lord Hastings, dadle a besar vuestra mano, y, en lo que realicéis, proceded con franqueza.

REINA Isabel.- Hela aquí, Hastings... Nunca más recordaré nuestros pasados resentimientos. ¡Por mi felicidad y la de los míos!

REY EDUARDO.- ¡Dorset, abrazadle!... ¡Hastings, amad al marqués!

DORSET.- Protesto aquí que este intercambio de afectos será inviolable por parte mía.

(1) Como observa Guizot, Clarence no murió de la manera que narra Shakespeare, ni por sola voluntad del duque de Gloster, sino de acuerdo éste con el monarca, que, impulsado por Ricardo y la reina, y, por otra parte, muy dado a desconfiar de Clarence, le hizo condenar a la última pena por la Cámara de los Pares, en aquellos tiempos instrumento servil de los más odiosos actos de tiranía.

(1) *The Palace*. El mismo de Westminster en que se desarrolló la escena tercera del primer acto.

HASTINGS.- Igual juro yo. (*Abraza a DORSET.*)

REY EDUARDO.- Ahora, noble Buckingham, sella esta alianza con tus brazos a los deudos de mi esposa, y hacedme todos felices con vuestra unión.

BUCKINGHAM.- ¡Si alguna vez Buckingham vuelve a su rencor contra Vuestra Gracia (*A la REINA.*) y no os rinde a vos ni a los vuestros las solicitudes y deberes que le conciernen, que Dios me castigue con el odio de aquellos de donde espero más amor! ¡Que cuando más necesite poner un amigo a prueba, y más seguro esté de que es amigo, le halle falso, pérfido, traidor y lleno de reservas contra mí! Esto es lo que pido al Cielo cuando se enfríe mi amor por vos o por los vuestros. (*Abrazando a RIVERS, etc.*)

REY EDUARDO.- Tu juramento, noble Buckingham, es un grato cordial para mi enfermo corazón. Ahora nos falta aquí nuestro hermano Gloster, para coronar el período bendito de esta paz.

BUCKINGHAM.- Y, en buena hora, aquí llega el noble duque.

Entra GLOSTER

GLOSTER.- ¡Dios guarde a mis soberanos, rey y reina; y felices días, ilustres pares!

REY EDUARDO.- Felices son, en efecto, por lo bien que hemos empleado el día. Gloster, hemos hecho obra de caridad, trocando en paz la enemistad y en bello amor el odio entre estos pares, irritados por incesantes resentimientos.

GLOSTER.- Labor bendita, mi soberano señor... Si hay alguno en esta noble asamblea que por un falso informe o sospecha injusta me crea su enemigo; si involuntariamente o en un momento de arrebató he cometido alguna acción que ofenda a los aquí presentes deseo reconciliarme a su amistad. ¡El ser enemigo es para mí la muerte! Odio esto, y deseo el amor de todos los hombres de bien. Comienzo por Vos, señora, y os pido una paz sincera, que

pagaré con mi perpetuo servicio. A vos también mi noble primo Buckingham (1), si ha podido existir entre nosotros alguna disensión. A vos y a vos, lord Rivers y de Dorset..., que, sin razón, me habéis fruncido el ceño... A vos, lord Woodville, y a vos, lord Scales..., duquesa, condes, lores caballeros; a todos de veras: no conozco inglés viviente con quien tenga en mi alma una jota más de lucha que por el niño que nazca esta noche. ¡Doy gracias a Dios por mi humildad!

REINA ISABEL.- De hoy en adelante, este día será consagrado como de fiesta. Quiera Dios que desaparezcan todas vuestras discordias. Mi soberano señor, suplico a Vuestra Majestad que otorgue su gracia a nuestro hermano Clarence.

GLOSTER.- ¡Cómo, señora! ¿Os he brindado amor para esto, para ser escarnecido en presencia del rey? ¿Quién no sabe que el pobre duque ha muerto? (*Todos se quedan estupefactos.*) ¡Le injuriáis insultando su cadáver!

REY EDUARDO.- ¿Quién no sabe que ha muerto? ¿Quién sabe que lo sea?

REINA ISABEL.- ¡Cielos poderosos! ¿Qué mundo es éste?

BUCKINGHAM.- Lord Dorset, ¿estoy tan pálido, como los demás?

DORSET.- ¡Sí, mi querido milord! ¡Y ninguno hay presente cuyas rojas mejillas no hayan perdido su color!

REY EDUARDO.- ¿Que ha muerto Clarence? ¡Pues si la orden fue revocada!

GLOSTER.- Pero él, infeliz, murió por vuestra primera orden (2), que debió de llevar en alado Mercurio. La contraorden se confió, sin duda, a

(1) *My noble cousin Buckingham.* La abuela de Buckingham era hermana de la madre de Ricardo, y por su mujer, Catalina Woodville, era cuñado de la reina.

(2) *Yours first order.* Para que se comprenda el arrepentimiento del rey, hay que suponer lo que no se ha relatado sino implícitamente en el acto primero: que Ricardo había rechazado hacer firmar por el monarca una sentencia de muerte contra Clarence. Esta sentencia fue la que llevó a cabo, rápida y secretamente, Gloster antes que pudiera revocarse la ejecución.

un mensajero lisiado, que llegó a tiempo de verle enterrar. ¡Quiera Dios que alguno menos noble y leal, más cercano en pensamientos sanguinarios que en sangre, y aún no exento de sospechas, no tenga peor fin que el desgraciado Clarence!

Entra STANLEY

STANLEY.- ¡Una gracia, mi soberano, por todos mis servicios!

REY EDUARDO.- ¡Silencio, te ruego! ¡Mi alma está llena de dolor!

STANLEY.- ¡No me levantaré sin que Vuestra Majestad me oiga!

REY EDUARDO.- Entonces di pronto lo que deseas.

STANLEY.- Soberano, la perdida existencia de un sirviente mío, que ha dado muerte a un gentilhomme pendenciero que hace poco entró a las órdenes del duque de Norfolk.

REY EDUARDO.- ¿Ha pronunciado mi lengua la sentencia de muerte de mi hermano, y se quiere que esta misma lengua perdone a un siervo? ¡Mi hermano no había matado a nadie! ¡Su crimen fue pensar, y, no obstante, su castigo ha sido la muerte feroz! ¿Quién intercedió por él? ¿Quién, en mi desesperación, se puso de hinojos y me invitó a que reflexionara? ¿Quién me habló de fraternidad? ¿Quién de amor? ¿Quién me recordó cuando el pobre, abandonó al fiero Warwick para combatir por mí? ¿Quién me recordó que en los campos de Tewkesbury, cuando Oxford me había derribado, él me salvó la vida y dijo: *¡Querido hermano, vive y sé rey!* ¿Quién me recordó cuando, tendidos ambos en tierra, casi muertos de frío, él me envolvió en sus ropas y se expuso, todo desnudo y débil, a la inclemencia de la noche glacial? ¡Todo esto había desaparecido criminalmente de mi memoria por mi furia desesperada, y ninguno de vosotros tuvo la caridad de recordármelo! Pero cuando uno de vuestros palafreneros o de vuestros

lacayos ha cometido un asesinato en la embriaguez y desfigurado la preciosa imagen de nuestro Redentor, heos aquí correr a mis plantas con *¡Perdón, perdón!* Y yo, injustamente también, debo concedérselo... Mas por mi hermano nadie quiso hablar; ni yo mismo, ¡ingrato!, pedí por el pobre de mi alma. Los más altaneros de todos vosotros erais sus obligados en vida ¡Y ninguno de vosotros quiso interceder por esa vida! ¡Oh Dios, temo que tu justicia caiga sobre mí, sobre vosotros, sobre los míos y sobre los vuestros por esta acción! Ven, Hastings, ayúdame a ir a mi cámara. ¡Ah! ¡Pobre Clarence!... (*Salen el REY, la REINA, HASTINGS, RIVERS, DORSET y GREY.*)

GLOSTER.- ¡Este es el fruto de la precipitación!... ¿No habéis notado cómo todos esos culpables parientes de la reina palidieron al escuchar la muerte de Clarence? ¡Oh! ¡La solicitaron hasta delante del rey! ¡Dios la vengará! Venid, lores. ¿Vamos a consolar al rey con nuestra compañía?

BUCKINGHAM.- Seguimos a Vuestra Gracia. (*Salen.*)

Escena II

El palacio

Entra la DUQUESA de YORK con el HIJO (1) y la HIJA de CLARENCE

HIJO.- Querida abuela, decidnos: ¿ha muerto nuestro padre?

DUQUESA.- No, hijo mío.

HIJO.- Pues por qué lloráis tan a menudo y os golpeáis el pecho, exclamando: *¡Oh Clarence, mi infortunado hijo!*

(1) *Son and a daughter of Clarence.* Estos jóvenes son Eduardo Plantagenet, conde de Warwick, que fue decapitado en 1499 por orden de Enrique VII, y su hermana Margarita Plantagenet –la célebre Margarita Plantagenet, decapitada igualmente en 1541.

H.IJO.- ¿Por qué nos miráis y movéis la cabeza, llamándonos huérfanos, desgraciados y abandonados, si vive nuestro noble padre?

DUQUESA.- Ambos os engañáis, preciosos nietos. Lloro por la enfermedad del rey, como quien teme perderlo, y no por la muerte de vuestro padre. Sería un dolor perdido llorar por uno a quien se ha perdido.

H.IJO.- Entonces, abuela, convenís en que ha muerto. El rey, mi tío, es el culpable de esta acción. Dios la vengará, a quien importunaré con mis plegarias, que se encaminarán todas a ese objeto.

H.IJA.- Y yo también.

DUQUESA.- ¡Silencio, niños, silencio! El rey os quiere bien. ¡Inexpertos, infelices e inocentes, no podéis adivinar quién ha causado la muerte de vuestro padre!

H.IJO.- Podemos, abuela, pues mi buen tío Gloster me ha dicho que el rey, inducido por la reina, había fraguado cargos para encarcelarle. Y cuando me decía esto, lloraba, me consolaba y besaba cariñosamente mis mejillas, aconsejándome que fiara en él como en mi padre, y que me amaría tan tiernamente como a un hijo.

DUQUESA.- ¡Ah! ¡Que la perfidia adopte formas dulces, y que el inmundo vicio se oculte bajo la máscara de la virtud! ¡Es mi hijo, sí, y como tal me avergüenza; pero en mis pechos no amamantó esa perfidia!

H.IJO.- ¿Pensáis, abuela, que mi tío me engañó?

DUQUESA.- ¡Sí, hijo mío!

H.IJO.- Yo no puedo pensarlo. ¡Escuchad! ¿Qué ruido es ese?

Entra la REINA ISABEL, con aspecto extraviado, suelta su cabellera sobre los hombros, y seguida de RIVERS y DORSET.

REINA ISABEL.- ¡Ah!... ¿Quién me podrá impedir que gima y llore? ¿Quién deplorar mi suerte y atormentarme? ¡Quiero juntar mi negra desesperación contra mi alma y convertirme en mi propia enemiga!

DUQUESA.- ¿Qué significa esta escena de furiosos transportes?

REINA ISABEL.- ¡La representación de un acto de violencia trágica!... ¡Eduardo, mi señor, tu hijo, nuestro rey, ha muerto! ¿Por qué crecen las ramas, si se ha arrancado la raíz? ¿Por qué no se secan las hojas al faltarles la savia? ¡Si queréis vivir, llorad! ¡Si morir, daos prisa! ¡Que puedan nuestras almas, en su rápido vuelo, alcanzar la del rey, o, como obedientes súbditos, seguirle a su nuevo reino, mansión de eterna noche!

DUQUESA.- ¡Ah! ¡Tanta parte tomo en tu dolor como derecho tenía sobre tu noble marido! ¡He llorado la muerte de mi digno esposo y he vivido contemplándome en sus imágenes! ¡Pero ahora la muerte cruel ha roto en pedazos los dos espejos (1) que reflejaban su augusta fisonomía, y no me queda para consuelo más que un falso cristal que me aflige cuando miro en él mi oprobio! (2). Eres viuda, pero todavía eres madre, y te queda el consuelo de tus hijos; mientras que la muerte que arrancó de mis brazos a mi esposo, llevóse también de mis débiles manos los dos apoyos que me sostenían, Clarence y Eduardo. ¡Oh! Pues que tu pérdida no es sino la mitad de la mía, ¡tengo razón para dominar tus lamentos y ahogar tus gritos!...

H.IJO.- ¡Ah tía! ¡No llorasteis por la muerte de nuestro padre! ¡Cómo podemos ayudaros con vuestras tiernas lágrimas!

H.IJA.- ¡No fue llorada nuestra triste orfandad! ¡Vuestro dolor de viuda quedará, a su vez, sin llanto!

REINA ISABEL.- ¡No me ayudéis a llorar! ¡No soy estéril en gemidos! ¡Afluyan a mis ojos las corrientes de todos los manantiales, para que, bajo la influencia de la acuosa luna, pueda verter lágrimas suficientes para anegar al mundo! ¡Ah! ¡Esposo mío! ¡Mi querido señor Eduardo!

(1) *Two mirrors.* La duquesa alude a Eduardo y a Clarence, olvidándose del joven conde de Rutland, del que se habló varias veces en el acto primero.

(2) *When I see my shame in him.* Refiérese al duque de Gloster.

LOS HIJOS.- ¡Ah! ¡Nuestro padre! ¡Nuestro querido señor Clarence!

DUQUESA.- ¡Ay! ¡Los dos! ¡Ambos eran míos, Eduardo y Clarence!

REINA ISABEL.- ¿Qué apoyo tenía yo sino Eduardo? ¡Y se me ha ido!

LOS HIJOS.- ¿Qué apoyo teníamos nosotros sino Clarence? ¡Y se nos ha ido!

DUQUESA.- ¿Qué apoyo tenía yo sino ellos? ¡Y se han ido!

REINA ISABEL.- ¡Jamás viuda alguna sufrió tan cara pérdida!

LOS HIJOS.- ¡Jamás ningunos huérfanos sufrieron tan cara pérdida!

DUQUESA.- ¡Jamás ninguna madre sufrió tan cara pérdida! ¡Ay!... ¡Soy la madre de esos dolores! ¡Sus desdichas son compartidas; la mía es general! ¡Ella llora un Eduardo, y yo también! ¡Yo lloro un Clarence, ella, no! ¡Esos niños lloran a Clarence, y yo también! ¡Yo lloro un Eduardo, ellos tampoco!... ¡Ay! ¡Vosotros tres, sobre mí, tres veces desdichada, hacéis caer vuestras lágrimas! ¡Soy la nodriza de vuestros dolores, y los nutriré con mis lamentos!

DORSET.- ¡Valor, querida madre! Dios se ofenderá de veros tan poco propicia a acatar sus preceptos. En el común sentir de las gentes, se llama ingrato al que rehúsa de mal grado satisfacer la deuda que una mano liberal le prestó generosamente. Mucho más es oponerse contra el Cielo por reclamaros el préstamo real que os hizo.

RIVERS.- Señora, medita, como solicita madre, en vuestro hijo el joven príncipe. Enviad en seguida por él, que sea coronado; en él reside vuestro consuelo. Sepultad vuestro desesperado pesar en la tumba del difunto Eduardo, y plantad vuestra alegría sobre el trono del Eduardo viviente.

Entran GLOSTER (1), BUCKINGHAM, STANLEY, HASTINGS, RATCLIFF y otros

GLOSTER.- ¡Consolaos, hermana! Todos estamos sujetos a llorar el eclipse de nuestra brillante estrella; pero ninguno puede curar con lágrimas sus males... Señora, madre mía, os pido perdón; no había reparado en Vuestra Gracia. Humildemente solicito de rodillas vuestra bendición.

DUQUESA.- Dios te bendiga e infunda en tu pecho amor, caridad, obediencia y franca fidelidad.

GLOSTER.- (*Aparte.*) ¡Amén! Y que me haga morir hecho un buen viejo (2). Este es el final de toda bendición materna. ¡Me extraña que Su Gracia lo haya olvidado!

BUCKINGHAM.- Príncipes en duelo, y vosotros, contristados pares, que compartís el peso de este dolor común; apoyaos ahora en una amistad recíproca. Hemos perdido, es cierto, la cosecha que nos ofreció este rey; Pero nos resta la esperanza de las que nos promete su hijo. La úlcera inflamada de vuestros profundos odios, recientemente restañada, cosida y junta, debe preservarse con cuidado, atenderse y tratar. Me parece oportuno que se enviara a buscar con un reducido séquito al joven príncipe, que está en Ludlow (3), para conducirlo a Londres y coronarlo rey.

RIVERS.- ¿Por qué un reducido séquito, milord de Buckingham?

BUCKINGHAM.- Pues. milord, de miedo no sea que, mezclada mucha gente, la herida del rencor, recién cicatrizada, pueda abrirse; lo que sería mucho más peligroso ahora que el reino se halla en estado de infancia y aún sin gobernar. En donde todos los caballos son dueños del freno que los contiene y pueden emprender su carrera como les plazca, se debe, en mi opinión, evitar el peligro del mal, tanto como el mal mismo.

(1) Históricamente, es inexacto que Gloster pudiera entrar en el momento de la muerte del rey, pues hallábase a la sazón en el norte de Inglaterra.

(2) La duquesa, que conocía como madre la perfidia y maldad de su hijo, suprime este final de su bendición.

(3) Lugar en la frontera del principado de Gales, que era la residencia habitual del heredero de la corona.

GLOSTER.- Espero que el rey nos habrá puesto en paz a todos, y el pacto es firme y sincero en mí.

RIVERS.- E igual en mí, y creo que en todos. Sin embargo, como quiera que el lazo de nuestra amistad es tan frágil aún, no debemos exponerlo a la ruptura, lo que evidentemente sucedería de ser numeroso el cortejo. Por tanto, pienso, con el noble Buckingham, que es prudente no enviar sino una reducida escolta para recoger al príncipe.

HASTINGS.- Y lo mismo pienso yo.

GLOSTER.- Entonces, sea así, y vamos a decidir quiénes hayan de marchar inmediatamente a Ludlow. Señora, y vos, hermana mía, ¿queréis venir a darnos vuestras instrucciones en este importante asunto?

REINA ISABEL y DUQUESA.- De todo corazón. *(Salen todos, menos BUCKINGHAM y GLOSTER.)*

BUCKINGHAM.- Milord, vayan quienes fueron de jornada con el príncipe, por Dios, no nos quedemos aquí ni uno ni otro. Porque, camino adelante, yo tendré ocasión, como preludio al proyecto de que hemos hablado, de separar al príncipe de los ambiciosos parientes de la reina.

GLOSTER.- ¡Mi otro yo, consistorio de mis consejos, mi oráculo, mi profecía!... ¡Mi querido primo yo, como un niño, me confío a tu dirección! ¡Hacia Ludlow, entonces, pues no debemos quedarnos atrás! *(Salen.)*

Escena III

Londres – Una calle

Entran dos Ciudadanos, encontrándose

CIUDADANO 1°.- ¡Buenos días, vecino! ¿A dónde vais tan aprisa?

CIUDADANO 2°.- Os juro que ni yo mismo lo sé. ¿Habéis oído las noticias que corren?

CIUDADANO 1°.- Sí, que el rey ha muerto.

CIUDADANO 2°.- ¡Por la Virgen, malas noticias! Rara vez sucede lo mejor. Temo, temo que el mundo marche a tropezones.

Entra otro Ciudadano

CIUDADANO 3°.- ¡Dios os guarde, vecinos!

CIUDADANO 1°.- ¡Buenos días tengáis, señor! ¿Se confirma la muerte del buen rey Eduardo?

CIUDADANO 2°.- Sí, señor; por desgracia, es cierta. ¡Dios nos asista entre tanto!

CIUDADANO 3°.- Pues, entonces, señores, preparémonos a presenciar un mundo turbulento.

CIUDADANO 1°.- No, no; su hijo reinará, por la gracia de Dios Todopoderoso.

CIUDADANO 3°.- ¡Desgraciado de aquel país regido por un niño!

CIUDADANO 2°.- Hay en él esperanzas de gobierno; que en su minoría un Consejo, bajo su nombre, y en su plena y mejor edad él mismo, no lo dudéis, harán que entonces y siempre se nos gobierne bien.

CIUDADANO 1°.- Tal era la situación del Estado cuando Enrique Sexto fue coronado en París sin contar más que nueve meses.

CIUDADANO 3°.- ¿Estaba así el Estado? No, no queridos amigos; Dios lo sabe, pues entonces este país podía vanagloriarse de poseer un buen Consejo político; entonces tenía el rey virtuosos tíos (1) para proteger a Su Gracia.

(1) *Virtuos uncles.* Los duques de Bedford y de Gloster. En favor del primero fue creado el título de *Protector*, que luego tuvo Ricardo.

CIUDADANO 1°.- Vaya, también los tiene éste, así paternos como maternos.

CIUDADANO 3°.- Más valiera que fuesen todos por parte de su padre, o que por el lado materno no tuviese ninguno, pues la rivalidad por quién ha de estar más cerca nos tocará de cerca a todos, si Dios no lo evita. ¡Oh! El duque de Gloster está lleno de peligros, y los hijos y hermanos de la reina son soberbios y altaneros. Si en vez de gobernar fueran gobernados, este enfermo país podría tener remedio como antes.

CIUDADANO 1°.- Vamos, vamos, somos pesimistas; todo irá bien.

CIUDADANO 3°.- Cuando el cielo se encapota, el sabio coge su capa. Cuando caen las principales hojas, el invierno está al caer. Cuando el sol traspone, ¿quién no espera la noche? Las tempestades intempestivas amenazan escasez. Todo puede ir bien; pero, si Dios lo consiente, es más de lo que merecemos, y no lo espero.

CIUDADANO 2°.- Verdaderamente, todos los corazones se muestran medrosos. Apenas se puede conversar con alguno que no veáis abatido y lleno de pavor.

CIUDADANO 3°.- Siempre ocurre así cuando se avicinan días de revolución. Por un divino instinto, el espíritu del hombre persiste en el peligro que se acerca, como, por experiencia, vemos hincharse las olas ante la inminencia de la borrasca. Pero Dios ante todo. ¿A dónde vais?

CIUDADANO 2°.- ¡Por mi fe! Nos han citado los jueces.

CIUDADANO 3°.- Y a mí también. Os haré compañía. (*Salen.*)

Escena IV

Londres – Un aposento en Palacio

Entran el ARZOBISPO DE YORK (1), el joven DUQUE DE YORK, la REINA ISABEL y la DUQUESA DE YORK

ARZOBISPO.- He oído que la noche anterior han dormido en Northampton, y esta noche se detendrán en Stony-Straford (2). Mañana o pasado estarán aquí.

DUQUESA.- Ardo de impaciencia por ver al príncipe. Espero que habrá crecido mucho desde la última vez que le vi.

REINA ISABEL.- Pues yo he oído que no. Dicen que mi hijo York es casi más alto que él.

YORK.- Sí, madre; pero yo no quisiera serlo.

DUQUESA.- ¿Por qué, querido nieto? Es bueno crecer.

YORK.- Abuela: una noche, al sentarnos a cenar, mi tío Rivers dijo que yo crecía más que mi hermano. *Sí* –respondió mi tío Gloster-, *las plantas diminutas tienen virtud; las malas hierbas crecen rápidamente.* Desde entonces, me parece que sería mejor que no creciese tanto, toda vez que las bellas flores crecen lentamente y las malas hierbas tan a prisa.

DUQUESA.- ¡Valiente creencia, valiente creencia! El proverbio no puede aplicarse a quien te lo ha citado. De joven era una cosa lamentable, tan desmedrado y raquítrico que, si fuera cierto su refrán, estaría lleno de virtudes.

(1) *The archbishop of York.* Tomás Rotterham, lord canceller de Inglaterra. Fue nombrado cardenal del título de Santa Cecilia hacia 1480.

(2) *Stony-Stratford* está más cerca de Londres que Northampton; pero el duque de Gloster, habiendo hecho arrestar a Rivers, Grey, etcétera, en Stony-Stratford, en donde habían pasado la noche con el joven rey, volvió con éste a Northampton, en cuyo lugar durmieron la víspera, y desde aquí se encaminaron directamente a Londres. Por otra parte, es preciso advertir que el arzobispo no era posible que estuviese enterado de esta marcha, toda vez que desconocía el encarcelamiento de los lores; o, en último caso, de hallarse al corriente de ello, aunque ignorase la causa, debió, igual que los otros personajes, de demostrar cierto asombro.

ARZOBISPO.- Y lo está, no lo dudéis, venerable señora.

DUQUESA.- Así lo espero; pero las madres siempre tienen sus dudas.

YORK.- ¡Pues es verdad! Si llego a acordarme, le aplico una chufia al crecimiento de mi tío, para rayar más alto que él rayó sobre mí.

DUQUESA.- ¿Cómo, mi joven York? Explícate, te lo ruego.

YORK.- ¡Por mi fe! Dicen que mi tío creció tan a prisa, que pudo morder una corteza a las dos horas de haber nacido. En tanto yo, a los dos años, no tenía aún ningún diente. ¡Abuela, ésta hubiera sido una broma mordaz!

DUQUESA.- Por favor, querido York, ¿quién te ha contado eso?

YORK.- Mi nodriza, abuela.

DUQUESA.- ¡Su nodriza! ¡Bah! Murió antes que tú nacieses.

YORK.- Si no fue ella, no me acuerdo quién me lo dijo.

REINA ISABEL.- ¡Un muchacho charlatán! ¡Vamos, no hay que ser tan malicioso!

ARZOBISPO.- Buena señora, no os enfadéis con el niño.

REINA ISABEL.- Las paredes oyen.

Entra un MENSAJERO

ARZOBISPO.- Aquí viene un mensajero. ¿Qué noticias hay?

MENSAJERO.- Tales, milord, que me duele repetirlos.

REINA ISABEL.- ¿Cómo está el príncipe?

MENSAJERO.- Bien, señora, y en salud.

DUQUESA.- ¿Cuáles son tus noticias?

MENSAJERO.- Lord Rivers y lord Grey (1) han sido conducidos en prisión a Pomfret, y con ellos sir Tomás Vaughan.

DUQUESA.- ¿Quién lo ha ordenado?

MENSAJERO.- Los poderosos duques de Gloster y Buckingham.

REINA ISABEL.- ¿Por qué delito?

MENSAJERO.- Os digo cuanto sé. Por cuál motivo o qué causa han sido encarcelados los nobles, lo desconozco en absoluto, mi venerable señora.

REINA ISABEL.- ¡Ay de mí! ¡Preveo la ruina de mi casa! ¡El tigre ha hecho ya presa en el débil cervatillo! ¡La insolente tiranía se proyecta sobre el inocente e indefenso trono! ¡Sed bien venidas, destrucción, sangre y matanza! ¡Veo como en un mapa el fin de todo!

DUQUESA.- ¡Días execrables de inquietud y discordia! ¡Cuántas veces os han visto pasar mis ojos! Mi esposo perdió la vida por ganar la corona. Y mis hijos han estado arriba y abajo al vaivén de la fortuna, dándome alegría y lágrimas según sus ganancias o pérdidas. Y cuando todo estaba consolidado y las luchas domésticas enteramente disipadas los vencedores se declaran la guerra entre sí, hermano contra hermano, sangre contra sangre, cada uno contra él propio. ¡Oh!... ¡Frenética furia fratricida, cesa en tu rabia, o déjanos morir, para no contemplar más la muerte!

REINA ISABEL.- ¡Ven, ven, hijo mío; vamos al santuario! (1). ¡Señora, adiós!

DUQUESA.- ¡Esperad, iré con vos!

REINA ISABEL.- Vos no tenéis necesidad.

ARZOBISPO.- Id, mi venerable señora. (*A la reina.*) Y llevaos allá vuestro tesoro y vuestros bienes. Por mi parte, devuelvo a Vuestra Gracia los sellos que me estaban confiados, y ojalá me suceda conforme al afecto que os profeso a vos y a los vuestros. Venid, yo os conduciré al santuario. (*Salen.*)

(1) Lord Rivers y lord Grey, el hermano y el hijo de la reina, fueron internados en Pomfret y decapitados sin otra forma de proceso.

(1) Sanctuary. El santuario de Westminster pertenece al palacio. Al dirigirse a este lugar, previniendo los odiosos actos de tiranía que había de cometer Gloster, la reina iba en busca del derecho de asilo para sustraerse al criminal.

Acto Tercero

Escena primera

Londres – Una calle

Toques de clarín. Entran el PRÍNCIPE DE GALES, GLOSTER, BUCKINGHAM, el CARDENAL BOUCHER y otros

BUCKINGHAM.- ¡Bien venido, amable príncipe, a Londres, vuestra cámara real!

GLOSTER.- ¡Bien llegado, querido sobrino, soberano de mis pensamientos! La fatiga del viaje os ha puesto melancólico.

PRÍNCIPE.- No, tío, sino que las contrariedades del viaje me han entristecido, enojado y cansado. Quisiera ver aquí más tíos que me recibieran.

GLOSTER.- Tierno príncipe, la inocente pureza de vuestros años no ha penetrado todavía en los engaños del mundo. No podéis juzgar al hombre sino por su apariencia, que, bien lo sabe Dios, rara vez o nunca está de acuerdo con el corazón. Esos tíos que echáis de menos eran peligrosos. Vuestra gracia se dejaba coger en la miel de sus palabras; pero no recibía el veneno de sus corazones. ¡Dios os libre de ellos y de tan falsos amigos!

PRÍNCIPE.- ¡Dios me guarde de falsos amigos! Pero ellos no lo eran.

GLOSTER.- Milord, el corregidor de Londres se dirige a saludaros.

Entran el LORD CORREGIDOR y su séquito

CORREGIDOR.- ¡Dios bendiga a Vuestra Gracia, otorgándole salud y días venturosos!

PRÍNCIPE.- Gracias, buen milord... Y gracias a todos... (Salen el CORREGIDOR, etcétera.) Creí que mi madre y mi hermano York acudirían presurosos a nuestro encuentro. ¡Pues anda, qué perezoso es Hastings, que no viene a decirnos si vendrán o no!

Entra HASTINGS

BUCKINGHAM.- Y en buena hora, pues aquí llega, todo sudoroso, el lord.

PRÍNCIPE.- ¡Bien venido, milord! Qué, ¿vendrá nuestra madre?

HASTINGS.- Ignoro por qué motivo, pues sólo Dios lo sabe, y no yo, la reina vuestra madre y vuestro hermano York se han acogido en el santuario. El tierno príncipe hubiera querido venir conmigo a recibir a Vuestra Gracia, pero su madre se ha opuesto.

BUCKINGHAM.- ¡Vaya, pues! ¡Qué indiscreto y torpe camino por su parte! Lord cardenal, ¿se dignará Vuestra Gracia persuadir a la reina a que envíe inmediatamente al duque de York a saludar a su augusto hermano? Si se niega, lord Hastings, seguid al cardenal y arrebatadlo a la fuerza de los celosos brazos de su madre.

CARDENAL.- Milord de Buckingham, si mi pobre elocuencia puede obtener de su madre al duque de York, esperadle aquí un momento; pero si se obstina en resistirse a mis amorosas instancias ¡el Dios del Cielo no permita que nosotros violemos jamás el santo privilegio del bendito santuario! ¡Ni por toda la tierra me haría culpable de tan enorme pecado!

BUCKINGHAM.- Sois, milord, de una irrazonable obstinación, excesivamente ceremonioso y muy apegado a las tradiciones. Considerando la cosa no sino con la grosera moral de este siglo, no profanáis el santuario al apoderaros del duque de York. El beneficio de asilo solamente se concede a quienes por sus acciones lo hagan imprescindible y a los que tienen juicio suficiente para reclamarlo. El príncipe no tiene por qué reclamarlo ni necesitar de él; y, además, en mi opinión, no puede obtenerlo. Por consiguiente, haciéndole salir de donde no debe estar, no quebrantáis cédula ni privilegio. He oído hablar con frecuencia de santuarios para los hombres; pero nunca, hasta ahora, de santuario para los niños.

CARDENAL.- Por esta vez, milord, me habéis convencido. Vamos; lord Hastings, ¿queréis acompañarme?

HASTINGS.- ¡Os sigo, milord!

PRÍNCIPE.- ¡Queridos lores, sed lo más diligentes que podáis! (*Salen el CARDENAL y HASTINGS.*) Decidme, tío Gloster: si viene nuestro hermano, ¿dónde nos alojaremos hasta el día de nuestra coronación?

GLOSTER.- Donde mejor convenga a vuestra real persona. Si me es permitido aconsejaros, Vuestra Alteza, debe reposar un día o dos en la Torre. Después, donde os plazca o creamos más conveniente para vuestra salud y distracción.

PRÍNCIPE.- La Torre es el lugar que menos me gusta de todos... ¿Fue Julio César quién la construyó, milord?

GLOSTER.- Fue quien la comenzó, mi gracioso señor; las edades siguientes la terminaron.

PRÍNCIPE.- ¿Es un hecho histórico, o sólo una leyenda que nos han transmitido las generaciones?

BUCKINGHAM.- Un hecho histórico, mi gracioso señor.

PRÍNCIPE.- Pero suponed, milord, que no estuviese registrado; a mi parecer, estas verdades debieran vivir de edad en edad, como herencia transmitida a todas las generaciones, hasta la consumación de los siglos.

GLOSTER.- (*Aparte.*) ¡Tan joven y tan discreto! Dicen que nunca alcanzan larga vida.

PRÍNCIPE.- ¿Qué decís, tío?

GLOSTER.- Decía que la fama vive mucho tiempo sin el auxilio de los caracteres. (*Aparte.*) Así, como el tradicional Vicio Iniquidad, moralizo con palabras de doble sentido.

PRÍNCIPE.- El tal Julio César fue un varón famoso. Su valor ilustró a su generación; su genio eternizó su valor. La muerte no pudo conquistar a este conquistador, pues aún vive por su gloria, aunque no por su vida... Tengo que comunicaros un proyecto, primo Buckingham.

BUCKINGHAM.- ¿Cuál, mi gracioso señor?

PRÍNCIPE.- Como viva hasta ser hombre, he de reclamar nuestros antiguos derechos sobre Francia, o morir soldado como he vivido rey.

GLOSTER.- (*Aparte.*) Los cortos estíos tienen ordinariamente una precoz primavera.

Entran YORK, HASTINGS y el CARDENAL

BUCKINGHAM.- ¡He aquí, en buena hora, llegar al duque de York!

PRÍNCIPE.- ¡Ricardo de York! ¿Cómo está nuestro noble hermano?

YORK.- Bien, mi respetable señor; ya puedo llamaros así.

PRÍNCIPE.- Sí, hermano, y con sentimiento, tanto de nuestra parte como de la vuestra. Demasiado pronto murió el que ostentaba este título, que, por su muerte, ha perdido bastante de su majestad.

GLOSTER.- ¿Cómo sigue nuestro sobrino el noble lord de York?

YORK.- Bien, gracias, amable tío. ¡Oh milord! Vos habéis dicho que la mala hierba crece pronto. El príncipe, mi hermano, me aventaja en talla.

GLOSTER.- Es verdad, milord.

YORK.- ¿Y es, por tanto, el malo?

GLOSTER.- ¡Oh mi bello sobrino! Yo no he dicho eso.

YORK.- Entonces es que le estáis más obligado que a mí.

GLOSTER.- El puede mandarme, como soberano; pero vos tenéis poder sobre mí como pariente.

YORK.- Os ruego, tío, que me deis esa daga.

GLOSTER.- ¿Mi daga, sobrinito? Con todo mi corazón

PRÍNCIPE.- ¿Pedís limosna, hermano?

YORK.- A mi excelente tío, que sé que es generoso, y no siendo más que una bagatela, no le importará dármela.

GLOSTER.- Yo os haría un regalo mejor que ése, sobrino.

YORK.- ¿Un regalo mejor? ¡Oh! Añadid a ello la espada.

GLOSTER.- Sí, hermoso sobrino, si fuera lo bastante ligera.

YORK.- ¡Oh! Veo que no socorréis sino con presentes ligeros. En las demandas de peso diréis al mendicante: no.

GLOSTER.- Es demasiado pesada para que la lleve Vuestra Gracia.

YORK.- No me pesará que sea pesada cuando la pese.

GLOSTER.- ¡Cómo! ¿Queréis poseer mi acero, pequeño lord?

YORK.- Quisiera poder daros las gracias por lo que me habéis llamado.

GLOSTER.- ¿El qué?

YORK.- Pequeño.

PRÍNCIPE.- Milord de York será siempre burlón de genio. Vuestra Gracia sabrá conllevarlo.

YORK.- Decís conllevarlo; no, llevarlo. Tío, mi hermano se burla de vos y de mí. Porque soy tan pequeño como un mono, piensa que vos debéis llevarme a costas.

BUCKINGHAM.- ¡Con qué finura y prontitud de ingenio razona! Para mitigar la burla que lanza sobre su tío, se ridiculiza hábil y graciosamente a sí propio. ¡Tan malicioso y tan joven, es admirable!

GLOSTER.- Milord, ¿os place seguir adelante? Yo mismo y mi querido primo Buckingham iremos a ver a vuestra madre, para aconsejarle que se reúna con vos en la Torre y os dé la bienvenida.

YORK.- ¡Cómo, milord! ¿Queréis ir a la Torre?

PRÍNCIPE.- Milord Protector juzga que es necesario.

YORK.- Yo no dormiría tranquilo en la Torre.

GLOSTER.- ¿Por qué? ¿A quién tendríais miedo?

YORK.- ¡Pardiez! Al espectro irritado de mi tío Clarence. Mi abuela me ha dicho que fue asesinado allí.

PRÍNCIPE.- Yo no temo a los tíos muertos.

GLOSTER.- Ni a los vivos, creo yo.

PRÍNCIPE.- Si algunos viven, espero no necesitar tenerlos; pero vamos, milord, y con el corazón apenado pensando en ellos, dirijámonos a la Torre. (*Salen el PRÍNCIPE, YORK, HASTINGS, el CARDENAL y acompañamiento.*)

BUCKINGHAM.- ¿Pensáis, milord, que ese parlanchín de York no haya sido instigado por su sutil madre para burlarse de vos y ultrajaros tan inconvenientemente?

GLOSTER.- No lo dudo, no lo dudo. ¡Oh! Es un muchacho charlatán, atrevido, vivo, ingenioso, precoz y dispuesto. ¡Su madre de pies a cabeza!

BUCKINGHAM.- Bien; dejemos eso. Acércate, Catesby. Te has comprometido tan seriamente a ejecutar lo que intentamos como a guardar secretamente nuestros planes. Conoces nuestras urgentes razones, expuestas mientras caminábamos. ¿Qué opinas? ¿No sería empresa fácil hacer entrar en nuestro proyecto a lord William Hastings, para el instalamiento de este noble duque en el trono real de esta famosa isla?

CATESBY.- Ama tanto al príncipe, en recuerdo de su padre, que no intentará nada contra él.

BUCKINGHAM.- Y Stanley, ¿qué te parece, rehusará?

CATESBY.- Stanley procederá en todo como procede Hastings.

BUCKINGHAM.- Bien; entonces atengámonos a esto: vas tú, amable Catesby, y, como si se tratara de una cosa sin importancia, sondeas a lord Hastings para saber con qué ojos miraría nuestro proyecto, e invítale a que vaya mañana a la Torre para asistir a la coronación. Si lo

hallas propicio a tratar con nosotros, ánimale y dile nuestras razones; si, por el contrario, adopta una actitud fría, de plomo, de hielo, mal dispuesto, sé así tú también, corta la conversación y ven a instruirnos de sus tendencias. Para mañana reunimos dos consejos separados, donde te reservaremos los más altos cargos.

GLOSTER.- Presenta a lord William mis respetos. Dile, Catesby, que el antiguo partido de sus fieros adversarios verterá mañana su sangre en el castillo de Pomfret, y en señal de alegría por esta buena nueva recomiéndale de mi parte, milord, que dé a mistress Shore (1) un dulce beso de más.

BUCKINGHAM.- Ve, querido Catesby; ejecuta hábilmente tu comisión.

CATESBY.- Mis queridos lores, lo mejor que pueda.

GLOSTER.- ¿Tendremos noticias vuestras antes de acostarnos, Catesby?

CATESBY.- Las tendréis, milord.

GLOSTER.- En Crosby-Place nos encontraremos a ambos. (*Sale CATESBY.*)

BUCKINGHAM.- Ahora milord, ¿qué haremos di advertimos que lord Hastings no se presta a nuestro complots?

GLOSTER.- Cortarle la cabeza... algo dispondremos. Y mira, cuando sea rey, reclámale el condado de Hereford y todos los bienes muebles de que estaba en posesión el rey mi hermano.

BUCKINGHAM.- Reclamaré esa promesa de manos de Vuestra Gracia.

GLOSTER.- Y cuenta que será cumplida con satisfacción... Vamos, cenemos temprano a fin de que podamos digerir nuestros proyectos en alguna forma. (*Salen.*)

(1) En una nota del acto primero hemos hablado de Juana Shore, la amante del rey Eduardo. Réstanos advertir que, a la muerte del monarca, la acogió bajo su protección lord Hastings, y que la penitencia pública que le mandó hacer Gloster obedeció a ser comprendida en la acusación intentada por Ricardo contra aquel lord.

Escena II

Ante la casa de lord HASTINGS

Entra un Mensajero

MENSAJERO.- (*Llamando.*) ¡Milord! ¡Milord!

HASTINGS.- (*Dentro.*) ¿Quién llama?

MENSAJERO.- Uno que viene de parte de lord Stanley.

HASTINGS.- (*Dentro.*) ¿Qué hora es?

MENSAJERO.- Van a dar las cuatro. (*Entra HASTINGS.*)

HASTINGS.- ¿Puede dormir milord Stanley en estas noches llenas de tedio?

MENSAJERO.- Así parece, por lo que os voy a decir. Primeramente, me encomiendo a vuestra noble persona.

HASTINGS.- Y luego...

MENSAJERO.- Luego me encarga comunique a vuestra señoría, que esta noche ha soñado que el jabalí le había destrozado su yelmo. También os informa de que van a reunirse dos consejos, y que pudiera ocurrir que en uno de los dos se tomara un acuerdo que hiciera lamentar a vos y al él no pertenecer al otro. Por tanto, ha decidido a enviarme a saber las intenciones de vuestra señoría..., si queréis montar inmediatamente a caballo con él y galopar a toda prisa hacia el Norte, para evitar el peligro que presiente su alma.

HASTINGS.- Vete, muchacho, vete; vuelve a tu señor. Dile que nada tenemos que temer de estos consejos separados. Su honor y yo pertenecemos a uno de los dos y mi buen amigo Catesby al otro, donde nada podrá suceder que nos concierna sin que tenga yo conocimiento. Dile que sus temores son vanos e infundados; y, tocante a sus sueños, que me asombra sea tan pusilánime para dar fe a quimeras de un sueño agitado. Huir del jabalí antes que nos persiga, sería excitarle a correr tras nosotros y a caer sobre una pieza que no tenía intención de cazar. Ve, di a tu amo que se levante y venga a buscarme, e iremos juntos a la Torre, donde, lo ha de ver, el jabalí nos recibirá amablemente.

MENSAJERO.- Iré, milord, y le pondré al corriente de lo que me habéis dicho. *(Sale.)*

Entra CATESBY

CATESBY.- ¡Muy buenos días, noble milord!

HASTINGS.- ¡Buenos días, Catesby! ¡Estáis hoy madrugador! ¿Qué noticias, qué noticias hay en este vuestro vacilante Estado?

CATESBY.- Anda el mundo un poco inestable, en efecto, milord, y creo que no recobraré su equilibrio hasta que Ricardo cifa la guirnalda real.

HASTINGS.- ¡Cómo! ¿Dices la guirnalda? ¿Te refieres a la corona?

CATESBY.- Sí, buen milord.

HASTINGS.- ¡Antes se desprenderá ésta de mis hombros que ver la corona tan feamente colocada! Pero ¿sospechas tú que la codicia...?

CATESBY.- ¡Sí, por vida mía! Y espera vernos a la cabeza de su partido para ayudarle a ganarla; y en esta certidumbre, me envía a daros la agradable noticia... de que hoy mismo vuestros enemigos, los parientes de la reina, deben morir en Pomfret.

HASTINGS.- Verdaderamente, la noticia no me aflige; fueron siempre mis adversarios. Pero que yo dé mi voto al partido de Ricardo en perjuicio de los derechos de los legítimos herederos de mi señor, Dios sabe que no lo haré, aunque me cueste la vida.

CATESBY.- ¡Dios conserve a vuestra señoría en tan buenos sentimientos!

HASTINGS.- Pero me reiré un año entero por haber vivido lo bastante para presenciar la tragedia de los que concitaron contra mí el odio de mi soberano. ¡Bien, Catesby! ¡Antes que envejezca quince días, he de hacer despachar a alguno que ni siquiera la sospecha!

CATESBY.- ¡Mala cosa es morir, gracioso milord, cuando el hombre no está preparado y no lo aguarda!

HASTINGS.- ¡Oh! ¡Horrible, horrible! Es lo que les sucede a Rivers, Vaughan y Grey, y lo que les sucederá a otros que se creen tan seguros como tú y yo; quienes, como tú sabes, son amados del amable Ricardo y de Buckingham.

CATESBY.- Estos dos príncipes os tienen en alta estima. *(Aparte.)* Pues estiman que tu cabeza estará bien alta sobre el Puente (1).

HASTINGS.- Lo sé, y bien merecido lo tengo.

Entra STANLEY

¡Llegaos, llegaos! ¡Dónde está vuestra jabalina, hombre? ¿Teméis al jabalí y vais tan indefenso?

STANLEY.- ¡Buenos días, milord, y buenos días, Catesby!... Podéis reiros; pero, ¡por la Santa Cruz!, no me gustan esos consejos separados, no.

HASTINGS.- Milord, estimo tanto como vos la vida, y protesto que nunca en mis días me fue tan preciosa como ahora. ¿Pensáis que, de no estar yo cierto de nuestra seguridad, tendría este aspecto triunfante?

STANLEY.- Los lores de Pomfret, cuando salieron a caballo de Londres, estaban alegres, creíanse seguros, y, verdaderamente, no tenían motivos de desconfianza. Y, sin embargo, ved qué pronto se ha nublado su día. Este súbito golpe de rencor me inquieta. ¡Dios quiera, digo, que todo esto no sea sino vagos temores! Qué ¿nos encaminamos hacia la Torre? El día avanza.

HASTINGS.- Vamos, vamos; tengo algo que deciros... ¿No lo adivináis, milord? Hoy han sido decapitados los lores de que hablabais.

(1) *Upon the bridge.* La cabeza de los traidores se exponía en la puerta de una torre que se hallaba en la entrada del Puente de Londres.

STANLEY.- Por su lealtad, eran más dignos de llevar sus cabezas que algunos de los que les han acusado sus dignidades. Pero vamos, milord, partamos.

Entra un PERSEVANTE (1)

HASTINGS.- ¡Id adelante; tengo que hablar con este buen camarada. (*Salen STANLEY y CATEBSY.*) ¿Qué hay, bribón? ¿Cómo te va por ahí?

PERSEVANTE.- De la mejor manera, puesto que vuestra señoría se digna preguntármelo.

HASTINGS.- Te diré, hombre; las cosas marchan mejor para mí ahora que la última vez que me encontraste aquí. Entonces se me conducía prisionero a la Torre por las intrigas de los deudos de la reina. Pero hoy te digo (y guárdalo para ti) que a estas horas los expresados enemigos están condenados a muerte, y que mi situación es mejor que nunca.

PERSEVANTE.- ¡Dios os la conserve, para satisfacción de vuestro honor!

HASTINGS.- ¡Muchas gracias, muchacho! ¡Ten, para que bebas a mi salud! (*Dándole su bolsa.*)

PERSEVANTE.- ¡Gracias a vuestro honor! (*Sale el Persevante.*)

Entra un SACERDOTE

SACERDOTE.- ¡Bien hallado milord! Me alegro de ver a vuestro honor.

(1) *Pursuivant, perseverante*, del francés *poursuivant*, de *poursuivre, proseguir*. No aclara bien este cargo militar ni las traducciones ni las ediciones críticas, y algunos, como Guizot, que tienen el vocablo de su propio idioma, lo vierten malamente por un *sergent d'armes*. En la Orden o Regla de la Caballería había tres grados: heraldo, faraute y persevante. El heraldo, o rey de armas de primera clase, era un caballero que en las Cortes de la Edad Media se ocupaba de los mensajes de importancia, ordenaba las grandes ceremonias y llevaba los registros de la nobleza y de una nación. El faraute era otro rey de armas, pero de segunda clase, no de reyes, sino de generales y grandes señores. El persevante era un oficial inferior al faraute, que sucedía al heraldo, y candidato, por tanto, a este empleo.

HASTINGS.- ¡Gracias de todo corazón, buen clérigo! Os soy deudor de vuestro último ejercicio. Venid el próximo sábado y os lo pagaré.

SACERDOTE.- Esperaré a vuestra señoría.

Entra BUCKINGHAM

BUCKINGHAM.- ¡Cómo! ¿Hablando con un sacerdote, lord chambelán? Vuestros amigos de Pomfret son quienes lo necesitan. Vuestro honor no precisa confesarse por ahora.

HASTINGS.- Por mi fe, y que cuando vi a este santo varón me vinieron a la mente esos de quien habláis. Qué ¿vais a la Torre?

BUCKINGHAM.- Sí, milord; pero no permaneceré allí mucho tiempo. Saldré antes que vuestra señoría.

HASTINGS.- Mucho más, probablemente, porque yo me quedaré a comer.

BUCKINGHAM.- (*Aparte.*) Y a cenar también, aunque no lo presumas. Vamos, ¿queréis venir?

HASTINGS.- Seguiré a vuestra señoría. (*Salen.*)

Escena III

Castillo de Pomfret (1)

Entra RATCLIFF, con una escolta, conduciendo al cadalso a RIVERS, GREY y VAUGHAN

RIVERS.- Sir Ricardo Ratcliff (2), déjame decirte esto: hoy vas a ver morir a un súbdito por veraz, por leal y por cumplir con su deber.

GREY.- ¡Dios guarde al príncipe de toda vuestra jauría! ¡Sois una caterva de endemoniados vampiros!

VAUGHAN.- ¡Día llegará en que gritéis maldición por todo esto!

RATCLIFF.- ¡Apresuraos! ¡Ha llegado el término de vuestras vidas!

(1) *Pomfret* o *Pontefract*, castillo situado en el Yorkshire, a 33 kilómetros al sudoeste de York, célebre en la historia de Inglaterra por las muchas ejecuciones que allí se cumplieron.

(2) Sir Richard Ratcliff era gobernador de Pomfret.

RIVERS.- ¡Oh Pomfret, Pomfret! ¡Oh tú, prisión sanguinaria, fatal y ominosa para los nobles pares! ¡En el recinto cruel de tus muros fue asesinado Ricardo (1), y para hacer más odiosa tu siniestra mansión, vamos a darte a beber nuestra nocente sangre.

GREY.- ¡Ya cae sobre nuestras cabezas la maldición de Margarita, cuando nos reprochaba a Hastings, a vos y a mí el haber permanecido indiferentes mientras Ricardo apuñalaba a su hijo!

RIVERS.- ¡Entonces maldijo a Ricardo, maldijo a Buckingham, maldijo a Hastings!... ¡Oh acordaos, Dios mío, de escuchar sus imprecaciones contra ellos, como ahora contra nosotros! ¡Y en cuanto a mi hermana (2) y sus adorables hijos, conténtate, Dios misericordioso, con nuestra sangre leal, que, como Tú sabes, ha sido vertida injustamente!

RATCLIFF.- ¡Basta ya! ¡La hora de vuestra muerte ha llegado!

RIVERS.- Venid, Grey...; venid Vaughan...; abracémonos. ¡Adiós! ¡Hasta que nos hallemos otra vez en el Cielo! (Salen.)

Escena IV

La Torre de Londres

BUCKINGHAM, STANLEY, HASTINGS, *el* OBISPO DE ELY,
RATCLIFF, LOVEL y otros, *sentados en torno de una mesa.*
Oficiales del Consejo presentes

HASTINGS.- Ahora, nobles pares, la causa por que nos hallamos aquí reunidos es adoptar un acuerdo respecto de la coronación. En nombre de Dios, hablad. ¿Cuándo llega el augusto día?

BUCKINGHAM.- ¿Está todo dispuesto para la regia ceremonia?

(1) Cuando Enrique IV de Lancaster se apoderó de la Corona de Inglaterra e hizo sancionar su usurpación por un decreto de la Cámara de los Pares, Ricardo II, que sólo contaba treinta años, fue encerrado en Pomfret, en donde se dice que sucumbió de muerte violenta (año 1400).

(2) *My sister*, la reina Isabel.

STANLEY.- Está, y sólo falta fijar la fecha.

ELY.- Entonces, mañana, según juzgo, será un día feliz.

BUCKINGHAM.- ¿Quién conoce las intenciones del lord Protector acerca del particular? ¿Quién es el confidente más íntimo del noble duque?

ELY.- Vuestra Gracia, pensamos, debe de conocer mejor su pensamiento.

BUCKINGHAM.- Conocemos cada uno el rostro del otro; pero, de nuestros corazones, él no conoce más del mío que yo del vuestro, o yo del suyo, milord, lo que vos del mío. Lord Hastings, a vos y al él os une una estrecha amistad.

HASTINGS.- Agradezco a su Gracia el cariño que me profesa; pero en lo que concierne a sus proyectos, no lo he sondeado, ni él me ha dado tampoco parte alguna de su graciosa voluntad. Pero vos, honorable lord, podéis fijar una fecha, y yo daré mi voto en nombre del duque, que presumo lo tomará a buena parte.

Entra GLOSTER

ELY.- A propósito: he aquí al propio duque.

GLOSTER.- ¡Nobles milores y deudos, buenos días a todos! He dormido demasiado; pero creo que mi falta no habrá hecho descuidar el importante proyecto cuya solución necesitaba mi presencia.

BUCKINGHAM.- De no entrar a tiempo de vuestra tirada, lord William Hastings hubiera pronunciado vuestra parte..., quiero decir vuestro voto..., para la coronación del rey.

GLOSTER.- Nadie sino lord Hastings podía atreverse a ello. Su señoría me conoce perfectamente y me quiere bien. Milord de Ely (1), la última vez que estuve en Holborn vi unas magníficas fresas en vuestro jardín. Os ruego me enviéis algunas.

ELY.- A fe y voluntad, milord, con todo mi corazón. (*Sale Ely.*)

(1) Juan Morton, obispo de Ely, más tarde de Cantorbery.

GLOSTER.- Primo Buckingham, una palabra con vos. (*Le lleva aparte.*) Catesby ha sondeado a Hastings, a propósito de nuestro proyecto, y ha encontrado al testarudo hidalgo tan violento, que perderá su cabeza antes de consentir que el hijo de su señor, como respetuosamente le apellida su señoría, pierda la soberanía del trono de Inglaterra.

BUCKINGHAM.- Retiraos un momento; os acompañaré. (*Salen GLOSTER y BUCKINGHAM.*)

STANLEY.- Aún no hemos fijado el día de la solemnidad. Mañana, a mi juicio, es demasiado pronto. Por mi parte, no estoy tan bien preparado como de otro modo lo estaría si se demorase la fecha.

Vuelve a entrar el OBISPO DE ELY

ELY.- ¿Dónde está milord el duque de Gloster? Ya he enviado por esas fresas.

HASTINGS.- Su gracia parecía esta mañana alegre y bien dispuesto. Preciso es que se halle bajo la influencia de una sonriente idea para haberos dado tan regocijadamente los buenos días. No creo que exista hombre alguno en la cristiandad que sepa disimular mejor sus odios y preferencias. Por su rostro conoceréis inmediatamente su corazón.

STANLEY.- ¿Qué trazos de su corazón habéis percibido en sus rostros por las apariencias que hoy ha dejado entrever?

HASTINGS.- A fe que no está ofendido aquí con nadie, pues, de lo contrario, su mirada lo delataría.

Vuelven a entrar GLOSTER y BUCKINGHAM

GLOSTER.- Ruego a todos que me digáis: ¿qué merecen los que traman mi muerte, valiéndose de medios diabólicos de condenada hechicería, y que se han apoderado de mi cuerpo con sus infernales maleficios?

HASTINGS.- Milord, el tierno afecto que profeso a Vuestra Gracia me autoriza, más que a ningún otro de esta ilustre asamblea, a condenar a los culpables. ¡Quienesquiera que sean, digo, milord, que merecen la muerte!

GLOSTER.- ¡Entonces, que vuestros ojos sean testigos del mal que se me ha hecho! ¡Ved cómo estoy embrujado! ¡Mirad mi brazo, seco como un retoño marchito por la escarcha! ¡Y ha sido la esposa de Eduardo, la monstruosa bruja, que en complicidad con esa abyecta puta Shore, ha usado de sus artes mágicas para señalarme así!

HASTINGS.- ¡Si han cometido tal acción, noble milord...!

GLOSTER.- ¿Sí?... ¡Tú, protector de esa infame puta!, ¿vas a hablarme de si es...? ¡Eres un traidor! ¡Cortadle la cabeza! ¡Pronto, por San Pablo! ¡No comeré hasta haberla visto! ¡Love! y Ratcliff, ved que se ejecute! ¡Los demás que me estimen, que se levanten y me sigan! (*Salen los del Consejo con GLOSTER y BUCKINGHAM.*)

HASTINGS.- ¡Piedad, piedad para Inglaterra! ¡No para mí, que he sido demasiado torpe para no prever esto! Stanley soñó que un jabalí le arrebatara su yelmo, y yo me burlé de él, desdeñando huir. ¡Tres veces tropezó hoy con su caparazón mi caballo, y se encabritó al ver la Torre, como rehusando llevarme al matadero! ¡Oh! ¡Ahora necesito al sacerdote que me hablaba! ¡Ahora me arrepiento de haber dicho al Persevante, en aire de triunfo, que mis enemigos perecerían hoy de muerte sangrienta en Pomfret, y que yo mismo me hallaba seguro, en gracia y en favor! ¡Oh! ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Ya está suspendida tu abrumadora maldición sobre la mísera cabeza del desgraciado Hastings!

RATCLIFF.- ¡Vamos, vamos, despachad! El duque querrá comer. Haced una corta confesión; le urge ver vuestra cabeza.

HASTINGS.- ¡Oh efímera gracia de los mortales, que nos tienta más que la gracia de Dios! ¡El que edifica su esperanza en el aire de tu bella sonrisa, vive como el ebrio marinero encaramado a un mástil, presto a cada sacudida a precipitarse en las fatales entrañas del abismo.

LOVEL.- ¡Vamos, vamos, despachad! ¡Son inútiles las exclamaciones!

HASTINGS.- ¡Oh sanguinario Ricardo!... ¡Miserable Inglaterra! ¡Te auguro períodos de espanto como no los conocieron las más desdichadas edades! ¡Vamos, conducidme al tajo! ¡Llevalde mi cabeza! ¡Los que se rían de mí no me sobrevivirán mucho tiempo! (*Salen.*)

Escena V

El mismo lugar – Las murallas de la Torre

Entran GLOSTER y BUCKINGHAM ridículamente ataviados con mohosas armaduras (1)

GLOSTER.- Vamos, primo. ¿Puedes temblar y cambiar de color, matar el aliento en medio de una palabra, seguir y detenerte, como si estuvieses poseído de delirio y loco de terror?

BUCKINGHAM.- ¡Bah! Puedo imitar al más perfecto trágico, hablar, mirar tras de mí, espiar por todas partes, estremecerme al ruido de una paja, como presa de hondo recelo. Tengo a mi disposición miradas espectrales, sonrisas forzadas, y ambas siempre dispuestas, cada una en su empleo, para dar a mis stratagemas la apariencia conveniente. Pero qué, ¿se ha ido Catesby?

GLOSTER.- Sí, y mira; viene con el lord Corregidor.

Entran el LORD CORREGIDOR (2) y CATESBY

BUCKINGHAM.- ¡Lord Corregidor!...

GLOSTER.- ¡Guardad el puente levadizo!

(1) *In rusty armour.* Esta es una comedia concertada entre Gloster y Buckingham. Se habían cubierto los dos con sendas armaduras viejas, como gentes que, sorprendidas de improviso por traidores, cogen para defenderse lo que se halla más a mano.

(2) *Lord Mayor,* el alcalde mayor, el lord Alcalde, Edmundo Shaw, hermano del doctor Shaw, de que hablaremos más adelante.

BUCKINGHAM.- ¡Escuchad! ¡Un tambor!

GLOSTER.- ¡Vigilad los baluartes, Catesby!

BUCKINGHAM.- Lord corregidor, la razón de enviaros a buscar...

GLOSTER.- ¡Mira tras de ti! ¡Defiéndete! ¡Son enemigos!

BUCKINGHAM.- ¡Dios y nuestra inocencia nos defiendan y nos protejan!

Entran LOVEL y RATCLIFF con la cabeza de HASTINGS

GLOSTER.- ¡Calma! Son amigos: Ratcliff y Lovel.

LOVEL.- ¡Aquí tenéis la cabeza del innoble traidor, el peligroso y por nadie sospechado Hastings!

GLOSTER.- Quería yo tan entrañablemente a este hombre, que debo llorarlo. ¡Lo tenía por la criatura más sincera que haya llevado por la tierra el nombre de cristiano! ¡De él hice mi libro, donde escribía mi alma la historia de sus secretos pensamientos! Tan bien disimulaba sus vicios, bajo la apariencia de virtud, que sin la evidencia de su crimen, quiero decir, su comercio familiar con la mujer de Shore, vivía al abrigo de la más ligera sospecha.

BUCKINGHAM.- Bien, bien; era el traidor más solapado que he conocido... Escuchad, lord corregidor: ¿hubierais imaginado o podido creer (si, gracias a la protección de Dios, no viviéramos para contároslo) que este sutil traidor proyectaba asesinaros hoy en pleno Consejo a mí y a mi querido lord de Gloster?

CORREGIDOR.- ¿Es posible?

GLOSTER.- ¡Cómo! ¿Pensáis que somos turcos o infieles, o que, atropellando las formas legales, hubiéramos ordenado sin consideración alguna la muerte de este miserable, si el peligro extremo con que amenazaba Hastings la paz de Inglaterra y la seguridad de nuestras personas no nos hubieran forzado a esta ejecución?

CORREGIDOR.- ¡Vaya, tranquilizaos! Ha merecido la pena de muerte, y vuestras gracias han obrado prudentemente, haciendo un castigo ejemplar, capaz de aterrorizar a los traidores. Nunca esperé nada bueno de él, desde que le vi en relaciones con mistress Shore.

BUCKINGHAM.- Sin embargo, no hubiéramos querido que muriese hasta haber llegado vuestra señoría; pero el celo de nuestros amigos se nos ha anticipado. Hubiéramos deseado, milord, que oyeseis al traidor confesar tembloroso sus proyectos de traición, a fin de que pudierais haber dado cuenta a los ciudadanos, que quizá se engañen respecto de nuestras intenciones y lloren su muerte.

CORREGIDOR.- Pero, mi buen lord, basta la palabra de Vuestra Gracia. Para mí es como si todo lo hubiera visto y oído. Y no dudéis, ni uno ni otro, nobles príncipes, que persuadiré a nuestros virtuosos ciudadanos de vuestro justo proceder en este caso.

GLOSTER.- Por eso deseábamos vuestra presencia aquí, par evitar la censura del maldiciente mundo.

BUCKINGHAM.- Pero, en fin, ya que habéis llegado demasiado tarde para nuestras intenciones, podéis atestiguar, al menos, lo que nos habéis oído. Y así, mi buen lord corregidor, quedad con Dios. *(Sale el LORD CORREGIDOR.)*

GLOSTER.- Id tras él, id tras él, primero Buckingham. El lord corregidor tomará la diligencia para Guidhall (1). Allí, cuando creáis llegado el momento oportuno lanzáis una alusión a la bastardía de los hijos de Eduardo. Recordadle cómo condenó a muerte Eduardo a un ciudadano (2), sólo por haber dicho que su hijo heredaría la corona siendo así que se refería a la muestra de su casa, que llevaba

(1) *Guidhall*, el Ayuntamiento, la casa de la Villa.

(2) Este ciudadano era un rico comerciante llamado Walter. El hecho es histórico, y en él se apoyó el doctor Shaw para el éxito de su peroración.

este nombre. A continuación, insistid en su odiosa lujuria y en su bestial apetito, que se extendía a sus criadas, hijas y mujeres; a todas cuantas en su mirada lasciva y en su corazón salvaje veía una fácil presa. Si es preciso, llevad la conversación al punto que atañe a mi persona... Decid que cuando mi madre quedó encinta del insaciable Eduardo, el noble York, mi augusto padre, guerreaba en Francia y que por una justa computación del tiempo se dio cuenta de que el vástago no podía ser de él; verdad confirmada todavía por su fisonomía que no tenía ninguno de los trazos de mi noble padre. Todo esto tocadlo ligeramente como sobre ascuas; porque como sabéis milord aún vive mi madre (1).

BUCKINGHAM.- No lo dudéis, milord; representaré el papel de orador como si los auríferos honorarios que defiendo fueran para mí. Y con esto, adiós, milord.

GLOSTER.- Si todo va bien id a buscarme al castillo de Baynard donde me hallaréis virtuosamente acompañado por reverendos padres y sabios obispos.

BUCKINGHAM.- Parto y hacia las tres o cuatro recibiréis noticias de lo que pase en Guidhall. *(Sale BUCKINGHAM.)*

GLOSTER.- Id a toda prisa, Lovel, a casa del doctor Shaw (2). Marchad vos *(a CATESBY.)* en busca del monje Penker... (3). Decidles que dentro de una hora me hallarán en el castillo de Baynard. *(Salen LOVEL y CATESBY.)* Volvamos ahora para dar la orden secreta de poner a buen recaudo a los chicuelos de Clarence y recomendar que de ninguna manera persona alguna tenga jamás acceso hasta el príncipe. *(Sale.)*

(1) *My mother lives*. La duquesa de York, que todavía vivía, hubiera podido, en efecto, responder a esta insinuación calumniosa de su hijo, que, cuando el nacimiento de Eduardo, el duque de York, estaba en Francia ejerciendo las funciones de lugarteniente del rey de Normandía; pero que ella se hallaba en Ruán, en donde nació el príncipe, el 29 de abril de 1442.

(2) Juan Shaw, hermano de lord Corregidor de Londres.

(3) *Friar Penker*, el fraile Penker, provincial de los agustinos. Este, como el doctor Shaw, eran dos oradores famosos en aquella época.

Escena VI

Londres – Una calle

Entra un ESCRIBANO

ESCRIBANO.- He aquí el acta de acusación del buen lord Hastings, escrita a pulso con mi mejor letra, para que pueda hoy leerse en San Pablo. ¡Y notad qué natural es la consecuencia de los hechos! ¡Once horas he tardado en escribirla, porque hasta ayer no me la envió Catesby! El original había de costar el mismo tiempo en ser redactado, y aún no hace cinco horas vivía Hastings, sin haber sido acusado ni interrogado, en plena libertad. ¡En bonito mundo estamos!... ¿Quién será tan estúpido que no vea este palpable artificio? ¿Pero quién es bastante osado para decir lo que ve?

Malo es el mundo y todo está perdido dando acciones tan malas al oído.

(Sale.)

Escena VII

El mismo lugar – Patio del castillo de Baynard (1)

Entran GLOSTER y BUCKINGHAM por diferentes lados

GLOSTER.- ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Qué dicen los ciudadanos?

BUCKINGHAM.- Pues, ¡por la Santa Madre de Dios!, están mudos. ¡No dicen una palabra!

GLOSTER.- ¿Habéis tocado la bastardía de los hijos de Eduardo?

BUCKINGHAM.- La toqué, así como su matrimonio con lady Lucy (2) y sus esponsales por poderes en Francia; la insaciable avidez de sus deseos; y sus violencias con las mujeres de la City; su tiranía por cualquier bagatela: su propia bastardía, como nacido mientras vuestro padre estaba en Francia, y su escaso parecido con el duque (3). A continuación, hablé de vuestras facciones, que daban completa idea de las de vuestro padre, no sólo por la forma, sino por la nobleza de alma. Hice valer todas

(1) El castillo de Baynard –dice Guizot- era, a lo que parece, una pieza fortificada, construida por uno de los caballeros que acompañaron a Guillermo el Conquistador. Hallábase situado en el mismo Londres, a orillas del Támesis, donde todavía se distinguen los cimientos cuando las aguas están bajas.

El nombre del castillo –añadimos nosotros- proviene de llamarse Baynard el caballero al que arriba se alude.

(2) El doctor Shaw, en el sermón de complacencia que pronunció en san Pablo, para servir las miras ambiciosas de Gloster, declaró textualmente que el rey Eduardo *was never lawfully married to the queen, but his wife before God was dame Elizabeth Lucy; and so his children were bastards* (nunca estuvo casado legalmente con la reina, pues su esposa ante Dios fue la dama Isabel Lucy, y así, sus hijos eran bastardos).

(3) *Like the duque.* Ricardo, duque de York. En el ya expresado sermón predicado en San Pablo por el doctor Shaw, quien eligió por tema un pasaje del libro de la Sabiduría: *Spuria vitulamina non debunt radices altos*, no contento con afirmar que los hijos de Eduardo VI eran ilegítimos, insinuó que éste no era hijo de Ricardo, duque de York.

vuestra victorias en Escocia, vuestra disciplina en la guerra, vuestra prudencia y sabiduría en la paz; vuestra bondad, virtud y humildad acrisoladas. En resumen: no he omitido ni descuidado nada de lo que podía ayudar a vuestros proyectos en mi discurso. Y cuando mi oratoria tocaba a su fin, excité a cuantos amaran bien a su patria a gritar: *¡Dios salve a Ricardo, legítimo rey de Inglaterra!*

GLOSTER.- ¿Y lo hicieron así?

BUCKINGHAM.- ¡No! ¡Vive Dios, no dijeron una palabra! Semejantes a mudas estatuas o a insensibles rocas, se miraban y palidecieron como muertos. Al ver esto, les reprendí, y pregunté al lord corregidor qué significaba ese obstinado silencio. Me contestó que el pueblo no tenía costumbre de ser interpelado por otro que no fuera el secretario del Corregimiento (1). Entonces supliqué a éste que repitiera mi discurso. *Esto ha dicho el duque, esto ha resuelto el duque*, murmuró, sin añadir por su parte una palabra. Cuando terminó, algunos compañeros de mi séquito, apostados al fondo de la sala, arrojaron sus gorros al aire, y una docena de ellos gritó: *¡Dios salve al rey Ricardo!* Y aprovechándome de la ocasión de esa coyuntura, añadí: *¡Gracias, honrados ciudadanos y amigos! ¡Este aplauso general y alegres vivas son una prueba de vuestro acierto y de vuestro amor a Ricardo!*; y dicho esto, me retiré.

GLOSTER.- ¡Qué bloques sin habla! ¿No podían hablar? ¿No vendrán el lord corregidor y sus adjuntos?

BUCKINGHAM.- El lord corregidor está aquí. Aparentad algún recelo. No habéis sino ante una solicitud de alta importancia; y mostraos buen milord, con un libro de oraciones en la mano, y entre dos eclesiásticos, pues yo glosaré el texto con un sagrado contrapunto; y

(1) *The recorder*. El *recorder* era un oficial municipal que hacía las funciones de heraldo oficial, especie de secretario.

no cedáis fácilmente a nuestras solicitudes. Representad el papel de doncella contestando siempre no y aceptando.

GLOSTER.- Hecho; y si argumentáis tan bien como pienso fingir mi negativa, no hay duda de que llevaremos a feliz término el asunto.

BUCKINGHAM.- ¡Idos, idos al terrado! (1). ¡El lord corregidor llama! (*Sale GLOSTER.*)

Entran el LORD CORREGIDOR, Regidores y Ciudadanos

¡Bien venido, milord! Me parece que he metido la pata. Creo que el duque no va a consentir en recibimos.

Entra CATESBY por la parte del castillo

¡Hola Catesby! ¿Qué contesta nuestro señor a mi requerimiento?

CATESBY.- Suplica a Vuestra Gracia, noble milord, que vaya a visitarle mañana o pasado. Se ha encerrado con dos reverendos padres, absorto en meditaciones divinas, y dice que ningún asunto terrenal le distraiga de sus piadosos ejercicios.

BUCKINGHAM.- Volved, buen Catesby, al gracioso duque, y decidle que yo, el lord corregidor, y los regidores, hemos venido a celebrar una conferencia con Su Gracia sobre cosas importantes, sobre graves asuntos relacionados con el bien general.

CATESBY.- Le informaré inmediatamente. (*Sale CATESBY.*)

BUCKINGHAM.- ¡Ah, ah, milord! ¡Este príncipe no es un Eduardo! ¡No se revuelca en el blando sofá, sino que dobla sus rodillas en la meditación! ¡No se distrae con un par de cortesanos, sino que discurre con dos profundos teólogos! No duerme para engordar su perezoso cuerpo sino que ora para enriquecer su alma vigilante! ¡Dichosa Inglaterra si este virtuoso príncipe quisiera tomar en Su Gracia la soberanía de ella! Pero seguramente temo que no consienta en ello.

(1) *Up to the leads*, sobre el plomo, literalmente. La cobertura de los edificios importantes era de plomo, o en su construcción intervenía el plomo. Todos conocemos *l piombi*, de Venecia, en donde fue internado Silvio Pellico.

CORREGIDOR.- ¡Por vida!... ¡Haga Dios que Su Gracia no nos diga que no!

BUCKINGHAM.- ¡Temo que no quiera! Aquí está otra vez Catesby...

Vuelve a entrar CATESBY

Bien, Catesby, ¿qué dice Su Gracia?

CATESBY.- No concibe con qué fin reunís grupos de ciudadanos para venir en su busca sin haberle prevenido. ¡Teme, milord, que abriguéis malos deseos contra él!

BUCKINGHAM.- Sentiría que mi noble primo sospechara de mis buenos designios para con él. ¡Por el Cielo, que venimos a él con las mejores intenciones! ¡Así, vuelve todavía y asegúraselo a Su Gracia! (*Sale CATESBY.*) Cuando estos hombres piadosos y santos se entregan a las cuentas de su rosario, es difícil distraerlos de ellas. ¡Tan dulce es su éxtasis contemplativo!

*Entra GLOSTER en la galería superior, entre dos Obispos.
Vuelve CATESBY*

CORREGIDOR.- ¡Mirad! ¡He aquí a Su Gracia que llega entre dos clérigos!

BUCKINGHAM.- ¡Dos sostenes de virtud para un príncipe cristiano, que le impiden caer en la vanidad! ¡Y vedlo con su libro de oraciones en la mano! ¡Verdaderos ornamentos para conocer a un santo! ¡Ilustre Plantagenet, el más generoso de los príncipes, presta favorable atención a nuestros requerimientos, y perdónanos que interrumpamos tu devoción y admirable celo cristiano!

GLOSTER.- Milord, no son necesarias semejantes apologías. Suplico a Vuestra Gracia se sirva perdonarme si mi ardor por el servicio de mi Dios me hace olvidar la visita de mis amigos. Pero dejemos esto. ¿Qué desea Vuestra Gracia?

BUCKINGHAM.- Precisamente lo que desea el Dios que vela por nosotros y todos los dignos habitantes de esta isla sin gobierno.

GLOSTER.- Sospecho si habré cometido alguna falta responsable a los ojos de la ciudad, y que vengáis a reprenderme mi ignorancia.

BUCKINGHAM.- Efectivamente, milord. ¡Ojalá que pudiera Vuestra Gracia enmendar esa falta al conversar con nosotros!

GLOSTER.- ¿Cómo podría vivir de otro modo, en un país cristiano?

BUCKINGHAM.- Sabed, entonces, que vuestra falta consiste en abandonar el puesto supremo, el majestuoso trono, el cetro oficial de vuestros antepasados, las grandezas que os pertenecen, los derechos de vuestro nacimiento y de la gloria hereditaria de vuestra real casa, a la corrupción de un tronco podrido; mientras que, víctima de vuestros adormecidos pensamientos (que venimos a despertar, para bien de nuestra patria), esta noble isla deplora sus miembros mutilados, su rostro desfigurado por las cicatrices de la infamia, su tallo real, injerto en innobles plantas y casi caído de espaldas en el abismo insondable del más oscuro olvido y la más profunda indiferencia. Para curarla, vienen nuestros corazones a rogar a Vuestra Gracia tome la carga y el gobierno de este vuestro país, no como protector, regente sustituto o como agente subalterno que trabaja por el provecho de otro, sino como heredero que ha recibido de generación en generación los derechos de sucesión a un Imperio que os pertenece en propiedad. Por eso, de acuerdo con los ciudadanos, vuestros muy dignos y sinceros amigos, y a su vehemente instigación, apelo a Vuestra Gracia en causa tan justa.

GLOSTER.- Estoy indeciso si conviene más a mi linaje y a vuestra condición el retirarme en silencio o contestaros con amargos reproches. Si no os respondo, tal vez imaginéis que mi lengua, atada por la ambición, consiente, por su

silencio, a este yugo dorado de la soberanía que bondadosamente queréis imponerme aquí. Si, de otro lado, reprobó los ofrecimientos que me hacéis, inspirados en vuestro sincero afecto hacia mí, entonces ofendo a mis amigos. Por tanto para hablar evitando lo primero y después, al hablar, no incurrir en lo último, he aquí definitivamente mi respuesta. Vuestra adhesión merece mi gratitud, pero mis méritos sin valor no se hallan a la altura de vuestros requerimientos. Primeramente, aún cuando todos los obstáculos se allanasen y se desembarazara el camino de la corona como una sucesión abierta, y por los derechos de mi nacimiento, tal es la pobreza de mi talento y tan grandes y numerosas mis faltas, que valdría más sustraerme a mi grandeza, débil barca como soy para afrontar el mar bravío, antes que exponerme a verme caer de mi altura y ahogarme en los vapores de mi gloria. Pero, gracias a Dios, no me necesitáis, y yo me siento insuficiente para venir en ayuda vuestra. El árbol real nos ha dejado un fruto real que, madurado por las rápidas horas del tiempo, será bien venido a la sede de la soberanía, y, sin duda, os hará dichosos con su reinado. Le cedo el paso con que queríais abrumarme y que le pertenece por derecho de su fortuna y feliz estrella. ¡No permita Dios que yo lo usurpe!

BUCKINGHAM.- Milord, todo eso arguye conciencia en Vuestra Gracia; pero las consideraciones en que apoyáis vuestra argumentación son fútiles y triviales, atendidas bien las circunstancias. Decís que Eduardo es el hijo de vuestro hermano. Así creemos también nosotros; pero no de su legítima esposa, pues él se casó primeramente con lady Lucy (1) (y vuestra madre, que vive, puede servirme de testimonio); después se compromete

(1) Este fue uno de los argumentos que se esgrimieron para impedir el matrimonio de Eduardo con lady Grey. Pero lady Lucy, obligada bajo el juramento a decir la verdad, declaró, como hace notar Guizot, que ella no había recibido promesa alguna del monarca.

tió por poderes (1) con Bona, hermana del rey de Francia. Descontadas estas dos mujeres, se presentó una pobre solicitante, una madre devorada por preocupaciones de una numerosa familia; una viuda que, en el ocaso de sus mejores días, supo conquistar el sentimiento lascivo del rey, rebajando la meta y altura de sus pensamientos a una baja degradación y a una inmundicia bigamia (2). De ella, y en un lecho ilegítimo, nació este Eduardo, a quien, por cortesía, llamamos príncipe. Más amargamente podría extenderme si, retenido por la consideración que debo a cierta persona que vive, no impusiera a mi lengua un prudente límite. Así, pues, buen milord, tomad para vuestra real persona el beneficio de esta dignidad que se os ofrece, si no para hacernos dichosos, y con nosotros a nuestra patria, para evitar, al menos, a vuestra noble estirpe la corrupción de los abusos de la época y devolverle su curso legítimo y directo.

CORREGIDOR.- ¡Aceptad, buen milord; os lo ruegan vuestros ciudadanos!

BUCKINGHAM.- ¡No rehuséis, poderoso señor, este ofrecimiento de cariño!

CATESBY.- ¡Oh! Hacedlos dichosos accediendo a sus justas solicitudes.

GLOSTER.- ¡Ay! ¿Por qué deseáis abrumarme con estos cuidados? No sirvo para el mando y la majestad. Os lo suplico, no lo toméis a desaire. No puedo, no quiero escucharos.

BUCKINGHAM.- Si lo rehusáis..., si el afecto y la abnegación os repugnan desposeer a un niño, hijo de vuestro hermano (pues conocemos bien la ternura de vuestro corazón y esta piedad dulce y femenil que siempre hemos podido comprobar viéndoos practicarla con vuestra familia, y que se extiende igualmente a toda clase de hombres), sabed que, aceptéis o

(1) Estos poderes los representó el conde de Warwick.

(2) El que se desposaba con una viuda era considerado como bigamo por la ley canónica.

o no nuestros ofrecimientos, jamás el hijo de vuestro hermano reinará sobre nosotros como rey, sino que colocaremos a otro cualquiera en el trono, para desgracia y ruina de vuestra casa. Y en esta resolución nos despedimos de vos... ¡Vamos ciudadanos, no solicitemos más! (*Salen* BUCKINGHAM y *Ciudadanos*.)

CATESBY.- Volvedlos a llamar, querido príncipe; aceptad su demanda. Si la rechazáis, el país será el perjudicado.

Gloster.- ¿Queréis precipitarme en un mundo de cuidados? Llamadlos de nuevo. Yo no soy de piedra, sino penetrable a vuestras amables súplicas (*Sale* CATESBY.), aunque sea contra mi conciencia y mi alma.

Vuelven a entrar BUCKINGHAM y los demás

Primo Buckingham, y vosotros, hombres respetables y prudentes, puesto que deseáis cargar sobre mis hombros el peso de la grandeza, quiera o no, debo con paciencia soportar la carga. Pero si la negra calumnia o el reproche de rostro repugnante son un día la

secuela de vuestra imposición, la violencia que me hacéis me salvaría de todas las censuras y manchas de ignominia que podrían resultar; pues Dios lo sabe, y en parte vos lo habéis visto, cuán lejos estoy de desear esto.

CORREGIDOR.- ¡Bendiga Dios a Vuestra Gracia! Lo hemos visto y lo repetiremos.

GLOSTER.- Diciéndolo, no diréis sino la verdad.

BUCKINGHAM.- Entonces os saludo con este real título: ¡Viva el rey Ricardo, digno soberano de Inglaterra!

TODOS.- ¡Amén!

BUCKINGHAM.- ¿Os placería ser coronado mañana?

GLOSTER.- Será cuando os plazca, pues lo queréis así.

BUCKINGHAM.- Mañana, entonces, vendremos para acompañar a Vuestra Gracia y así despedimos de vos con el corazón rebosante de alegría.

GLOSTER.- (*A los Obispos*.) Venid, continuemos nuestros piadosos ejercicios... ¡Adiós, primo!... ¡Adiós, gentiles amigos! (*Salen*.)

Acto Cuarto

Escena Primera

Ante la Torre

Entran, de un lado la REINA ISABEL, la DUQUESA DE YORK y el MARQUÉS DE DORSET; y *del otro*, ANA (1), duquesa de Gloster, acompañando a LADY MARGARITA PLANTAGENET, hija de CLARENCE

DUQUESA.- ¿Quién se acerca?... ¿Mi sobrina (2) Plantagenet, de la mano de su tía la amable

(1) Aunque Shakespeare no lo advierte, es preciso suponer que Gloster cumplió cuanto dijo acerca de su proyectado casamiento con lady Ana, que ahora es ya su esposa.

(2) *My niece Plantagenet*, la hija más joven del duque de Clarence.

Gloster? Por mi vida, que se dirige a la Torre, por puro afecto de corazón, para saludar al tierno príncipe. ¡Bien hallada, hija!

ANA.- ¡Dios conceda a Vuestra Gracia felices y dichosos días!

REINA ISABEL.- ¡Como igualmente a vos, querida hermana! ¿Vais muy lejos?

ANA.- No más que a la Torre, y, a lo que presumo, con las mismas intenciones que vosotras: a felicitar allí al joven príncipe.

REINA ISABEL.- Gracias, querida hermana; entraremos todas juntas...

Entra BRAKENBURY

Y a propósito: he aquí al alcalde, que llega. Señor alcalde, por favor, os ruego: ¿cómo están el príncipe y mi hijo el joven York?

BRAKENBURY.- Muy bien, querida señora; pero perdonadme que no pueda permitirlos visitarlo. El rey me lo ha prohibido terminantemente.

REINA ISABEL.- ¡El rey! ¿Cuál?

BRAKENBURY.- Me refiero al lord Protector.

REINA ISABEL.- ¡El lord del Cielo le proteja de ese título real! ¿Ha puesto una barrera entre el amor de mis hijos y yo? ¡Soy su madre! ¿Quién podrá impedirme que los vea?

DUQUESA.- Soy la madre de su padre; quiero verlos.

ANA.- Yo soy su tía por alianza y su madre por cariño. Así, conducidme ante ellos. Cargo con tu falta y asumo tu oficio bajo mi responsabilidad.

BRAKENBURY.- No, señora; no. No puedo abandonarlo así. Estoy comprometido por juramento, y, por tanto, perdonadme. (*Sale.*)

Entra STANLEY

STANLEY.- Señoras, os encontrara una hora más tarde y hubiera podido saludar a Su Gracia la duquesa de York como madre y augusta espectadora de dos bellas reinas. (*A la DUQUESA DE GLOSTER.*) Venid, señora; debéis presentaros inmediatamente en Westminster, para ser coronada allí como esposa del rey Ricardo.

REINA ISABEL.- ¡Ah! ¡Cortad el lazo de mi corpiño! ¡Que pueda latir mi oprimido corazón, o voy a desvanecerme con esta mortal noticia!

ANA.- ¡Siniestro informe! ¡Oh aborrecida nueva!

DORSET.- ¡Valor, querida madre! ¿Cómo se halla Vuestra Gracia?

REINA ISABEL.- ¡Oh Dorset! ¡No me hables! ¡Vete! ¡La muerte y la destrucción ladran en tus talones! ¡El nombre de tu madre es fatal a sus hijos! Si quieres escapar de la muerte, atraviesa

los mares y ve a vivir con Richmond (1), fuera del alcance del infierno! ¡Marcha! ¡Aléjate, aléjate de este matadero, si no quieres aumentar el número de los muertos, y déjame morir víctima de la maldición de Margarita: ¡Ni madre, ni mujer, ni reina reconocida de Inglaterra!

STANLEY.- Prudente es vuestro consejo, señora... Aprovechad rápidamente la ventaja que os conceden unas horas. Tendréis cartas de recomendación para mi hijo (2), que saldrá a vuestro encuentro. No os cojan de improviso por un imprudente retraso.

DUQUESA.- ¡Oh viento aciago, esparcidor de males y miserias! ¡Oh, maldita seas, matriz, lecho de muerte, que lanzaste al mundo un basilisco de mortífera mirada!

STANLEY.- Venid, señora; venid. He sido enviado a toda prisa.

ANA.- Y yo os seguiré contra mi voluntad. ¡Oh! ¡Plegue a Dios que el borde redondo del áureo metal que ciña mi frente sea un hierro candente (3) que me abrase el cráneo! ¡Que me unjan con un veneno mortal y que expire antes que se pueda decir: ¡Dios salve a la reina!

REINA ISABEL.- ¡Ve, ve, infeliz; no envidio tu gloria! ¡No te deseo daño alguno que alimente mi rencor!

ANA.- ¡No! ¿Por qué?... Cuando el que ahora es mi esposo vino a mí, en el momento en que yo acompañaba el cadáver de Enrique; cuando tintas aún sus manos con la sangre de aquel ángel que fue mi primer esposo, y del santo difunto que entonces acompañaba llorando... ¡Oh! Cuando, como digo, fijé la

(1) Después de la batalla de Tewkesbury, Richmond, que era un Plantagenet, huyó con su tío el conde de Pembroke, hallando refugio en la Corte del rey de Bretaña.

(2) Lord Stanley estaba casado a la sazón con lady Margarita.

(3) *Rod-hot steel*. Ana piensa en el suplicio que se aplicaba antiguamente a los regicidas o a los que intentaban la usurpación de una corona, a los cuales se les colocaba una de hierro enrojecido sobre la cabeza.

mirada en Ricardo, éste fue mi juramento: ¡Maldito seas –exclamé- por haberme condenado tan joven a una vieja viudez! ¡Y que, cuando te cases, el dolor se asiente en tu lecho; y que tu mujer (si hay alguna tan loca) sea más miserable por tu vida que tú me has hecho desgraciada por la muerte de mi querido esposo! ¡Ved!... Antes que pudiera repetir esta maldición, en tan corto espacio de tiempo, mi corazón de mujer se dejaba cautivar estúpidamente por sus melifluas palabras y había hecho de mí el objeto de mi propia maldición, que desde este instante privó a mis ojos del reposo, pues jamás una hora en su lecho he gozado del dorado rocío del sueño sin que me hayan despertado continuamente sus horribles pesadillas. Además, me odia por mi padre Warwick, y quiere, sin duda, desembarazarse pronto de mí.

REINA ISABEL.- ¡Pobre corazón, adiós! ¡Compadezco tus penas!

ANA.- ¡No menos gime mi alma por vosotros!

REINA ISABEL.- ¡Adiós, tú, que tan tristemente acoges tu grandeza!

ANA.- ¡Adiós, pobre alma, que de ella te despidas!

DUQUESA.- (A DORSET.) ¡Ve tú a unirse a Richmond y que la buena fortuna te guíe! (A ANA.) Ve tú a Ricardo, y que los ángeles bondadosos te acojan. (A la REINA ISABEL.) Ve tú al santuario, y que los santos pensamientos te consuelen. ¡Yo, a la tumba, donde la paz y el descanso reposen conmigo!... ¡Ochenta y tantos años de dolor he contemplado, y cada hora de alegría la he pagado con una semana de pesares!

REINA ISABEL.- ¡Esperad! ¡Dirigid todavía conmigo una mirada a la Torre! ¡Piedad, vetustas piedras, de esos tiernos infantes, a quien la envidia aprisionó en vuestros muros! ¡Cuna cruel para tan preciosos seres! ¡Ruda y salvaje nodriza! ¡Triste y vieja compañera de

juegos de los tiernos príncipes, tratad bien a mis niños! ¡Así te lo pide mi loco dolor al despedirse de vuestras piedras! (Salen.)

Escena II

Salón del trono en el Palacio

Marcha militar, RICARDO, con los atributos reales, sobre el trono; BUCKINGHAM, CATESBY un PAJE y otros

REY RICARDO.- ¡Retiraos todos! ¡Primo Buckingham!...

BUCKINGHAM.- ¿Mi gracioso soberano?...

REY RICARDO.- Dame la mano. Por tus consejos y tu ayuda, el rey Ricardo se sienta tan alto. Pero estas glorias, ¿vivirán sólo un día, o serán duraderas y podremos regocijarnos con ellas?

BUCKINGHAM.- ¡Que persistan y duren para siempre!

REY RICARDO.- ¡Ah Buckingham! Ahora soy piedra de toque para probar si tú eres, en efecto, oro de buena ley. El joven Eduardo vive. ¿Comprendes ya lo que quiero decir?

BUCKINGHAM.- Hablad, mi queridísimo señor.

REY RICARDO.- ¡Vaya! Buckingham, digo que quisiera ser rey.

BUCKINGHAM.- ¡Vaya! Lo sois, soberano tres veces ilustre.

REY RICARDO.- ¡Bah! ¿Soy yo rey? Sea; pero Eduardo vive.

BUCKINGHAM.- Es cierto, noble príncipe.

REY RICARDO.- ¡Oh amarga consecuencia de que Eduardo viva todavía!... *Es cierto noble príncipe...* Primo, antes no acostumbrabas ser tan tardo. ¿Debo ser más explícito? Deseo la muerte de los bastardos, y quisiera que se ejecutara la cosa inmediatamente. ¿Qué dices ahora? Habla pronto; sé breve.

BUCKINGHAM.- **Vuestra Gracia puede hacer su gusto.**

REY RICARDO.- ¡Bah, bah! Eres todo de hielo. Tu afecto se enfría. Contéstame: ¿consientes en que mueran?

BUCKINGHAM.- Dejádme algún aliento, un instante de reflexión, querido lord, antes de daros una respuesta definitiva. En seguida os haré conocer mi determinación. (*Sale BUCKINGHAM.*)

CATESBY.- (*Aparte, a otro.*) ¡El rey se encoleriza; mirad: se muerde los labios! (1).

REY RICARDO.- (*Descendiendo del trono.*) ¡Me entenderé con caracteres férreos e irreflexivos y con jóvenes irrespetuosos! No quiero a mi lado quien me mire con ojos escrutadores. Buckingham, lograda su ambición, se hace circunspecto. ¡Muchacho!

PAJE.- ¡Señor!

REY RICARDO.- ¿Conoces a alguien que dejándose tentar por un oro corruptor, realizara una secreta misión de muerte?

PAJE.- Conozco un hidalgo descontento, cuyos humildes recursos no están a la altura de sus pensamientos. El oro vale para él como treinta oradores, y no dudo que le determinará a hacer cualquier cosa.

REY RICARDO.- ¿Cuál es su nombre?

PAJE.- Su nombre es Tyrrel (2), señor.

REY RICARDO.- Conozco algo a ese individuo. ¡Anda, llámale aquí, muchacho! (*Sale el PAJE.*) Ese hábil y astuto Buckingham no será más el confidente de mis intentos. ¿Ha seguido tanto tiempo mis pasos sin cansarse, y ahora se retira para respirar?... Bien,,,,; sea...

Entra STANLEY

¿Qué hay, lord Stanley? ¿Qué noticias?

STANLEY.- Sabréis, querido señor, que el marqués de Dorset, según he oído, ha huido a unirse con Richmind donde éste se encuentra. (*Se retira aparte.*)

(1) *He gnaws his lip.* El detalle es histórico.

(2) *Tyrrel.* Sir Jaime Tyrrel, cuyo nombre ha adquirido una triste celebridad, era hijo de Guillermo Tyrrel de Gipping, gran sheriff de Suffolk.

REY RICARDO.- ¡Ven aquí, Catesby!... Haz correr el rumor de que Ana, mi esposa, está gravemente enferma. Daré orden de que permanezca encerrada. Búscame por cualquier medio un hidalgo pobre con quien pueda casar inmediatamente a la hija de Clarence (1). El chico es idiota (2), y no le temo. ¡Mira, como te duermas...! Te repito que hagas correr el rumor de que Ana, mi esposa, está enferma y a punto de morir. Todo esto, sobre la marcha, pues me importa poner término a todas las esperanzas que, acrecentadas, puedan perjudicarme. (*Sale CATESBY.*) Es preciso que me case con la hija de mi hermano (3), o mi trono tendrá la fragilidad del vidrio. ¡Degollar a sus hermanos y luego desposarme con ella! Pero he ido tan lejos en la sangre, que un crimen lavará otro crimen. ¡Las lágrimas de piedad no habitan en mis ojos!

Vuelve a entrar el PAJE con TYRRELL

¿Es Tyrrel tu nombre?

TYRRELL.- Jaime Tyrrel y vuestro muy obediente súbdito.

REY RICARDO.- ¿Lo eres de veras?

TYRRELL.- Probadme, mi gracioso señor.

REY RICARDO. ¿Te resolverías a matar a un enemigo mío?

TYRRELL.- Como os plazca; pero mejor quisiera matar a dos enemigos.

REY RICARDO.- Pues bien; será entonces lo que hagas. Dos mortales enemigos contrarios a mi reposo y turbadores de mi dulce sueño, son los que designo a tu fidelidad. Tyrrel, hablo de los bastardos que están en la Torre.

(1) Este matrimonio no se realizó. Margarita Plantagenet, después condesa de Salisbury, se casó con sir Ricardo Pole.

(2) *The boy is foolish.* Se refiere a Eduardo Plantagenet, conde de Warwick, hijo del duque de Clarence. Acabó imbécil por el mal trato recibido en la prisión, durante la cual nadie se ocupó de instruirle. A pesar de ello, Enrique VII (Richmond) tuvo miedo de él y le hizo decapitar en 1499.

(3) Con la princesa Isabel, hija del rey Eduardo IV y de la reina del mismo nombre.

TYRREL.- Procuradme los medios de llegar hasta ellos, y yo os libraré pronto del miedo que os inspiran.

REY RICARDO.- ¡Cantas una dulce música! ¡Escucha! ¡Acércate, Tyrrell! Ve, usa de esta prenda... (1). Levántate y aplica los oídos. (*Cuchichean.*) No hay que hacer más que eso... Me dices que ya está hecho, y te estimaré y elevaré en dignidad.

TYRRELL.- Voy a despacharlo a toda prisa.

REY RICARDO.- ¿Tendré noticias tuyas antes de acostarme?

TYRRELL.- Las tendréis, señor. (*Sale.*)

Vuelve a entrar BUCKINGHAM

BUCKINGHAM.- Milord, he reflexionado acerca de la última petición que me habéis dirigido.

REY RICARDO.- Bien; dejemos eso. Dorset ha ido a reunirse con Richmond.

BUCKINGHAM.- He oído la noticia, milord.

REY RICARDO.- Stanley, él es hijo de nuestra esposa... Vigíladlos.

BUCKINGHAM.- Milord, reclamo la recompensa que me habéis prometido, por la cual empeñasteis vuestro honor y vuestra palabra: el condado de Hereford y los bienes muebles de que me prometisteis que sería poseedor.

Rey Ricardo.- Stanley, vigilad a vuestra esposa. Si se comunica con Richmond, me respondéis de ello.

Buckingham.- ¿Qué responde Vuestra Alteza a mi justo requerimiento?

Rey Ricardo.- Me acuerdo... Enrique sexto profetizó que Richmond sería rey cuando Richmond no era todavía sino un rapazuelo. ¿Rey?... Puede ser...

(1) *By this taken.* Según Hall, fue una carta, en la que se encargaba a Brakenbury que entregara a Tyrrell todas las llaves de la Torre de Londres durante la noche.

BUCKINGHAM.- Milord...

REY RICARDO.- ¿Cómo se explica que en aquella época no me dijera el profeta, estando yo presente, que le mataría yo?

BUCKINGHAM.- Milord, vuestra promesa relativa al condado...

REY RICARDO.- ¡Richmond! Cuando estuve la última vez en Exeter, el corregidor tuvo la cortesía de mostrarme el castillo, y lo llamó *Rouge-Mont* (1), a cuyo nombre me estremecí, a causa de que un bardo de Irlanda me dijo una vez que no viviría mucho tiempo después de haber visto a Richmond.

BUCKINGHAM.- Milord...

REY RICARDO.- Sí. ¿Qué hora es?

BUCKINGHAM.- Me tomo la libertad de recordar a Vuestra Gracia lo que me ha prometido.

REY RICARDO.- Bien; pero ¿qué hora es?

BUCKINGHAM.- Van a dar las diez.

REY RICARDO.- Bien; déjalas dar.

BUCKINGHAM.- ¿Por qué dejarlas dar?

REY RICARDO.- ¡Porque, como un Jaquemard (2), continúas tocando entre tu petición y mis reflexiones! No me encuentro hoy en vena de generosidad.

BUCKINGHAM.- Pues entonces hacedme saber si debo contar o no con vuestra promesa.

REY RICARDO.- Me estas importunando. No estoy en vena (3). (*Salen el REY RICARDO y su séquito.*)

BUCKINGHAM.- ¿Conque eso tenemos? ¿Me paga mis importantes servicios con semejante menosprecio? ¿Para eso le he hecho rey? ¡Oh! ¡Pensemos en Hastings y vayámonos a Brecknock (4) mientras tema por mi cabeza! (*Sale.*)

(1) El castillo de Exeter se llamaba *Rouge-Mont*, cuya pronunciación era casi igual a la de Tichmond, lo que explica los terrores supersticiosos de Ricardo.

(2) *Like a Jack.* El Jaquemard era una figura automática que hacía dar las horas y también las medias y los cuartos de los relojes públicos.

(3) Históricamente, el condado de Hereford parece que fue concedido a Buckingham, como advierte Guizot, y que fueron otras las causas que le enmistaron con Ricardo.

(4) *Brecknock.* El castillo de este nombre en el país de Gales.

Escena III

Otra habitación en Palacio

Entra TYRRELL

TYRRELL.- ¡El acto sangriento y tiránico se ha cumplido! ¡La acción más infame, la matanza más horrible de que esta tierra jamás se ha hecho culpable! Digthon y Forrest, a quienes soborné para realizar esta escena de feroz carnicería, aunque malvados endurecidos, perros sanguinarios, llenos de ternura y dulce compasión, lloraban como criaturas al hacerme el triste relato de su muerte: *¡Oh –decía Digthon (1)–, así estaban reclinados los pobrecitos niños!... ¡Así, así –añadía Forrest– se enlazaban uno a otro con sus brazos inocentes de alabastro! ¡Sus labios parecían cuatro encarnadas rosas sobre el mismo tallo, que, en el estío de su esplendor se besaba la una a la otra! Un libro de oraciones reposaba sobre su almohada, que, en un instante –dijo Forrest–, casi me hizo cambiar de idea. Pero ¿qué diablo?* Y aquí el villano se paró. Entonces, Digthon continuó así: *¡Hemos estrangulado la obra más perfecta y admirable de la Naturaleza que existió desde el principio de la Creación!...* Y se alejaron ambos, con la conciencia abrumada de remordimientos, hasta el punto de no poder hablar. Y así he dejado a los dos, para traer la noticia al sanguinario rey.

Entra el REY RICARDO

Y aquí llega... ¡Salve, mi soberano señor!

(1) Digthon era el recadero de sir Jaime Tyrrell. Hall nos cuenta que después de su crimen huyó a Calais y murió en la miseria en medio de la reprobación general.

REY RICARDO.- ¡Bravo Tyrrell! ¿Soy dichoso con tus noticias?

TYRRELL.- Si la ejecución del acto que me habéis confiado debe hacer vuestra felicidad, sed dichoso, pues está consumado.

REY RICARDO.- Pero ¿los has visto muertos?

TYRRELL.- Los he visto, milord.

REY RICARDO.- ¿Y enterrados, amable Tyrrell?

TYRRELL.- El capellán de la Torre les ha dado sepultura. Ahora, en dónde, a decir verdad, no lo sé.

REY RICARDO.- Ven a verme en seguida. Tyrrell, después de cenar, para que me cuentes las circunstancias de su muerte. Entre tanto, no te ocupes más que de buscar en tu pensamiento cómo puedo premiarte y satisfacer tus deseos. Adiós, hasta entonces.

TYRRELL.- Humildemente me despido. (Sale.)

REY RICARDO.- He encerrado bien al hijo de Clarence; he casado a su hija de mala manera (1); los hijos de Eduardo descansan en el seno de Abrahán, y Ana, mi esposa, ha dado ya las buenas noches a este mundo (2). Ahora, sabiendo que Richmond el de Bretaña tiene ciertas miras sobre la joven Isabel, hija de mi hermano, y que a favor de este enlace forma proyectos ambiciosos sobre la corona, voy a buscarla y hacerle la corte, como galante y favorecido enamorado.

Entra RATCLIFF

RATCLIFF.- ¡Milord!

REY RICARDO.- ¿Buenas o malas noticias, que entras tan bruscamente?

RATCLIFF.- ¿Malas, milord! Morton (3) ha huído a encontrarse con Richmond; y Buckingham, sostenido por los atrevidos habitantes de Gales, está en campaña, y sus fuerzas crecen de día a día.

(1) Esto no fue así, como dijimos en notas anteriores.

(2) Murió el 16 de marzo de 1485.

(3) Juan Morton, obispo de Ely, estaba prisionero, bajo la guardia de Buckingham, en el castillo de Brecknock, que pertenecía a éste. Logró evadirse y se unió al conde de Richmond.

REY RICARDO.- Ely con Richmond me preocupa más que Buckingham y sus turbas improvisadas. ¡Vamos! He aprendido que el comentario del miedo es la pesada rémora del aplazamiento, y que el aplazamiento es impotente y camina a la indigencia a paso de tortuga. ¡Por tanto, sea mi viento la fiera expedición, Mercurio de Júpiter y heraldo de un rey! ¡Partamos, reuniendo gente! ¡Mi escudo es mi consejo! ¡Hay que abreviar cuando los traidores osan meterse en campaña! (Salen.)

Escena IV

Londres – Ante el Palacio

Entra la REINA MARGARITA (1)

REINA MARGARITA.- ¡Al fin, la prosperidad toca ya a su madurez y caerá en las fauces podridas de la muerte! He vagado secretamente alrededor de estos lugares para observar la ruina de mis enemigos. Soy testigo de su siniestra iniciación, y me voy a Francia, esperando que lo que siga sea tan amargo, negro y rebosante de tragedia. ¡Aléjate, desgraciada Margarita! ¿Quién viene?

Entra la REINA ISABEL y la DUQUESA DE YORK

REINA ISABEL.- ¡Ah mis pobres príncipes! ¡Ah mis tiernos niños! ¡Mis flores en capullo! ¡Mis nacientes perfumes! ¡Si aún flotan en el aire vuestras gentiles almas y no han sido prendidas en la eternal mansión, extended en torno a mí vuestras etéreas alas y escuchad los lamentos de vuestra madre!

REINA MARGARITA.- Revolotead alrededor de ella; decidle que es justicia por justicia si la aurora de vuestra infancia ha sido eclipsada por la perpetua noche.

(1) La presencia de Margarita no está justificada aquí sino por el interés dramático. Según la historia, no se encontraba a la sazón de Londres.

DUQUESA.- Tantas miserias han apagado mi voz, que mi lengua, embotada de plañir, permanece silenciosa y muda. Eduardo Plantagenet, ¿por qué has muerto?

REINA MARGARITA.- ¡Plantagenet compensa a Plantagenet! ¡Eduardo paga a Eduardo una deuda mortal!

REINA ISABEL.- ¿Pudiste, ¡oh Dios! abandonar a esos mansos corderillos y arrojarlos en las entrañas del lobo? ¿Dormías, acaso, cuando fue cometida semejante acción?

REINA MARGARITA.- ¿Y cuando murieron el santo Enrique y mi adorado hijo?

DUQUESA.- ¡Vivir muriendo, mirar sin ver, pobre espectro de viviente mortalidad, espectáculo de horrores, oprobio del universo, propiedad de la tumba que usurpa su existencia, breve extracto y recuerdo de aciagos días, reposa tu cuerpo sin reposo en el suelo leal de Inglaterra (*Dejándose caer.*), ilegalmente embriagada con sangre inocente!

REINA ISABEL.- (Sentándose a su lado.) ¡Ah! ¡Que no puedas ofrecerme tan pronto una tumba como puedes concederme un triste asiento! ¡Entonces quisiera, que no descansaran mis huesos, sino que se hundieran aquí! ¡Ah! ¿Quién con más motivos para llorar que nosotras?

REINA MARGARITA.- Si es más digno de veneración un antiguo pesar, concededle al mío el privilegio de la vejez y dejad que mis dolores sean los que abran el paso. (Sentándose en el suelo con ellas.) Si el dolor puede admitir asociación, que la vista de mis males repita los vuestros. ¡Yo tenía un Eduardo, hasta que un Ricardo lo mató! ¡Yo tenía un esposo, hasta que un Ricardo lo mató! ¡Tú tenías un Eduardo, hasta que un Ricardo lo mató! ¡Tú tenías un Ricardo, hasta que un Ricardo lo mató!

DUQUESA.- ¡Yo tenía también un Ricardo, y tú lo mataste! ¡Yo tenía también un Rutland, y tú ayudaste a matarle!

REINA MARGARITA.- ¡Tú tenías un Clarence también, y Ricardo lo mató! ¡De lo más recóndito de tus entrañas salió el infernal

sabueso que nos ha perseguido de muerte a todos! ¡Ese perro, que tuvo dientes antes que ojos (1) para despedazar a indefensos corderos y beber su generosa sangre! ¡Ese odioso destructor de la obra de Dios! ¡Ese tirano por excelencia, el primero de la tierra, que reina en los ojos reseca de las llorosas almas, ha salido de tu vientre para perseguirnos hasta en nuestras tumbas! ¡Oh Dios justo, equitativo, sincero, dispensador! ¡Cuánto te agradezco que ese perro carnívoro haya devorado el fruto de las entrañas de su madre y la haya hecho compañera de banco del dolor de los demás!

DUQUESA.- ¡Oh esposa de Enrique!... ¡No triunfes de mis males! ¡Pongo a Dios de testigo que he llorado los tuyos!

REINA MARGARITA.- ¡Perdóname! ¡Estoy sedienta de venganza, y no me sacio de contemplarla! ¡Tu Eduardo, que mató a mi Eduardo, ha muerto! ¡El otro Eduardo muerto compensa a mi Eduardo! ¡El joven York no sirve sino de apoyo a mi venganza, pues los otros dos no podían juntos igualar en perfección el exceso de mi pérdida!... ¡Tu Clarence, que apuñaló a mi Eduardo, ha muerto, y con él los espectadores de aquella escena trágica, El adúltero Hastings, Rivers, Vaughan y Grey, todos prematuramente estrangulados, en sus tenebrosas tumbas! ¡Ricardo todavía vive, negro espía del infierno, reservado como solo agente para el tráfico de las almas que le envía; pero al alcance, al alcance se halla también su lastimoso fin, que nadie deplorará! ¡Abre la tierra sus fauces, hierve el infierno, rugen los demonios, oran los santos porque desaparezca precipitadamente de aquí! ¡Cancela, querido Dios, te ruego, el compromiso de su vida, para que viva yo lo suficiente y pueda exclamar: ¡Ha muerto el perro!

(1) Cuenta Hall que la comadrona exclamó al nacer Ricardo: *¡Dios nos bendiga! ¡Nace con dientes!*

REINA ISABEL.- ¡Oh! ¡Tú profetizaste que llegaría un tiempo en que imploraría tu auxilio para maldecir a esa ventruda araña, a ese deforme lagarto!

REINA MARGARITA.- ¡Y te llamé entonces vano alarde de mi esplendor; te llamé entonces pobre sombra, esbozo de reina; pura representación de lo que yo había sido; programa adulador de un espectáculo lamentable; mujer elevada al pináculo para caer en tierra precipitadamente; madre, solamente para la mofa, de dos hermosos niños, sueño de lo que quería ser; brillante enseña, expuesta a ser blanco de los más peligrosos ataques; una ficción de dignidad, un soplo, una burbuja, una reina de teatro, nacida sólo para la escena! ¿Dónde está tu esposo ahora? ¿Dónde tus hermanos? ¿Dónde tus hijos? ¿Dónde tu alegría? ¡Quién te saluda, se arrodilla y dice: *¡Dios salve a mi reina!* ¿Dónde los curvados pares que te adulaban? ¿Dónde el gentío que en el tropel te seguía? ¡Repasa todo esto, y ve cómo eres ahora! En vez de una esposa dichosa, una viuda desdichada; en vez de una madre satisfecha, una madre que deplora el nombre; en vez de una a quien se suplica, una humilde suplicante; en vez de una reina, una verdadera cautiva, coronada de amarguras; en vez de la que me despreciaba, la que ahora desprecio; en vez de la que atemorizaba a todos, la que al presente se atemoriza de uno; en vez de la que mandaba a todos, la que ninguno obedece. Así la rueda de la Justicia ha hecho su revolución y te ha dejado presa del tiempo, sin otro bien que el recuerdo de lo que has sido, para torturarte en demasía siendo lo que eres. Tú usurpaste mi sitio, ¿y no habías de usurpar la justa proporción de mi dolor? ¡Ahora tus orgullosos hombros soportan la mitad de mi yugo, y sustrayendo a él mi cabeza, fatigada de llevarlo, arrojo el peso entero sobre ti! ¡Adiós, esposa de York y reina de tristes infortunios! Estas desdichas de Inglaterra me harán sonreír en Francia.

REINA ISABEL.- ¡Oh tú, tan hábil en maldiciones! Guarda un momento y enséñame a maldecir a mis enemigos.

REINA MARGARITA.- Deja transcurrir las noches sin sueño y ayuna durante el día. Compara tu extinta grandeza con tus vivas desgracias. Imagínate a tus hijos más bellos de lo que eran, y al que los ha matado, más horrible de lo que es. Ampliando tus pérdidas, harás más odioso al que las ha causado. ¡Revuelve todo eso, y aprenderás a maldecir!

REINA ISABEL.- Mis palabras son débiles. ¡Oh! ¡Préstales energía con las tuyas!

REINA MARGARITA.- Tus desgracias las aguzarán, haciéndolas penetrantes como las mías. (*Sale la REINA MARGARITA.*)

DUQUESA.- ¿Por qué habían de ser las calamidades tan pródigas en palabras?

REINA ISABEL.- ¡Locuaces abogados de las desgracias de sus clientes, vanos herederos de alegrías *ab intestato*, pobres oradores exhalando miserias! ¡Dejadlas en libertad! ¡Aunque no puedan darnos otro consuelo, todavía alivian al corazón!

DUQUESA.- Si es así, no encadenéis entonces vuestra lengua, Venid conmigo, y en la amargura que respiren nuestras palabras ahoguemos a mi condenado hijo, que ha ahogado a tus dos tiernos hijos. (*Clarines dentro.*) ¡Toques de clarín!... ¡Seamos abundantes en exclamaciones!

Entran, marchando, el REY RICARDO y su séquito

REY RICARDO.- ¿Quién me cierra el paso en mi marcha guerrera?

DUQUESA.- ¡Oh! ¡La que debiera habértelo cerrado, estrujándote en su vientre maldito, por todos los crímenes que has cometido, miserable!

REINA ISABEL.- ¿Te atreves a cubrir con una corona de oro esa frente en donde, si la justicia fuera justicia, debería escribirse con un hierro enrojecido el asesinato del príncipe dueño de esa corona y la muerte feroz de mis pobres hijos y hermanos? Dime, miserable criminal: ¿dónde están mis niños?

DUQUESA.- ¡Sapo, sapo! ¿Dónde está tu hermano Clarence? ¿Y el pequeño Eduardito Plantagenet, su hijo?

REINA ISABEL.- ¿Dónde los nobles Rivers, Vaughan y Grey?

DUQUESA.- ¿Dónde el caballeroso Hastings?

REY RICARDO.- ¡Tocad marcha, trompetas! ¡Batid los parches, tambores! ¡Que no oiga el Cielo estas triquiñuelas de mujeres que insultan al ungido del Señor! ¡Redoblad, digo! (*Clarines y tambores, alarmas.*) ¡Calma y habládme con mesura, o ahogaré vuestras exclamaciones entre estos clamores de guerra!

DUQUESA.- ¿Eres tú mi hijo?

REY RICARDO.- ¡Sí, gracias a Dios, a mi padre y a vos!

DUQUESA.- Entonces escucha pacientemente lo que dicte mi impaciencia.

REY RICARDO.- Señora, tengo un carácter de la condición del vuestro, que no puede soportar el acento de los reproches.

DUQUESA.- ¡Oh! ¡Dejadme hablar!

REY RICARDO.- Hablad, pues; pero no os escucharé.

DUQUESA.- Será dulce y moderada en mis palabras.

REY RICARDO.- ¡Y breve, querida madre, pues tengo prisa!

DUQUESA.- ¿Tanta prisa tienes? ¡Yo te he esperado, bien lo sabe Dios, entre tormentos y agonías!

REY RICARDO.- ¿Y acaso no he venido al mundo para reconfortaros?

DUQUESA.- ¡No! ¡Por la Santa Cruz! ¡Lo sabes bien! ¡Tú has venido a la tierra para hacer de ella mi infierno! ¡Tu nacimiento ha sido para mí una carga abrumadora! ¡Irritable y colérica fue tu infancia; tus días escolares, terribles, desesperados, salvajes y furiosos! ¡Tu adolescencia, temeraria, irrespetuosa y aventurera; tu edad madura, orgullosa, sutil, falsa y sanguinaria; más dulce cuanto más dañina; cariñosa cuando odiaba! ¿Qué comfortable hora puedes nombrarme que haya gozado jamás en tu compañía?

REY RICARDO.- ¡Ninguna, a fe mía, a no ser la hora de Humphrey (1), que llamaba a Vuestra Gracia a almorzar lejos de mi compañía! Si soy mortificante a vuestros ojos, dejadme marchar y no os ofendáis, señora... ¡Batid tambores!

DUQUESA.- ¡Óyeme, por favor!

REY RICARDO.- Habláis con demasiada acritud!

DUQUESA.- ¡Óyeme una palabra, porque jamás volveré a hablarte!

REY RICARDO.- ¡Sea!

DUQUESA.- ¡O perecerás por la justa voluntad de Dios, antes de regresar victorioso de esta guerra, o yo moriré de vejez y dolor y nunca más volveré a verte! ¡Por tanto, vaya contigo mi más abrumadora maldición! ¡Que en el día de la batalla pese ella sobre ti más que la armadura completa con que te vistas! ¡Mis oraciones combatirán de parte de tus adversarios! ¡Las tiernas almas de los niños de

(1) Pasaje oscuro que todos los comentaristas han intentado dilucidar. Echando nuestro cuarto a espadas, diremos que una de las naves de la vieja catedral de San Pablo se llamaba *Paseo del duque de Humphrey*, porque encerraba la tumba de Humphrey, duque de Gloster. Aquí venían a vagar a la hora de comer los que esperaban encontrar un amigo o cualquier otra persona que los convidara a comer. Pero su esperanza no se realizaba nunca. De aquí el proverbio *To dine with duque Humphrey* (*comer con el duque Humphrey*), esto es, pasarse sin comer, y la expresión *Humphrey hour* (*la hora de Humphrey*), o lo que es igual, la hora de comer... Pero esto no explica mucho la cosa. Quizá, como este duque de Humphrey era duque de Gloster, haya aquí, como opina Hunter, una alusión grosera de Ricardo.

Eduardo armarán de valor a tus enemigos, murmurándoles al oído, y les prometerán el éxito y la victoria! ¡Como sanguinario que eres, sanguinario será tu fin! ¡La vergüenza que ha acompañado tu vida te seguirá a tu muerte! *(Sale.)*

REINA ISABEL.- Aunque pudiera ir más lejos en mis maldiciones, por mayor causa, me faltan arrestos. ¡Sólo diré a las tuyas amén! *(Yéndose.)*

REY RICARDO.- Esperad señora; he de hablar una palabra con vos.

REINA ISABEL.- ¡No tengo más hijos de sangre real que puedas asesinar! En cuanto a mis hijas, Ricardo, serán religiosas consagradas a la oración, no llorosas reinas. Por tanto, no atentes contra sus vidas.

REY RICARDO.- Tenéis una hija llamada Isabel, virtuosa y bella, graciosa y llena de majestad.

REINA ISABEL.- ¿Y debe morir por esto? ¡Oh! ¡Déjala vivir, y yo corromperé sus costumbres, manchando su belleza! ¡Me deshonoraré a mí misma como infiel al lecho de Eduardo, y arrojaré sobre ella el velo de la infamia! ¡Con tal de que pueda vivir al abrigo del sangriento puñal, declararé que no es hija de Eduardo!

REY RICARDO.- ¡No infameis su nacimiento! ¡Isabel es una princesa real!

REINA ISABEL.- ¡Para salvar su vida, yo diré que no!

REY RICARDO.- ¡Su solo nacimiento basta para garantizarlo!

REINA ISABEL.- ¡Y sólo a causa de esta garantía murieron sus hermanos!

REY RICARDO.- ¡Mirad, en su nacimiento se mostraron contrarias las estrellas protectoras!

REINA ISABEL.- No, los contrarios a sus vidas fueron los amigos protectores.

REY RICARDO.- Todos los designios del Destino son inevitables.

REINA ISABEL.- En efecto: cuando, evitada la virtud, se tuerce el destino. ¡Mis hijos estaban destinados a una muerte gloriosa si la virtud le hubiera bendecido con una vida más gloriosa!

REY RICARDO.- Habláis como si yo fuera el asesino de mis sobrinos.

REINA ISABEL.- ¡Sobrinos, verdaderamente, privados por su tío de la felicidad, la corona, la familia, la libertad y la vida! ¡Fuera cual fuese la mano que atravesó sus tiernos corazones, tu cabeza dirigió indirectamente el golpe! ¡No hay duda que el puñal asesino se hubiera embotado, de no haberse afilado en tu corazón de piedra para ahondar en las entrañas de mis corderos! ¡Si el hábito de dolor no acabase por dominar mi violencia, mis labios repetirían el nombre de mis hijos a tus oídos hasta que mis uñas se clavasen como anclas en tus ojos! ¡Y yo, lanzada en el golfo desesperado de la muerte, semejante a un pequeño esquife sin velas y sin jarcias, me estrellaría en pedazos sobre tu corazón de roca!

REY RICARDO.- ¡Señora, ojalá pueda vencer en mi empresa y en los peligrosos azares de la sangrienta guerra, como es cierto que deseo más bien a vos y a los vuestros que os he hecho mal a vos y a vuestros hijos!

REINA ISABEL.- ¿Cuál bien cubre la cara de los cielos para descubrirlo y que pueda hacerme bien?

REY RICARDO.- La elevación de vuestras hijas, noble señora.

REINA ISABEL.- ¿Al cadalso, para perder allí sus cabezas?

REY RICARDO.- ¡A la dignidad y cúspide de la fortuna, al alto puesto imperial de las glorias de esta tierra!

REINA ISABEL.- ¡Adula mi dolor con su recuerdo! Dime: ¿qué estado, qué dignidad, qué honor puedes tú conceder a ninguna de mis hijas?

REY RICARDO.- Todos los que poseo, todos, incluyo yo mismo, los quiero ofrecer en dote a una de tus hijas. Así, anega en el Leteo de tu irritado corazón el triste recuerdo de los males que supones te he causado.

REINA ISABEL.- Sé breve, antes que el proceso de tu bondad se prolongue más que la duración de ella.

REY RICARDO.- Sabe, pues, que amo a tu hija con un afecto fuera de mí.

REINA ISABEL.- La madre de mi hija cree que la amas con un afecto fuera de ti.

REY RICARDO.- ¿Qué creéis?

REINA ISABEL.- Que amas a mi hija fuera de tu afecto. Así, con un afecto fuera de ti, amaste a sus hermanos; y con un afecto fuera de mí, te lo agradezco.

REY RICARDO.- No seáis tan propicia a confundir mis términos. Digo que amo a vuestra hija con un afecto fuera de toda medida, y que intento hacerla reina de Inglaterra.

REINA ISABEL.- Bien; y dime: ¿a quién te propones darle por rey?

REY RICARDO.- ¡Al que la hará reina! ¿A quién otro iba a ser?

REINA ISABEL.- ¡Cómo! ¿Tú?

REY RICARDO.- ¡Yo propio! ¿Qué os parece?

REINA ISABEL.- ¿Cómo podrías enamorarla?

REY RICARDO.- Eso es lo que desearía aprender de vos como quien mejor conoce su carácter.

REINA ISABEL.- ¿Y quisieras aprenderlo de mí?

REY RICARDO.- Con todo mi corazón, señora.

REINA ISABEL.- Envíale, por medio del hombre que asesinó a sus hermanos, dos corazones ensangrentados, donde hayas grabado los nombres de Eduardo y de York. Entonces quizá lllore. Si es así, enséñale un pañuelo empapado en la sangre de Rutland, como el que Margarita presentó a tu padre en parecida ocasión. Le dirás que ese pañuelo recogió la savia purpúrea del cuerpo de su hermano querido, y le aconsejarás enjugue con él sus lágrimas. Si esta inducción no la mueve a amarte, resume en una carta tus nobles acciones y envíasela. Dile que fuiste tú quien hizo perecer a sus tíos Clarence y Rivers, sí, y puedes añadir que por interés hacia ella te has deshecho inmediatamente de su buena tía Ana.

REY RICARDO.- Os mofáis de mí, señora. Ese no es el medio de conseguir vuestra hija.

REINA ISABEL.- No hay otro, a no ser que logres transformarte hasta el punto de no ser ya el Ricardo que cometió todo eso.

REY RICARDO.- Y ¿si le decís que lo hice por amor a ella?

REINA ISABEL.- Pues, entonces, ella no podría verdaderamente sino odiarte, tras haber tú adquirido su amor al precio de tan sangriento botín.

REY RICARDO.- Escuchad: lo hecho no puede repararse. El hombre comete algunas veces, sin reflexionar, acciones de que más tarde tiene que arrepentirse. Si he arrebatado el reino a vuestros hijos, quiero, en reparación, entregarlo a vuestra hija. Si hice perecer los frutos de vuestro seno, para resucitar vuestra prosperidad, engendraré en vuestra hija una estirpe de vuestra sangre. El nombre de abuela no es menos dulce que el tierno de madre. Ellos serán igualmente vuestros hijos, en menor grado; pero hijos de vuestro temple, de vuestra sangre. Un mismo dolor los habrá enviado al mundo, añadiendo sólo una noche de sufrimientos, que durará por la misma pena que vos sufristeis. Vuestros hijos han logrado vuestra juventud; los míos serán el consuelo de vuestra vejez. La pérdida que deploráis no es otra que la de un hijo rey, y por esta pérdida vuestra hija será reina. No puedo ofreceros cuantas compensaciones quisiera; aceptad, pues, las que os propongo. Dorset, vuestro hijo, que ha ido a ocultar su descontento a tierra extranjera, podrá, merced a esta alianza, volver a sus lares y alcanzar las más elevadas dignidades y la más brillante fortuna. El rey, que nombrará a vuestra bella hija su esposa, dará familiarmente a vuestro Dorset el título de hermano. Vos seréis todavía la madre de un rey; y todas las ruinas de una época de desgracia serán reparadas con el tesoro de una doble felicidad. ¡Qué! ¡Aún nos quedan hermosos días que vivir! Las líquidas gotas de

lágrimas que habéis vertido serán otra vez transformadas en perlas de Oriente, pagando su usura con un interés de felicidad diez veces mayor. Ve, pues, madre mía, a buscar a tu hija; enardece, por tu experiencia, su tímida juventud; prepara sus oídos para escuchar los juramentos de un enamorado; inflama su tierno corazón con el deseo ambicioso de la dorada soberanía; revela a la princesa la dulzura de esa horas silenciosas del matrimonio feliz. Y cuando este brazo haya castigado a ese pequeño rebelde, a ese versátil Buckingham, volveré cubierto de triunfantes guirnaldas y conduciré a tu hija al lecho de un vencedor. A ella es a quien haré homenaje de mis éxitos y mis conquistas, y ella sola será victoriosa, el César del César.

REINA ISABEL.- ¿Qué podría decirle?... ¿Que el hermano de su padre quisiera ser su esposo? ¡O le diré su tío? ¿O el que ha matado a sus hermanos y a sus tíos? ¿Bajo que título le anunciaré vuestros deseos, que Dios, las leyes, mi honor y su amor puedan serle agradables a su tierna juventud?

REY RICARDO.- ¡Mostradle esta alianza, para la paz de la hermosa Inglaterra!

REINA ISABEL.- La cual pagaría con una guerra perdurable.

REY RICARDO.- ¡Decidle que el rey, que puede ordenar, suplica!

REINA ISABEL.- Que consienta en lo que prohíbe el Rey de Reyes.

REY RICARDO.- ¡Decidle que será una alta y poderosa reina!

REINA ISABEL.- Para deplorar el título como su madre.

REY RICARDO.- ¡Decidle que la amaré eternamente!

REINA ISABEL.- Pero ¿qué duración tendría para ti la palabra *eterno*?

REY RICARDO.- ¡Lo que dure bellamente su buena vida!

REINA ISABEL.- Pero ¿cuánto buenamente durará su vida bella?

REY RICARDO.- El tiempo que convenga al Cielo y a la Naturaleza.

REINA ISABEL.- ¡El que el infierno y Ricardo quieran!

REY RICARDO.- Decidle que yo, su soberano, soy su humilde súbdito.

REINA ISABEL.- ¡Pero ella, vuestra súbdita, aborrece semejante soberanía!

REY RICARDO.- Sed elocuente para recomendarme a ella.

REINA ISABEL.- Una proposición honrada triunfa mejor exponiéndola sencillamente.

REY RICARDO.- Entonces, anunciadle mi amorosa proposición en términos sencillos.

REINA ISABEL.- Es imprudente anunciar con sencillez lo que no es honrado.

REY RICARDO.- Vuestras razones son demasiado superficiales y vivas.

REINA ISABEL.- ¡Oh, no! Mis razones son demasiado profundas y muertas... ¡Pobres niños, en lo profundo de sus tumbas demasiado muertos!

REY RICARDO.- No toquéis más esa cuerda, señora; eso ha pasado.

REINA ISABEL.- ¡La tocaré hasta que se rompa la de mi corazón!

REY RICARDO.- Pues, ¡por mi San Jorge, mi Jarreta y mi corona...!

REINA ISABEL.- ¡Has profanado al uno, deshonrado la otra y usurpado la tercera!

REY RICARDO.- ¡Juro...!

REINA ISABEL.- ¡Por nada! ¡Ese no es un juramento! ¡Tu San Jorge, profanado, ha perdido su santa dignidad! ¡Tu Jarreta, envilecida, está despojada de su virtud caballeresca! ¡Tu corona, usurpada, se ha deshonrado en su gloria! ¡Si deseas prestar un juramento que te obligue y yo crea, jura entonces por algo que no hayas ultrajado!

REY RICARDO.- ¡Por el Universo!...

REINA ISABEL.- ¡Está lleno de tus odiosos crímenes!

REY RICARDO.- ¡Por la muerte de mi padre!...

REINA ISABEL.- ¡Le deshonraste con tu vida!

REY RICARDO.- ¡Entonces, por mí mismo!...

REINA ISABEL.- ¡A ti mismo te has envilecido!

REY RICARDO.- ¡Pues, entonces, por Dios!...

REINA ISABEL.- ¡Dios ha sido el más ultrajado de todos! Si hubieses temido violar un juramento hecho en su nombre, no hubiera sido rota la unión formada por el rey, mi esposo, ni asesinado mi hermano. Si hubieras temido un juramento hecho en su nombre, el metal imperial que ahora ciñe tu cabeza habría ornado las tiernas sienes de mi hijo, y los jóvenes príncipes respirarían aún; mientras ahora, dulces camaradas de sueño en el polvo de la muerte, por el quebrantamiento de tu fe, yacen los dos pasto de los gusanos. ¿Por qué puedes tú jurar ya?

REY RICARDO.- ¡Por el porvenir!

REINA ISABEL.- ¡Lo has ofendido en el pasado! ¡Porque a mí misma me quedan muchas lágrimas que verter en el porvenir por el pasado, lleno de tus crímenes! ¡Los hijos de los padres a quien asesinaste viven para deplorar en su vejez su abandonada juventud! ¡Los padres de los hijos que tú has degollado viven, como ramas marchitas, para deplorar su infortunio en su vejez! ¡No jures por el porvenir! ¡Has abusado de él antes de poderlo usar, por el mal uso del pasado!

REY RICARDO.- ¡Así fracase en mi peligrosa lucha contra mis enemigos en armas como deseo reparar mis faltas y arrepentirme! ¡Que yo mismo a mí mismo me confunda! ¡Que el Cielo y la suerte me nieguen horas felices! ¡Que el día no me otorgue su luz ni la noche su descanso! ¡Opónganse todos los propios planetas a mis designios si, con el más puro amor, la devoción más inmaculada, los más santos pensamientos, no dirijo mis votos a tu bella y noble hija! ¡En ella reside mi felicidad y la tuya! ¡Sin ella, veo caer sobre mí, sobre ti, sobre ella misma, sobre la patria y sobre muchas almas cristianas, la muerte, la desolación, la ruina y el caos! ¡Todo esto sólo

se puede evitar con su amor! ¡Todo esto no se evitará sino con su amor! Por tanto, querida madre (pues ya os debo llamar querida madre), sed ante ella el abogado de mi amor. Ponderadle lo que seré, no lo que he sido; no mis méritos presentes, sino los que sabré conquistar. Insistid en la necesidad y la razón de Estado, y no os opongáis en modo alguno a tan grandes proyectos.

REINA ISABEL.- ¿Me dejaría así tentar del demonio?

REY RICARDO.- Sí, si el demonio te tienta para el bien.

REINA ISABEL.- ¿Me olvidaría yo misma de mí misma?

REY RICARDO.- Sí, si el recuerdo de vos misma os hace daño a vos misma.

REINA ISABEL.- ¡Pero has asesinado a mis hijos!

REY RICARDO.- Mas los sepultaré en el seno de vuestra hija, en cuyo nido perfumado renacerán por sí mismos para vuestro consuelo.

REINA ISABEL.- ¿Haré someter a mi hija a tu voluntad?

REY RICARDO.- ¡Y os convertiréis por ese medio en madre dichosa!

REINA ISABEL.- Iré... Escribidme pronto y conoceréis por mí sus sentimientos.

REY RICARDO.- ¡Llevalde el beso de mi sincero amor! (*La besa.*) ¡Y con esto, adiós! (*Sale la REINA ISABEL.*) ¡Frágil mujer al fin, sin seso, imbécil y pronta a perdonar!

Entra RATCLIFF, CATESBY le sigue

¡Hola! ¿Qué noticias hay?

RATCLIFF.- Poderoso señor, sobre la costa oeste avanza una flota formidable. A sus riberas acude una masa de amigos dudosos, de corazón disimulado, sin armas y no resueltos a impedir el desembarco. Se cree que Richmond es el almirante de ella, y que se mantiene al ancla, en espera de que Buckingham les preste ayuda viniendo de la orilla.

REY RICARDO.- ¡Que un amigo ligero de piernas corra en busca del duque de Norfolk! Ratcliff, tú mismo..., o Catesby. ¿Dónde está?

CATESBY.- ¡Aquí, señor!

REY RICARDO.- Catesby, ¡volando en busca del duque!

CATESBY.- ¡Iré con toda celeridad que conviene, señor!

REY RICARDO.- ¡Acércate aquí, Ratcliff! Corre a Salisbury, y cuando estés allá... (*A CATESBY.*) ¡Estúpido idiota! ¿Por qué te quedas ahí parado y no vas en busca del duque?

CATESBY.- Primero, poderoso señor, decidme, si place a Vuestra Alteza, qué debo comunicarle de parte de Vuestra Gracia.

REY RICARDO.- ¡Oh!, es verdad, buen Catesby... Dile que reúna inmediatamente todas las fuerzas de que disponga y me las envíe a toda prisa a Salisbury.

CATESBY.- ¡Parto! (*Sale.*)

RATCLIFF.- Y yo, ¿qué deseáis que haga en Salisbury?

REY RICARDO.- ¡Bah! ¿Qué queréis hacer antes que llegue yo?

RATCLIFF.- Vuestra Alteza me dijo que partiera enseñuida.

Entra STANLEY

REY RICARDO.- He cambiado de parecer... Stanley, ¿qué noticias traéis?

STANLEY.- No lo bastante buenas, mi soberano, para que os alegréis al saberlas, ni tan malas que no puedan comunicarse.

REY RICARDO.- ¡Hombre! ¡Con enigmas ahora! ¡Ni buenas ni malas! ¿Qué necesidad de venir así, con tantos atajos, cuando puedes explicarte por el camino más corto? Una vez más, ¿qué noticias hay?

STANLEY.- Richmond está en el mar.

REY RICARDO.- ¡Que allí se hunda y que la mar lo trague! ¡Vagabundo sin valor! ¿Qué hace allí?

STANLEY.- No lo sé, poderoso señor, sino por conjetura.

REY RICARDO.- Bien; ¿qué conjeturáis? ¿Qué conjeturáis?

STANLEY.- Que, requerido por Dorset, Buckingham y Morton, se ha hecho a la mar rumbo a Inglaterra para reclamar la corona.

REY RICARDO.- ¿Está vacante el trono? ¿No tiene dueño la espada? ¿Está muerto el rey? ¿El imperio sin poseedor? ¿Qué heredero de York queda vivo sino nosotros? Y ¿quién es el rey de Inglaterra sino el heredero del gran York? Entonces, decidme: ¿qué hace en los mares?

STANLEY.- Si no es para eso, señor, no lo adivino.

REY RICARDO.- Si no es para venir a ser vuestro soberano, ¿no adivináis a qué viene el galés? (1). ¡Temo que te rebeles y te pases a él!

STANLEY.- ¡Buen lord, no desconfiéis de mí!

Rey Ricardo.- ¿Dónde están, entonces, tus fuerzas para rechazarle? ¿Dónde tus vasallos y tus soldados? ¿No están ya sobre la costa occidental para secundar el desembarco de los rebeldes?

STANLEY.- No, buen lord; mis amigos están en el Norte.

Rey Ricardo.- ¡Fríos amigos para mí! ¿Qué hacen en el Norte, cuando debían estar sirviendo a su soberano en el Oeste?

STANLEY.- No les ha sido ordenado, poderoso rey. Si Vuestra Majestad quiere autorizarme, puedo reunir a mis amigos e incorporarme a Vuestra Gracia donde y en el tiempo que elija Vuestra Majestad.

REY RICARDO.- ¡Sí; tú quisieras marchar a unirte con Richmond; pero no me fiaré de ti!

(1) *The Welshman*, aplicado por desprecio a Richmond, cuyo abuelo, Owen Tudor, era del País de Gales.

STANLEY.- ¡Poderoso soberano, no tenéis motivos para dudar de mi adhesión! ¡Nunca fui ni nunca seré traidor!

REY RICARDO.- ¡Id, pues, y reunid vuestros hombres. Pero dejadme en rehenes a vuestro hijo Jorge Stanley (1). ¡Mirad que me seáis fiel, o, de lo contrario, la cabeza de vuestro hijo no estará segura!

STANLEY.- Obrad con él, señor, según yo os muestre mi fidelidad. (*Sale STANLEY.*)

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.- Gracioso soberano: en el Devonshire, según me acaban de advertir amigos míos, se han levantado en armas sir Eduardo Courtney (2) y el altivo prelado, obispo de Exeter, su hermano mayor, con gran número de confederados.

Entra otro MENSAJERO

MENSAJERO 2°.- En Kent, mi soberano, los Guildfords se han levantado en armas, y a cada instante se unen grupos de competidores a los rebeldes, cuyo ejército aumenta constantemente.

Entra otro MENSAJERO

MENSAJERO 3°.- Milord, las tropas del gran Buckingham...

REY RICARDO.- ¡Fuera de mi presencia, búho! ¿Sólo sabes lanzar graznidos de muerte? (*Le golpea.*) ¡Toma! ¡Ten eso, hasta que me traigas mejores nuevas!

MENSAJERO 3°.- Las noticias que os traía a Vuestra Majestad eran... que una violenta tempestad y desbordamientos e inundaciones han dispersado y puesto en desorden el ejército de Buckingham, y que él anda errante y solo sin que nadie sepa donde está.

(1) Cuando lord Stanley llegó a Londres, Ricardo, suponiendo una defección, le obligó a dejar en poder suyo a su hijo Jorge, a título de rehén.

(2) Sir Eduardo Courtney no era hermano, sino primo del obispo de Exeter.

REY RICARDO.- ¡Te pido perdón! ¡He aquí una bolsa para curarte los golpes que te he dado! ¿Se le ha ocurrido a algún amigo previsor anunciar una recompensa para el que entregue al traidor?

MENSAJERO 3°.- Ya se ha anunciado, señor.

Entra otro MENSAJERO

MENSAJERO 4°.- Sir Tomás Lovel y el marqués de Dorset, se han levantado en armas en el Yorkshire, según se dice señor. Pero traigo otra noticia, que será grata a Vuestra Alteza... Ha sido dispersada por una tempestad la flota de Bretaña. En el Yorkshire, Richmond ha destacado una chalupa a la orilla para preguntar a los que estaban sobre la costa si eran o no de su partida, quienes le contestaron que venían a apoyarle de parte de Buckingham. Él, desconfiando de ellos, izó sus velas y reanudó su crucero hacia Bretaña.

REY RICARDO.- ¡En marcha, en marcha, puesto que estamos en armas; sino para combatir a los enemigos extranjeros, a lo menos para reprimir las rebeliones del interior!

Vuelve a entrar CATESBY

CATESBY.- ¡Mi soberano, el duque de Buckingham ha sido hecho prisionero! Esta es la mejor noticia. La que el conde de Richmond ha desembarcado en Molford (1) con fuerzas imponentes, es fría, pero no debe ocultarse.

REY RICARDO.- ¡En marcha hacia Salisbury! ¡Mientras razonamos aquí, puede ganarse o perderse una real batalla! ¡Qué alguno de vosotros se encargue de conducir a Buckingham a Salisbury! ¡El resto que me siga! (*Salen.*)

(1) El poeta salta aquí un intervalo de dos años. La primera tentativa de desembarco de Richmond se verificó en 1483; la segunda, en 1485.

Escena V

Una habitación en casa de lord Stanley

Entran STANLEY y CRISTÓBAL URSWICK (1)

STANLEY.- Sir Cristóbal, decid a Richmond, de parte mía, que mi hijo Jorge Stanley está encerrado (2) en la pocilga de ese jabalí sanguinario. Si me rebelo, la cabeza de mi joven Jorge va a caer. El temor a esto es lo que me impide prestarle mi apoyo. ¡Así, procura marcharte! Encomiéndame a tu señor. Al propio tiempo, dile que la reina (3) consiente gustosa en darle en matrimonio a su hija Isabel (4). Pero dime: ¿dónde está ahora el noble Richmond?

CRISTÓBAL.- En Pembroke o en Harfordwest, en el país de Gales.

STANLEY.- ¿Qué personajes de renombre cooperan con él?

CRISTÓBAL.- Sir Gualterio Herbert, un guerrero de nota; sir Gilberto Talbot, sir Guillermo Stanley Oxford, el temible Pembroke, sir Jaime Blunt y Rice de Thomas, con una valiente escolta y muchos otros de gran renombre y distinción. Y hacia Londres dirigen sus legiones, si antes no les presentan batalla en su camino.

STANLEY.- ¡Bien! ¡Reúnete a tu señor! ¡Beso sus manos!... ¡Mis cartas le instruirán de mis proyectos! ¡Adiós! (*Salen.*)

(1) Sir Christopher Urswick era un sacerdote capellán de lady Margarita, madre de Richmond, que servía de intermediario secreto entre la madre y el hijo.

(2) *In hold.* El cronista nos cuenta que lord Stanley, a la cabeza de cinco mil hombres, se retiró a Atherstone, no atreviéndose a intervenir directamente en la lucha, de miedo a que Ricardo hiciera decapitar a su hijo Jorge, que conservaba en rehenes.

(3) *That the queen.* La reina Isabel, refugiada siempre en la abadía de Westminster, accedió a prestar su consentimiento a la combinación imaginada por la madre de Richmond, y prometió sin vacilar la mano de su hija al pretendiente de la corona, quebrantando así la palabra dada a Ricardo.

(4) *Elizabeth, hija de Eduardo IV,* que en efecto, fue luego esposa de Enrique VII Tudor.

Acto Quinto

Escena Primera

Salisbury – Una plaza pública

Entran el SHERIFF y la guardia, con BUCKINGHAM, conduciéndole al cadalso

BUCKINGHAM.- ¿No permitirá el rey Ricardo que hable con él?

SHERIFF.- ¡No, buen milord! ¡Resignaos, por tanto!

BUCKINGHAM.- ¡Hastings y vosotros, hijos de Eduardo; Grey y Rivers, santo rey Enrique, y Eduardo, su amable hijo; Vaughan y todos los que habéis desaparecido bajo la mano corrompida de la injusticia solapada! Si vuestras almas ofendidas y dolientes contemplan, a través de las nubes, el espectáculo de esta hora fatal, para venganza vuestra, mofaos de mi destrucción. ¿No es hoy el día de todas las Ánimas, compañeros?

SHERIFF.- Lo es, milord.

BUCKINGHAM.- ¡Pues, entonces, el día de todas las Ánimas es el día del juicio de mi cuerpo! ¡Este es el día que, en tiempos de Eduardo, deseé que me fuera funesto si hacía traición a sus hijos o a los allegados a su esposa! ¡Este es el día que juré morir víctima de la perfidia del hombre en quien hubiera depositado la mayor confianza! ¡Este; éste es el día de todas las Ánimas, para espanto de mi ánima; es el término asignado a mis maldades! ¡Ese Dios Todopoderoso, de quien yo me burlaba, ha hecho recaer sobre mi cabeza el efecto de mi hipócrita súplica, y me concede de veras lo que pedí en broma! ¡Así obliga a las espaldas de los malvados a volver sus puntas afiladas contra los pechos de sus poseedores!

¡Así cae con todo su peso sobre mi frente la maldición de Margarita! ¡Cuando destroce de dolor tu corazón –me dijo-, acuérdate de que Margarita fue una profetisa!... ¡Vamos, oficiales, conducidme al infamante tajo! ¡El crimen es castigado por el crimen, y la infamia, juzgada por la infamia! (*Salen BUCKINGHAM, etcétera.*)

Escena II

Una llanura cerca de Tamworth

Entran con tambores y banderas RICHMOND, OXFORD, SIR JAIME BLOUNT, SIR GUALTERIO HERBET y otros, con tropas en marcha

RICHMOND.- ¡Compañeros en armas y mis muy queridos amigos! Aplastados bajo el yugo de la tiranía, hemos marchado sin obstáculos hasta el centro del país, y tenemos aquí cartas de nuestro padre Stanley, de admirable consuelo y valor. El cruel, sanguinario y usurpador jabalí que devastaba vuestros campos de estío y vuestras viñas fértiles; el que sorbe vuestra sangre caliente como agua de fregar y hace su artesa en vuestros vientres destripados, este inmundo cochino se revuelca ahora en el centro de esta isla, cerca de la ciudad de Leicester, como vemos. Desde Tamworth hasta allí no hay más que un día de marcha. ¡En nombre de Dios, arriba los corazones, valerosos amigos, para recoger la cosecha de eterna paz con este único y sangriento esfuerzo guerrero!

OXFORD.- ¡La conciencia de cada hombre es como mil hombres para luchar contra ese sanguinario homicida!

HERBERT.- No dudo que sus amigos acudirán a nuestro lado.

BLOUNT.- No tiene más amigos que los que lo son por miedo, que cuando más lo necesite le abandonarán.

RICHMOND.- ¡Todo va en ventaja nuestra! Por consiguiente, ¡en nombre de Dios, marchemos! ¡La esperanza legítima es rápida, y vuela con alas de golondrina! ¡De los reyes hace dioses, y de las modestas criaturas hace reyes! (*Salen.*)

Escena III

La campaña de Bosworth

Entran el REY RICARDO y tropas; el DUQUE DE NORFOLK, el CONDE DE SURREY y otros

REY RICARDO.- ¡Que levanten aquí nuestra tienda, en este campo de Bosworth! Milord de Surrey, ¿qué miráis así, tan triste?

SURREY.- Mi corazón está diez veces más alegre que mis miradas.

REY RICARDO.- ¡Milord de Norfolk!

NORFOLK.- Aquí me tenéis, muy gracioso soberano.

REY RICARDO.- ¡Norfolk, habrá golpes! ¡Ah! ¿No los tendremos?

NORFOLK.- Los tendremos y los daremos, mi amado señor.

REY RICARDO.- ¡Arriba con mi tienda! (*Algunos soldados comienzan a levantar la tienda del rey.*) Aquí dormiré esta noche. Pero ¿y mañana, dónde? ¡Bien! ¡Poco importa!... ¿Quién ha contado el número de los traidores?

NORFOLK.- A seis o siete mil hombres ascienden sus fuerzas.

REY RICARDO.- ¡Y qué! ¡Nuestro ejército es tres veces mayor! Además, el nombre del rey es un baluarte inexpugnable, de que carecen nuestros adversarios. ¡Arriba con la tienda!... ¡Venid nobles caballeros; inspeccionemos las ventajas del campo! Llamad a algunos de pericia segura. No descuidemos la disciplina; procedamos sin dilación, pues señores, mañana será un día de prueba. (*Salen.*)

Entran, por otro lado del campo, RICHMOND y otros Lores. Algunos Soldados levantan la tienda de RICHMOND

RICHMOND.- El sol, fatigado, se ha puesto entre arreboles de oro, y por la estela brillante de su flamígero carro, augura para mañana un espléndido día. ¡Sir Guillermo Brandon, vos llevaréis mi estandarte! Traedme tinta y papel a mi tienda... Trazaré la forma y plan de batalla, designaré a cada jefe su puesto especial y distribuiré en justas proporciones nuestro pequeño ejército. ¡Milord de Oxford, sir Gualterio Brandon y vos, sir Gualterio Herbert, quedaos conmigo! El conde de Pembroke conservará su regimiento. Buen capitán Blount, dadle en nombre mío las buenas noches; decidle al conde que a las dos de la mañana deseo verle en mi tienda. ¡Hacedme todavía un favor, querido capitán! ¿Sabéis dónde está el cuartel de lord Stanley?

BLOUNT.- A no ser que haya confundido sus colores (lo que estoy seguro que no) su regimiento debe de acampar a una media milla al sur del poderoso ejército real.

RICHMOND.- Si fuera posible, sin peligro, amable Blount, darle de mi parte las buenas noches y entregarle en mi nombre esta interesantísima nota...

BLOUNT.- ¡Aun con riesgo de mi vida, milord, lo intentaré! Y ahora, que Dios os conceda esta noche un sueño tranquilo.

RICHMOND.- ¡Buenas noches, buen capitán Blount! Venid caballeros; pongámonos de acuerdo para las operaciones de mañana. ¡A mi tienda, que el viento es áspero y frío! (*Penetran en la tienda.*)

Entran en su tienda el REY RICARDO, NORFOLK, RATCLIFF y CATESBY

REY RICARDO.- ¿Qué hora es?

CATESBY.- La de cenar, milord; son las nueve.

REY RICARDO.- ¡No quiero cenar esta noche! Dadme tinta y papel. Qué, ¿está mi visera más holgada que antes y habéis puesto en mi tienda toda mi armadura?

CATESBY.- Sí, mi soberano; todo está listo.

REY RICARDO.- ¡Buen Norfolk, retírate a tu puesto! ¡Vigila cuidadosamente! ¡Escoge centinelas de confianza!

NORFOLK.- ¡Voy, milord!

REY RICARDO.- ¡Levántate mañana con la alondra, querido Norfolk!

NORFOLK.- ¡Contad con ello, milord! (*Sale.*)

REY RICARDO.- ¡Ratcliff!

RATCLIFF.- ¿Milord?

REY RICARDO.- ¡Envía un perseverante de armas al regimiento de Stanley a decirle que acuda con sus tropas antes de salir el sol, si no quiere que su hijo Jorge caiga al insondable abismo de la eterna noche! ¡Llenadme un vaso de vino!... ¡Traedme una luz!... (*A CATESBY.*) ¡Ensilla mi blanco *Surrey* para la batalla de mañana!... Cuida de que la madera de mi lanza sea sólida y no pese demasiado... ¡Ratcliff!

RATCLIFF.- ¿Milord?

REY RICARDO.- ¿Has visto al melancólico lord Northumberland?

RATCLIFF.- ¡Tomás, el conde de *Surrey* y él iban, a la hora de acostarse las gallinas, de pelotón en pelotón recorriendo el ejército y animando a los soldados!

REY Ricardo.- Bien; estoy satisfecho... ¡Dame un vaso de vino!... ¡No tengo ya la vivacidad de espíritu ni la alegría de alma que tuve en otro tiempo!... Ponle ahí... ¿Hay preparado papel y tinta?

RATCLIFF.- Sí, milord.

REY RICARDO.- Recomienda a mi centinela que vigile. ¡Déjame! ¡Ratcliff! ¡A eso de la medianoche vuelve a mi tienda y ayúdame a armarme!... ¡Déjame, te digo! (*El REY RICARDO se retira a su tienda. Salen RATCLIFF y CATESBY. Abrese la tienda de RICHMOND, y aparecen él y sus oficiales.*)

Entra Stanley

STANLEY.- ¡Asiéntense suerte y victoria sobre su yelmo.

RICHMOND.- ¡Te deseo, noble padrastra, toda la felicidad que pueda dar a tu persona la oscura noche! ¿Cómo está nuestra noble madre?

STANLEY.- Estoy encargado, por delegación, de bendecirte en su nombre y comunicarte que continuamente ruega por la prosperidad de Richmond. ¡Pero basta ya! ¡Las horas se deslizan silenciosas, y las sombras luminosas rompen hacia el Oriente! Para abreviar, pues el tiempo nos lo ordena, ten preparado tu ejército al amanecer, y confía tu suerte al arbitrio de los sangrientos golpes y miradas mortales de la guerra. Yo, tan pronto como pueda (pues no puedo hacer cuanto deseara), elegiré la ocasión más favorable y te ayudaré en el dudoso choque de las armas. Pero no puedo ponerme muy abiertamente de tu parte, por miedo de que, al ser visto, tu hermano, el tierno Jorge, sea ejecutado a los ojos de su padre. ¡Adiós! ¡El tiempo y el peligro cortan las ceremoniosas expresiones de amor y el amplio intercambio de las dulces frases, tan gratas, entre amigos largo tiempo separados! ¡Dios nos conceda esparcimiento para estos ritos de amor! ¡Una vez más, adiós!... ¡Valentía y éxito completo!

RICHMOND.- ¡Queridos lores, conducidle al cuartel! Voy a intentar, a pesar de mis turbados pensamientos, reposar un tanto, no sea que mañana, cuando suba en alas de la victoria, pese sobre mí un sueño de plomo. ¡Por última vez, buenas noches, amables lores y caballeros! (*Salen los Lores, etc., con STANLEY.*) ¡Oh Tú, a quien yo considero mi capitán! ¡Dirige a mis soldados una mirada favorable! ¡Pon en sus manos los hierros centellantes de tu cólera,

para que puedan aplastar con la pesadez de sus golpes las usurpadoras cimeras de nuestros adversarios! Haznos los ministros de tu castigo, para que podamos glorificarte en la victoria! ¡A Ti encomiendo mi alma inquieta, antes de correr las ventanas de mis ojos! ¡Duerma o vele, ¡oh!, sé siempre mi defensor! (Se duerme.)

Aparece entre las dos tiendas el ESPECTRO DEL PRÍNCIPE EDUARDO, hijo de ENRIQUE VI

ESPECTRO.- (A/ REY RICARDO.) ¡Mañana pesaré con fuerza abrumadora sobre tu alma! ¡Medita como me apuñalaste en la flor de mi edad en Tewkesbury! ¡Por tanto desespérate y muere! (A RICHMOND.) ¡Sé venturoso, Richmond! ¡Las irritadas almas de los príncipes degollados luchan en tu favor! La estirpe del rey Enrique, Richmond, viene a alentarte.

Aparece el ESPECTRO DEL REY ENRIQUE VI

ESPECTRO.- (A/ REY RICARDO.) ¡Cuando yo era mortal, mi ungido cuerpo fue atravesado por ti con saña mortífera! ¡Medita en la Torre y en mí! ¡Desespérate y muere! (A RICHMOND.) ¡Virtuoso y santo, sé tú el vencedor! ¡Enrique Sexto, que te profetizó que serías rey, viene a confortarte en tu sueño! ¡Vive y triunfa!

Aparece el ESPECTRO de CLARENCE

ESPECTRO.- (A/ REY RICARDO.) ¡Mañana pesaré con fuerza abrumadora sobre tu alma! ¡Yo, el que fue ahogado en un vino nauseabundo, pobre Clarence, por tu perfidia entregado a la muerte! ¡Medita en mí mañana, durante el combate, y que tu espada caiga inerte! ¡Desespérate y muere! (A RICHMOND.) ¡Vástago de la casa de Lancaster! ¡Los ultrajados herederos de York ruegan por ti! ¡Que los ángeles buenos protejan tus tropas! ¡Vive y triunfa!

Aparecen los ESPECTROS de RIVERS, GREY y VAUGHAN

ESPECTRO DE RIVERS.- (A/ REY RICARDO.) ¡Mañana pesaré con fuerza abrumadora sobre tu alma! ¡Yo soy Rivers, el que murió en Pomfret! ¡Desespérate y muere!

ESPECTRO DE GREY.- (A/ REY RICARDO.) ¡Medita en Grey, y que tu alma se desespere!

VAUGHAN.- (A/ REY RICARDO.) ¡Medita en Vaughan, y, llena de terror por tus crímenes, caiga tu lanza! ¡Desespérate y muere!

LOS TRES ESPECTROS.- (A RICHMOND.) ¡Despierta y medita que nuestras desgracias harán sucumbir al corazón de Ricardo!...

Aparece el ESPECTRO de HASTINGS

ESPECTRO.- (A/ REY RICARDO.) ¡Sanguinario y criminal! ¡Despierta del crimen y termina tus días en batalla sangrienta! ¡Medita en lord Hastings! ¡Así, desespérate y muere! (A RICHMOND.) ¡Alma no turbada y tranquila! ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Ármate, lucha y vence para salvar a la hermosa Inglaterra!

Aparecen los ESPECTROS de los dos jóvenes PRÍNCIPES

ESPECTROS.- (A/ REY RICARDO.) ¡Sueña en tus sobrinos estrangulados en la Torre! ¡Que pensemos en tu corazón, Ricardo, con la pesadez del plomo, para conducirte a la ruina, a la infamia y a la muerte! ¡Las almas de tus sobrinos te desean que te desesperes y mueras! (A RICHMOND.) ¡Duerme, Richmond, duerme tranquilo, y que sea alegre tu despertar! ¡Los ángeles buenos te protejan contra los ataques del jabalí! ¡Vive y engendra una raza dichosa de reyes! ¡Los desgraciados hijos de Eduardo te desean el triunfo!

Aparece el ESPECTRO de la REINA ANA

ESPECTRO.- (A/ REY RICARDO.) ¡Ricardo, tu esposa, tu infortunada esposa Ana, que nunca durmió una hora tranquila contigo, viene ahora a colmar tu sueño con perturbaciones! ¡Medita en mí mañana, durante el combate, y que tu espada caiga inerte! ¡Desespérate y muere! (A RICHMOND.) ¡Tú, alma apacible, duerme en apacible sueño! ¡Reposa en el éxito y en la feliz victoria! ¡La esposa de tu enemigo ruega por ti!

Aparece el ESPECTRO de BUCKINGHAM

ESPECTRO.- (A/ REY RICARDO.) ¡El primero fui en elevarte a la corona y el último en sentir tu tiranía! ¡Oh!... ¡Acuérdate de Buckingham durante la batalla, y muere en el terror por tus culpas! ¡Sigue soñando en acciones sangrientas y de muerte! ¡Desespérate delirando! ¡Entrega, desesperándote, tu último suspiro! (A RICHMOND.) ¡Pereciste en la esperanza antes que pudiera prestarte la ayuda! Pero anima tu corazón y no desmayes. ¡Dios y los ángeles buenos luchan al lado de Richmond, y caiga Ricardo de la altura de su orgullo! (Los espectros se desvanecen. El REY RICARDO sale de su sueño.)

REY RICARDO.- ¡Dadme otro caballo!... ¡Vendadme las heridas!... ¡Jesús, tened piedad de mí!... ¡Calla! No era más que un sueño. ¡Oh cobarde conciencia, cómo me afliges!... ¡La luz despide resplandores azulencos!... ¡Es la hora de la medianoche mortal! ¡Un sudor frío empapa mis temblorosas carnes! ¡Cómo! ¿Tengo miedo de mí mismo?... Aquí no hay nadie... Ricardo ama a Ricardo... Eso es; yo soy yo... ¿Hay aquí algún asesino? No... ¡Sí!... ¡Yo!... ¡Huyamos, pues!... ¡Cómo! ¿De mí mismo? ¡Valiente razón!... ¿Por qué?... ¡De miedo a la venganza! ¡Cómo! ¿De mí mismo sobre mí mismo? ¡Ay! ¡Yo me amo! ¿Por qué causa? ¿Por el escaso bien que me hecho a mí mismo? ¡Oh! ¡No! ¡Ay de mí!... ¡Más bien debía

odiarme por las infames acciones que he cometido! ¡Soy un miserable! Pero miento; eso no es verdad... ¡Loco, habla bien de ti! ¡Loco, no te adules! ¡Mi conciencia tiene millares de lenguas, y cada lengua repite su historia particular, y cada historia me condena como un miserable! ¡El perjurio, el perjurio en más alto grado! ¡El asesinato, el horrendo asesinato, hasta el más feroz extremo! Todos los crímenes diversos, todos cometidos bajo todas las formas, acuden a acusarme, gritando todos: ¡Culpable! ¡Culpable!... ¡Me desesperaré! ¡No hay criatura humana que me ame! ¡Y si muero, ningún alma tendrá piedad de mí!... Y ¿por qué había de tenerla? ¡Si yo mismo no he tenido piedad de mí! ¡Me ha parecido que los espíritus de todos los que he asesinado entraban en mi tienda y cada uno amenazaba en la cabeza de Ricardo la venganza de mañana!

Entra RATCLIFF

RATCLIFF.- ¡Milord!

REY RICARDO.- ¡Voto va! ¿Quién está ahí?

RATCLIFF.- Ratcliff, milord; soy yo. El gallo temprano de la aldea ha saludado dos veces a la aurora. Nuestros amigos están ya en pie y se abrochan su armadura.

REY RICARDO.- ¡Oh Ratcliff! ¡He tenido un sueño horrible!... ¿Qué crees tú? ¿Nos serán fieles nuestros amigos?

RATCLIFF.- Sin duda alguna, milord.

REY RICARDO.- Ratcliff, temo, temo...

RATCLIFF.- De nada, milord; no os dejéis asustar por bromas.

REY RICARDO.- ¡Por San Pablo Apóstol! ¡Las sombras de esta noche han aterrado más el alma de Ricardo que pudieran hacerlo diez mil soldados en carne y hueso, armados a toda prueba y conducidos por ese imbécil Richmond!... Aún no está cercano el día ¡Vamos, venid conmigo! Voy a rondar por nuestras tiendas, haciendo el papel de los que escuchan tras las puertas, para oír si hay alguien que me traiciona. (Salen RICARDO y RATCLIFF. RICHMOND despierta.)

Entran OXFORD y otros

LORES.- ¡Buenos días, Richmond!

RICHMOND.- Os pido perdón, lores, y a vosotros, vigilantes caballeros, por haberme hallado desperezándose todavía.

LORES.- ¿Habéis dormido, milord?

RICHMOND.- ¡He tenido el más dulce sueño y los más halagadores ensueños que jamás se hayan cernido sobre una frente soñolienta, desde el instante de vuestra partida, milores! Me pareció ver que las almas de cuantos asesinó Ricardo venían a mi tienda y me gritaban: ¡Salve! ¡Victoria! ¡Os aseguro que mi corazón se hincha de regocijo bajo el recuerdo de un sueño tan grato! ¿Qué hora será de la madrugada, lores?

LORES.- Sobre las cuatro.

RICHMOND.- Pues, entonces, a armarse y tomar la dirección... (*Avanzando hacia las tropas.*) La ocasión y la urgencia del tiempo no me permiten, queridos compatriotas, añadir nada a lo que os he dicho. Acordaos sólo de esto: Dios y la justicia de nuestra causa combaten a nuestro lado. Las oraciones de los benditos santos y las de las almas irritadas marcharán delante de nosotros como elevados baluartes. Excepto Ricardo, aquellos contra quienes vamos a combatir desean nuestra victoria más que la de aquel a quien acompañan. Porque ¿quién los conduce? Sinceramente, señores, un sanguinario tirano y un homicida, que, elevado por la sangre, por la sangre ha de sostenerse; pues no ha reparado en medios para conseguir sus fines y fue asesino de los mismos por cuyos medios se elevó; una piedra impura y vil, convertida en preciosa gracias al brillo de la silla de Inglaterra, en la cual se ha engarzado ilegítimamente; un hombre que ha sido siempre enemigo de Dios. ¡Así, puesto que vais a combatir contra un enemigo de Dios, Dios, en su justicia, os

protegerá como a soldados suyos! ¡Si os cuesta sudores derribar al tirano, muerto el tirano dormiréis en paz! ¡Si combatís contra los enemigos de vuestra patria, la prosperidad de vuestra patria será el salario de vuestros esfuerzos! ¡Si combatís por la salvaguardia de vuestras mujeres, vuestras mujeres os recibirán en son de vencedores! ¡Si libráis a vuestros hijos del acero tiránico, los hijos de vuestros hijos os recompensarán en vuestra vejez! ¡Así, en nombre de Dios y de todos sus derechos, desplegad vuestros estandartes y desenvainad valerosamente vuestras espadas! Por lo que a mí respecta, el tributo de mi atrevida empresa será mi frío cadáver sobre la fría cara de la tierra. Pero si venzo, el más humilde de vosotros recogerá su parte del fruto de mi victoria. ¡Suenen tambores y trompetas resuelta y alegremente! ¡Dios y San Jorge! ¡Richmond y victoria! (*Salen.*)

Vuelven a entrar el REY RICARDO, RATCLIFF,
acompañamiento y tropas

REY RICARDO.- ¿Qué decía Northumberland con referencia a Richmond?

RATCLIFF.- Que nunca conoció el oficio de las armas.

REY RICARDO.- Y decía la verdad. Y Surrey, ¿qué dijo entonces?

RATCLIFF.- Sonrió, exclamando: *Tanto mejor para nuestros planes.*

REY RICARDO.- Estaba en lo cierto, y así es verdaderamente (*Suena un reloj.*) Contad que hora da... ¡Traedme un calendario! ¿Quién ha visto hoy el sol?

RATCLIFF.- Yo no, milord.

REY RICARDO.- Entonces es que desdeña el brillar, pues, según el libro, hace una hora debía haber embellecido el Oriente: ¡Será un día de luto para alguno!... ¡Ratcliff!

RATCLIFF.- ¡Milord!

REY RICARDO.- ¡El sol no quiere dejarse ver hoy! ¡El sol frunce el ceño y enneblina a nuestras tropas! ¡Quisiera que esas lágrimas de rocío procedieran de la tierra! ¡Sin sol hoy! Pero ¿y qué me importa a mí más que a Richmond? Pues los mismos cielos que me miran a mí con enojo le miran igualmente a él.

Entra NORFOLK

NORFOLK.- ¡A las armas, a las armas, milord! ¡El enemigo cubre la llanura!

REY RICARDO.- ¡Vamos! ¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Enjaezad mi caballo! ¡Que llamen a lord Stanley, que acuda con sus tropas! Conduciré a mis soldados a la llanura y ordenaré de este modo el plan de batalla: mi vanguardia se desplegará sobre toda la línea, componiéndose, en número igual, de infantes y jinetes. Nuestros arqueros se colocarán en el centro. Juan, duque de Norfolk, y Tomás, conde de Surrey, tomarán el mando de la infantería y la caballería. En tal disposición, los seguiremos nosotros con el grueso del ejército, cuyo apoyo en ambas alas se reforzará con lo más escogido de nuestros caballeros. ¡Esto y, además, San Jorge!... ¿Qué te parece, Norfolk?

NORFOLK.- ¡Excelente plan, belicoso soberano! Esta mañana he encontrado esto en mi tienda. *(Entregándole un rollo de papeles.)*

REY RICARDO.- *(Leyendo.)* Juanillo Norfolk: *no seas tan audaz, pues Ricardete, tu amo, está traicionado y vendido.* ¡Invenciones del adversario!... ¡Vamos, señores, cada cual a su puesto! ¡Que no turben nuestro ánimo sueños pueriles, pues la conciencia es una palabra para uso de cobardes, inventada en principio para sujetar a los fuertes! ¡El ímpetu de nuestros brazos sea nuestra conciencia; nuestras espadas, la ley! ¡Adelante! ¡Lancémonos bravamente unidos en la mezcla! ¡Si no al Cielo, de la mano todos al infierno!...

(A los soldados.) ¿Qué os diré más de lo que os he dicho? ¡Recordad a quiénes vais a hacer frente! ¡Un racimo de vagabundos, bribones y desterrados, la hez de Bretaña, y el bajo paisanaje inmundo, vómito de su contagiado país, que espera desembarazarse de ellos en aventuras desesperadas de segura destrucción! ¡Dormíais tranquilos y quieren privaros del descanso! ¡Poseíais tierras y vivíais felices con bellas esposas! ¡Quieren arrebatáros las unas y deshonar a las otras! Y ¿quién es el que lo conduce sino un mozo despreciable, nutrido largo tiempo en Bretaña, a costa de nuestra madre? ¡Una sopa de leche, que en su vida ha juzgado del frío más que al sentir bajo sus zapatos la nieve! ¡Echemos a latigazos a esos bandidos más allá del mar! ¡Barramos a esos presuntuosos harapos venidos de Francia, a esos hambrientos mendigos desahuciados de la vida, que, sin el sueño insensato de tan loca empresa, ellos mismos, por falta de medios, se hubieran ahorcado y muerto como simples ratas! ¡Si hemos de ser vencidos, que sea por hombres, y no por esos bastardos bretones, a quienes nuestros padres batieron, zurraron y humillaron en su propio país; y, como es hecho notorio, les hicieron los herederos de la vergüenza! ¿Y habían de apoderarse de nuestras tierras? ¿Acostarse con nuestras mujeres? ¿Raptar a nuestras hijas?... ¡Escuchad!... ¡Oigo sus tambores!... *(Escúchanse tambores a lo lejos.)* ¡Al combate, hidalgos de Inglaterra! ¡Al combate, bravos milicianos! ¡Tirad, arqueros! ¡Apuntad vuestras flechas a la cabeza! ¡Hundid la espuela en los flancos de vuestros caballos y galopad entre la sangre! ¡Que retumbe de espanto la bóveda celeste con los destellos de vuestras lanzas!

Entra un MENSAJERO

¿Que dice lord Stanley?

MENSAJERO.- ¡Milord, se niega a venir!

REY RICARDO.- ¡Fuera con la cabeza de su hijo Jorge!

NORFOLK.- ¡Milord, el enemigo ha atravesado el pantano! ¡Esperad a después de la batalla para que pueda morir Jorge Stanley!

REY RICARDO.- ¡Un millar de corazones laten en mi pecho! ¡Adelante vuestras banderas! ¡Al enemigo! ¡Que nuestro antiguo grito de guerra: *¡Por el gran San Jorge!*, nos inspire con la cólera de los dragones ígneos! ¡A ellos! ¡La victoria de cierno en nuestros penachos! (*Salen.*)

Escena IV

Otra parte del campo

Fragores de combate. Movimiento de tropas. Entran NORFOLK y soldados, CATESBY los sigue

CATESBY.- ¡Socorro, milord de Norfolk! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡El rey ha hecho prodigios sobrehumanos de valor, oponiendo un adversario a cada peligro! ¡Su caballo ha caído muerto, y combate a pie, buscando a Richmond por entre las fauces de la muerte! ¡Socorro, milord, o, de lo contrario, la batalla está perdida! (*Fragor de lucha.*)

Entra el REY RICARDO

REY RICARDO.- ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

CATESBY.- ¡Retiraos, milord; yo os traeré un caballo!

REY RICARDO.- ¡Miserable! ¡Juego mi vida a un albur y quiero correr el azar de morir! ¡Creo que hay seis Richmond en el campo de batalla! ¡Cinco he matado hoy, en lugar de él! ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo! (*Salen.*)

Fragores. Entran el REY RICARDO y RICHMOND. Combaten los dos. RICARDO es muerto. Retreta marcha. Después entran RICHMOND, STANLEY, que lleva la corona, y otros varios lores con tropas

RICHMOND.- ¡Loados sean Dios y vuestras armas, intrépidos amigos! ¡La jornada es nuestra! ¡El sanguinario perro ha muerto!

STANLEY.- ¡Valeroso Richmond, has cumplido bien tu misión! ¡He aquí la corona, tan largo tiempo usurpada, que he arrancado (1) de las pálidas sienes de ese miserable asesino para ceñir tu frente! ¡Llévala, poséela, estímala en todo su precio!

RICHMOND.- ¡Gran Dios de los cielos, amén, responde a todo esto! Pero decidme: ¿vive el joven Jorge Stanley?

STANLEY.- Sí, milord; y está a salvo en la fortaleza de Leicester, adonde podemos retirarnos ahora, si gustáis.

RICHMOND.- ¿Qué hombres de nota han perecido en las otras filas?

STANLEY.- Juan, duque de Norfolk; lord Gualterio Ferrers, sir Roberto Brakenbury y sir Guillermo Brandon.

RICHMOND.- ¡Que sean sepultados sus cuerpos como conviene a su alcurnia! ¡Que se proclame el perdón para los soldados fugitivos que quieran sometérseos! Y en seguida, conforme a nuestro juramento sagrado, uniremos la rosa blanca y la encarnada... ¡Sonría el Cielo, tanto tiempo enojado por sus odios, a esta hermosa unión! ¿Quién sería tan traidor que, al oírme, no dijese amén?... ¡Inglaterra ha estado mucho tiempo demente y se ha desgarrado a sí misma! El hermano derramaba ciegamente la sangre del hermano. El padre, en su furia, asesinaba a su propio hijo. El hijo, obligado, se convertía en verdugo de su padre. Y todo, por los divididos York y Lancaster, divididos en su fiera división.

(1) *Have I plucked off.* La tradición cuenta que Stanley recogió esta corona en un matorral de espinos y la puso sobre la cabeza de Richmond.

¡Oh! ¡Ahora que Richmond e Isabel, los legítimos sucesores de ambas casas reales, se unan para siempre por la bella providencia de Dios! Y que sus herederos (¡Dios, si ésta es tu voluntad!) den a las generaciones futuras el rico presente de la paz de dulce mirada, con riente abundancia y plácidos días prósperos. ¡Enmohece, Altísimo Señor, el hierro de los

traidores que quieran traernos otra vez esos sangrientos días y hacer llorar a la pobre Inglaterra raudales de sangre! ¡Que no vivan para gozar de la prosperidad de este suelo los que por traición tratasen de turbar la paz de este hermoso país! ¡En fin: las heridas de la guerra civil están cerradas; la paz reina de nuevo! ¡Que dure mucho tiempo pedimos a Dios! ¡Amén! (*Salen.*)



WILLIAM SHAKESPEARE, *Obras completas*, Madrid, Aguilar ediciones, 1951
Traducción y notas LUIS ASTRANA MARÍN (primera versión íntegra del inglés,
a partir de la edición de Baudry's European Library, París, 1843